

372.4
6ne
L
1930.

LIBRO CUARTO

LECTURA

por los señores

Ramiro Guerra Sánchez y Arturo Molina

RESERVA

CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA

Pl. y Margell, 135

LIBRERIA CERVANTES

Av. de Italia, 62

HABANA



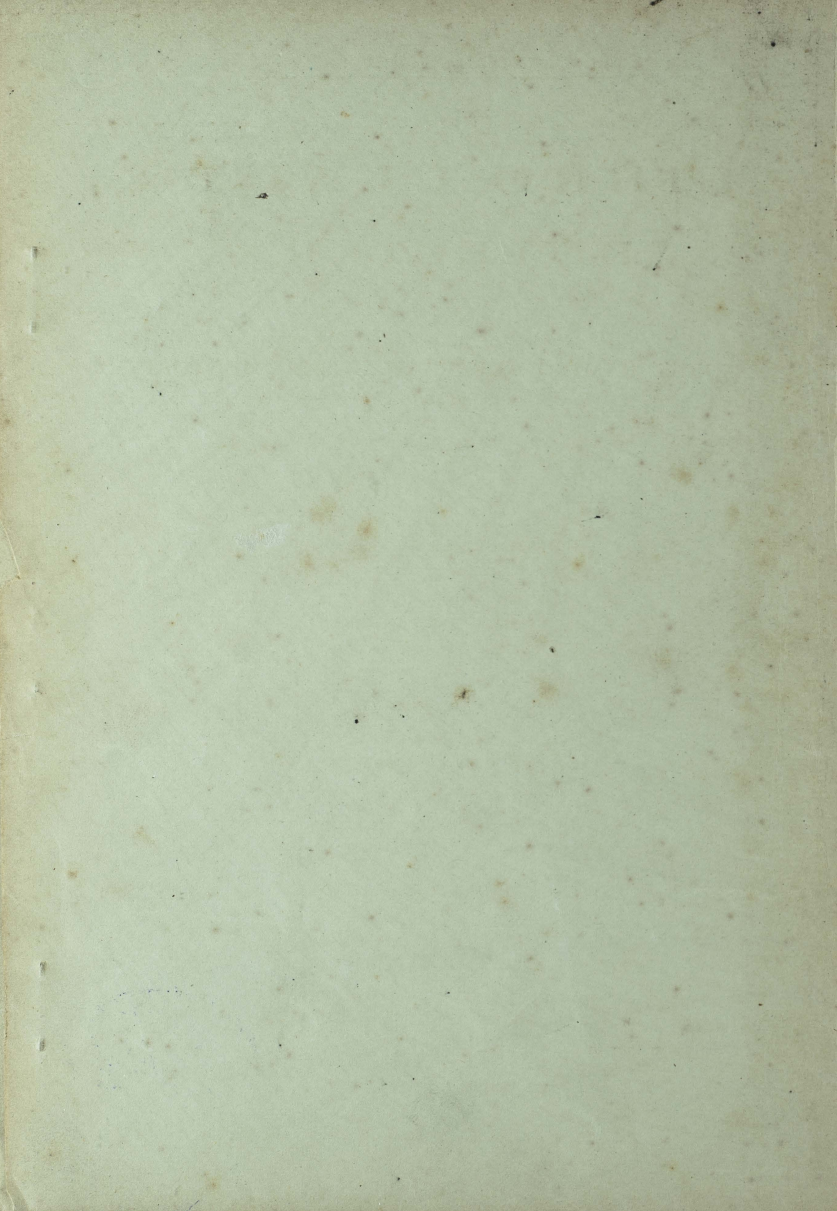
COLEGIO

"ESTRELLA"

VIBORA

HABANA

Dulce Agustino



SERIE CUBANA DE LIBROS DE TEXTO

LIBRO CUARTO DE LECTURA

POR LOS

DRES. RAMIRO GUERRA Y ARTURO MONTORI

PROFESORES DE LA ESCUELA NORMAL PARA MAESTROS
DE LA HABANA

ILUSTRACIONES DE R. LILLO

OBRA DE TEXTO

APROBADA POR LA JUNTA DE SUPERINTENDENTES DE LAS ESCUELAS
EL 5 DE OCTUBRE DE 1918

SEGUNDA EDICION

EJ-T.6

CULTURAL, S. A.

LA MODERNA POESIA

Pl y Margall, 135

Librería CERVANTES

Ave. de Italia, 62

HABANA

1930



Donativo

22/1/81

335442

PROPIEDAD

372.4

que

L

1930

A LOS MAESTROS

Este libro, el cuarto de la serie de que forma parte, se inspira en las mismas ideas que sirvieron de norma a los libros SEGUNDO y TERCERO.

Se ha tenido en cuenta, muy especialmente, que habrá de ser usado por niños cubanos, y que es una necesidad de primer orden en nuestro país contribuir, por cuantos medios estén a nuestro alcance, a la formación de la conciencia nacional. En tal sentido se han multiplicado las lecciones, en prosa y verso, sobre temas patrióticos, los cuales pueden ser utilizados por el maestro para interesantes lecciones de historia patria.

La edad de los niños que habrán de usar este libro fluctuará de nueve a doce años, por lo común, y en este período de la vida persiste aún la afición a los cuentos y la tendencia a dramatizarlo todo. De aquí que la mayor parte de las lecciones sean narraciones y relatos en los cuales palpita un vivo interés para la infancia.

La extensión de las lecciones, el fondo de las mismas y el lenguaje son adecuados al desarrollo mental de los niños de cuarto grado. Sin dejar de ser cortas y sencillas, las lecciones implican un paso más hacia adelante, comparadas con las del LIBRO TERCERO de esta misma serie.

Las ilustraciones, originales todas, se ajustan a un criterio pedagógico discreto y bien establecido. Guardan estrecha relación con el texto y se encaminan a estimular y favorecer el proceso imaginativo que el niño deberá efectuar para penetrar totalmente el fondo de cada lección.

Cuidadosamente se ha evitado recargar el texto de numerosos grabados, que si bien pueden tener un valor estéti-

co, muy dudoso a veces, por lo común presentan al niño escenas exóticas, que lejos de contribuir a reforzar y precisar las imágenes y las ideas que sugiere el libro, favoreciendo el proceso de objetivación necesario para asimilar el contenido de aquél, mueven el pensamiento en dirección distinta y le alejan de su campo propio de acción.

En lo que a la parte que pudiéramos llamar orgánica se refiere, hemos seguido el mismo plan que en los libros SEGUNDO y TERCERO: tres lecciones semanales, dos en prosa y una en verso.

Pero, teniendo en cuenta que los cursos de estudios vigentes recomiendan la lectura suplementaria desde el cuarto grado, y que en las escuelas se contará con textos apropiados destinados a ese objeto, el número de lecciones se ha reducido al necesario para veintisiete semanas de labor como mínimo. Destinándose en el año los días equivalentes a tres semanas a lectura suplementaria, queda completo el material para las treinta semanas, de acuerdo con el plan adoptado en esta serie.

A los maestros y a los niños toca usar este libro con la misma voluntad con que se les ofrece.

LOS AUTORES.



I

AL COMENZAR EL NUEVO CURSO

El recinto de la escuela, solitario durante los meses del verano, vuelve a estar animado con la presencia de los niños.

¡Con qué rapidez han pasado las vacaciones!

Ahora, hay que empezar de nuevo la vida escolar: el levantarse temprano para llegar a tiempo y no perder ninguna lección; el silencio y el trabajo en las horas de clase; la atención constante a las explicaciones del maestro; los ejercicios de composición, de escritura y de dibujo; el estudio de las lecciones.

Sin embargo, esta vida de laboriosidad no es tan penosa como parece al principio. Proporciona muchas y muy agradables compensaciones.

Los niños no están asustados por la temporada de trabajo que les espera durante el curso. Al contrario: todos están contentos de verse otra vez reunidos; todos contestan con satisfacción cuando el maestro les hace alguna pregunta sobre sus diversiones veraniegas; todos muestran grandes deseos de empezar a trabajar.

El descanso de las vacaciones es necesario y provechoso, si se conquista con la aplicación y el buen comportamiento durante el curso.

Después de haber trabajado de firme, es muy bueno descansar; y después de haber descansado, se emprenden las nuevas tareas con más brío.

No hay alegría tan grande como la que siente un niño aplicado y pundonoroso cuando, al terminar el curso, sabe que ha vencido un grado; y al empezar las tareas escolares en septiembre, se halla en un grado más adelantado que en el año anterior; trabajos distintos, nuevas lecciones, otros libros diferentes. ¡muchas cosas nuevas que aprender!

Y por sobre todo esto, la satisfacción de los padres y de los maestros que ven el resultado de sus esfuerzos en el progreso de los niños estudiosos.

Todas estas compensaciones bien valen la pena de aplicarse en el estudio.

Ahora, hay un curso por delante; y es preciso disponerse a trabajar con el mismo entusiasmo que en los años anteriores, para que, al final, cada uno pueda decir:

¡ He aprovechado bien el tiempo !





II

LOS DOS JUDIOS

En el sitio en que fué construida la ciudad de Jerusalén, antiguamente se veía el verdor de un campo; los judíos vivían, labraban y sembraban allí.

Uno cerca de otro habitaban dos hermanos, ambos casados.

El menor tenía cuatro hijos, el mayor ninguno.

Muerto el padre, en lugar de partirse el campo, sembráronle en común; y cuando el trigo estuvo maduro hicieron dos porciones iguales.

El hermano mayor no pudo pegar los ojos aquella noche.

—¿Hemos partido bien el trigo?—se decía. Mi hermano tiene más familia que yo, y necesita pan para sus hijos. Velaré lo que falta de noche, mas, sin que él lo sepa, aumentaré su parte.

Y se levantó y con trigo suyo aumentó el montón de su hermano.

También se despertó el menor, y a su vez se preguntó si la partición estaba bien hecha.

—Mi mujer y yo somos fuertes—pensó—y tenemos hijos que crecerán y nos ayudarán muy pronto. ¡Ya habrá manos para trabajar! Mientras que mi hermano y su mujer son débiles. Es preciso engrosar su parte.

Al día siguiente, por la mañana, ambos notaron que sus montones eran iguales: miráronse sorprendidos, pero ni uno ni otro hablaron.

A la siguiente noche hicieron lo propio, pero a distinta hora, de modo que no se vieron. Y nuevamente hallaron que sus montones eran iguales.

Aquel manejo duró hasta que se encontraron uno frente a otro.

Entonces comprendieron por qué siempre hallaban partes iguales y, satisfechos mutuamente, vivieron como buenos amigos, ayudándose en todo siempre.





III

LA BORDADORA

I

Cuando se oyó el grito en Yara,
abandonando su hogar,
su esposo se fué a pelear,
el odio escrito en la cara.

Ella, joven como era,
llena de entusiasmo santo,
bordó una rica bandera
en la que envuelto volviera
¡muerto! aquél que amara tanto.

I I

El hijo heredó la fiera
ansia por la redención;
con fervorosa pasión
ella bordó otra bandera.

¡Bandera que fué sudario
de aquel expedicionario
que, desplegándola al aire,
murió, mártir voluntario,
en un manigual de Baire!

I I I

En el antes dulce hogar,
la viuda infunde respeto;
¡cómo cuida de su nieto
que ha de saberse vengar!

Crece el niño y ella espera
que atienda Dios su plegaria:
—Verlo triunfar o que muera,
mientras borda otra bandera
con la estrella solitaria.

Enrique Hernández Miyares.



IV

EL COMPAÑERISMO

La amistad más pura y duradera, es la que se forma en los bancos de la escuela. Los niños de una misma escuela deben amarse como hermanos, pues vienen a formar una misma familia, cuyo padre adoptivo es el maestro.

Debemos respetar y amar a nuestros compañeros para que ellos nos respeten y amen. Tengamos en cuenta que un compañero de escuela puede prestarnos grandes favores algún día. El respeto, amor y confianza mutuos entre compañeros, son naturales. Juntos juegan durante las horas de recreo, juntos reciben las mismas enseñanzas, juntos entran en la escuela y juntos salen

de ella. Reciben los mismos premios y los mismos castigos y juntos, en una palabra, reciben la misma instrucción y la misma educación en los mismos bancos y bajo el mismo techo.

Ningún niño debe ofender a otro con palabras feas o inconvenientes.

No son buenos los compañeros que delaten al maestro la falta de los otros.

También faltan a los deberes del compañerismo y de la caridad los niños que se burlan de los defectos físicos y morales de los demás.

El deber del compañerismo prohíbe poner mote o sobrenombres a los compañeros. También es deber de compañeros impedir que otros se golpeen o maltraten, ya de palabra, ya de obra, a la entrada o a la salida de la escuela. En una palabra, tratemos a nuestros compañeros como si fueran nuestros hermanos.

Prudencio Fernández Solares.





V

EL CUERVO Y LA CULEBRA

Vecinos, en un mismo árbol, vivían una vez un cuervo y una culebra.

Entre las ramas, había hecho su nido el cuervo; y, en un hueco del tronco, la culebra arregló su habitación.

Cuando los polluelos del cuervo estuvieron algo crecidos, subió la culebra y se los comió.

—¿Qué haré para vengarme—pensaba el cuervo—y evitar que, en lo sucesivo, este reptil infame siga devorando a mis hijos?

Antes de tomar una resolución, fué a ver a su amiga, una zorra muy astuta, que tenía su madriguera en una cueva cercana.

Cuando llegó a su presencia, le dijo:

—Quisiera vengarme de la culebra que se ha comido a mis hijos, de modo que nunca pueda repetir su maldad, pero estoy dudosa sobre el procedimiento que he de emplear. ¿Será bueno que llegue hasta ella y le arranque los ojos a picotazos?

—Guárdate bien de hacer tal cosa—le aconsejó la zorra;—ella es más fuerte que tú y te mataría antes de que pudieras tocar sus ojos con tu pico, pero haz lo siguiente:

Cerca de aquí hay un gran palacio y en su jardín hay un estanque donde se baña la dueña todos los días.

Cuando ella esté en el baño, acércate volando a la orilla, toma con el pico una de las joyas de las que la dueña deja allí al entrar en el agua, y remonta el vuelo.

Ella gritará; acudirán los criados y, cuando ella les explique lo sucedido, tratarán de seguirte para recuperar la joya.

Vuela despacio para que no te pierdan de vista y deja caer la joya en el hueco en que se halla la serpiente; con esto, los criados la matarán para recuperar la joya y así quedarás vengado.

Todo lo hizo el cuervo tal como le aconsejó la zorra y los criados de la señora dieron muerte a su enemiga, con lo que, de allí en lo adelante, pudo criar a sus hijos sin ningún cuidado.

La astucia es el arma de los débiles.



VI

CONTEMPLACION

(FRAGMENTO).

Tiñe ya el sol extraños horizontes ;
El aura vaga en la arboleda umbría
Y piérdese en la sombra de los montes
La tibia luz del moribundo día.

Reina en el campo plácido sosiego,
Se alza la niebla del callado río,
Y a dar al campo fecundante riego,
Cae, convertida en límpido rocío.

Es la hora grata de feliz reposo,
Fiel precursora de la noche grave . . .
Torna al hogar el labrador gozoso,
El ganado al redil, al nido el ave.

.....
El crepúsculo huyó: las rojas huellas
Borra la luna en su esmaltado coche,
Y un silencioso ejército de estrellas
Sale a guardar el trono de la noche.

Gertrudis Gómez de Avellaneda.





VII

UNA ANECDOTA DEL PADRE VARELA

El Padre Félix Varela, famoso por su patriotismo, su talento, su amor a la enseñanza y sus virtudes, era de una caridad extremada. Durante cierta época de su vida, residía en New York y era cura de una pequeña iglesia de un barrio muy pobre. Sus antiguos discípulos de Cuba, muchos de los cuales eran ricos, le enviaban cada cierto tiempo una suma recaudada entre ellos, para que pudiera vivir decentemente, porque el noble anciano carecía de bienes de fortuna; pero, el Padre Varela, tan pronto como recibía el dinero, lo distribuía entre los pobres de su parroquia sin dejar casi nada para sí; por consiguiente, vivía en la mayor estrechez.

En cierta ocasión, recibió a la entrada del invierno,

una cantidad considerable remitida por sus discípulos desde Cuba y en el acto comenzó a distribuirla entre sus pobres. La señora encargada de la casa en que vivía le aconsejó que se comprase alguna ropa de abrigo, pues ya no tenía ninguna en buenas condiciones y estaba expuesto a perecer de frío en alguna de las salidas que hacía diariamente para asistir y consolar a sus feligreses enfermos. El Padre Varela prometió hacerlo, pero siguió repartiendo todo su dinero en obras de caridad, oculta-mente. Cuando ya sólo le quedaban algunos pesos, la buena señora le dijo que ella sabía de un pobre anciano débil y achacoso, que todos los días tenía necesidad de hacer largas caminatas a pie por el barrio, con un traje de verano viejo y remendado, sin tener siquiera un mal abrigo con que defenderse de la nieve y del viento helado del invierno. El pobre hombre necesitaba un traje y un abrigo, agregó, y ella acudía al Padre Varela, a fin de obtener algún socorro. Tan pronto como la señora hubo terminado de exponer su deseo, el Padre Varela se apresuró a entregarle el dinero que aun le restaba, quedándose sin un centavo. Pocas horas después se le presentó la señora nuevamente, cargando con un gran paquete. Lo abrió en presencia del Padre Varela y tomando un buen abrigo que contenía el paquete, se lo entregó al caritativo sacerdote diciéndole: “Padre Varela, Vd. era el pobre de quien yo le había hablado. Tome el abrigo y cúbrase con él, para que no perezca de frío y pueda se-

guir haciendo el bien a cuantos necesiten de sus consuelos”.

El Padre Varela quedó confuso y asombrado. De esa manera fué como tuvo aquel año un abrigo para protegerse de los rigores del frío.





VIII

LAS HORMIGAS AGRICULTORAS

Julio es un niño muy observador y estudia siempre con mucho interés las costumbres de los animales grandes o pequeños que conoce. En el jardín de su casa permanece horas enteras buscando insectos y observando todo lo que éstos hacen.

Unas veces atisba a las arañas, acurrucadas en el centro de la tela, donde esperan pacientemente atrapar algún pequeño insecto volador con que saciar su apetito; en otras ocasiones sigue con la vista a las hormigas, que corren apresuradamente en todas direcciones buscando alimentos para sus crías.

El ha leído y oído contar cosas muy curiosas de los insectos, y quiere conocer por sí mismo algunos de esos

pequeñísimos animales, a fin de comprobar lo que sabe de ellos.

Hace poco leyó en uno de sus libros que las hormigas tienen sus vacas de leche y que cultivan algunas plantas alimenticias en sus hormigueros. Su sorpresa fué tan grande que acudió a su padre preguntándole si era cierto lo que acababa de leer.

Su padre le dijo que sí y le explicó que en ciertas plantas viven unos animalitos muy pequeños llamados *pulgones*, los cuales sueltan un jugo azucarado, de aspecto lechoso, cuando las hormigas los tocan con sus pinzas.

Las hormigas encuentran muy sabroso ese jugo de los pulgones y se alimentan de él, como nosotros de la leche de las vacas. De modo que los pulgones son las vacas de las hormigas.

También es cierto, le dijo, que las hormigas cultivan algunas plantas pequeñísimas pertenecientes a la clase de los hongos. He aquí cómo lo hacen: llevan hojas verdes de varias clases de plantas a sus cuevas; dichas hojas se pudren allí y sobre ellas se reproducen en gran número pequeños hongos de distintas clases, que son un manjar exquisito para ellas y para los pulgones, a los cuales alimentan para que den abundante leche.

Estos hechos despertaron la curiosidad de Julio a tal extremo, que durante varios días estuvo observando sin cesar a las hormigas y a las bibijaguas y buscando libros que leer referentes a dichos insectos.



I X

MATINAL

La aurora en la lejanía,
gloria, ensueño, poesía,
entre las nubes se pierde
y contrasta el regio tul
del cielo blanco y azul,
sobre una montaña verde.

Nos besa un aire suave . . .
canta a lo lejos un ave
romántico madrigal,
y un arroyo que murmura
con angélica ternura,
copia el cielo en su cristal.

En apartada floresta
lanza rumores de fiesta
la blanca cinta de un río,
y la apacible mañana
los rosales engalana
con diademas de rocío.

La frescura del ambiente,
misericordiosamente,
nos abate la tristeza,
y de nuestro corazón
arranca alegre canción
la madre Naturaleza.

Miguel Galiano Cancio.





X

EL SAPO Y EL SIJÚ

Un sijú y un sapo vivían en una gran gruta formada al pie de una pequeña loma caliza. En la parte superior de dicha gruta, hacia uno de los rincones más oscuros de la misma, existía una pequeña cavidad lateral, en la cual el sijú había hecho su habitación. El sapo vivía en un reducido hueco del piso, debajo de un pedrusco, en un lugar muy fresco, cerca de la entrada de la gruta.

Los dos vecinos se conocían de vista, pero no se trataban. Ambos eran silenciosos y taciturnos, y no salían sino de noche. No muy lejos del lugar donde vivían, habitaba una familia de labradores; y nuestros dos personajes no ignoraban el temor y el odio que hacia ellos sentían los muchachos de la casa. Más de una vez el sapo había

llegado cojeando, con una pata casi aplastada, después de escapar, como por milagro, de las pedradas de los muchachos. El sijú, oyendo silbar las piedras en torno suyo y perdiendo no pocas plumas, sólo había logrado ponerse a salvo en varias ocasiones, gracias a la rapidez de su vuelo, y a que la escasa luz del crepúsculo no había permitido a sus perseguidores afinar bien la puntería.

Receloso el uno del otro, ambos animales jamás se miraban sino de reojo. Sin embargo, la vecindad en que vivían y la común desgracia de verse implacablemente perseguidos, dieron sus naturales frutos y los dos misteriosos vecinos se fueron sintiendo unidos por cierta simpatía.

Con el tiempo llegaron a hacerse amigos. Bueno es hacer constar, no obstante, que al sapo siempre le inspiraba alguna desconfianza la mirada fija y penetrante de su compañero, cuyos hábitos carnívoros conocía.

Una tarde, hallándose el sapo convaleciendo de una grave herida que le privó para siempre de varios dedos de una de sus patas posteriores, reflexionaba amargamente sobre la injusta persecución de que era objeto, cuando al levantar la vista, alcanzó a ver a su vecino. Este dormitaba cerca de la entrada de su alojamiento. Sin duda hacía una buena digestión. Inmóvil, en la soledad de su aposento, con los párpados dulcemente cerrados, parecía soñar. “Mi vecino, pensó el sapo, goza en este momento con el recuerdo de la buena caza que

hizo hoy por la mañana, y se regocija de antemano con la que se propone hacer esta tarde. ¡Qué feliz es comparado conmigo!”

• En el momento mismo en que el sapo se hacía esta reflexión, observó que el sijú comenzaba a dar muestras de inquietud y a agitarse. Parecía tener grandes náuseas. Con el cuello extendido y el pico desmesuradamente abierto, atragantado por completo, inspiraba profunda lástima. Al fin acabó por arrojar cuanto tenía en el buche.

—Siento muchísimo, amigo mío—le dijo el sapo—que se halle Vd. indispuerto. Si en algo puedo servirle, estoy a sus órdenes para procurarle cualquier remedio.

—Muchas gracias, vecino; pero créame, nunca me he sentido mejor que hoy. Lo que le ha hecho figurarse que estoy enfermo es una cosa natural en mí. Cuando como, me trago la comida entera. Al hacer la digestión, cierta parte inútil de lo que he tragado se separa de la que sirve para nutrirme y la arrojo de esta manera. No es muy agradable que digamos, pero que quiere Vd., cada uno es como Dios lo ha hecho.

—Dice Vd. muy bien, estimado vecino; y ahora me explico la procedencia de esos restos que hay al pie de su habitación, en los cuales me había fijado varias veces. Confieso mi ignorancia: desconocía por completo lo que acaba Vd de explicarme.

—Pues ha de saber Vd., mi amigo, que todas las

aves de rapiña nocturnas presentan esta particularidad. Es un defecto de familia.

—¿Y quién no los tiene?—dijo sentenciosamente el sapo.

—Es verdad—contestó el sijú—; se ha expresado Vd. como persona de gran saber y experiencia.

Animado el sapo con este elogio de su vecino, por lo común huraño y de pocas palabras, prosiguió la conversación de la siguiente manera:

—En el instante en que le ocurrió a Vd. el accidente de que hemos tratado, pensaba, amigo sijú, en la crueldad con que nos persiguen los muchachos que viven en el caserón de allá abajo. ¿Cuál es el motivo de su odio? ¿Por qué nos acosan de esa manera? Me lo he preguntado muchas veces y no acierto a responderme. ¿Podría Vd., que conoce el mundo mejor que yo, ilustrarme acerca del particular?

—Con el mayor placer—dijo el sijú—; pero se lo explicaré mañana, porque ya está obsecureciendo y tengo que salir de caza.





X I

LA ASTUCIA DE UN HOMBRE RUSTICO

Viajaban juntos, una vez, dos señores y un campesino. Como el viaje se prolongó más de lo que habían calculado, agotaron todas sus provisiones, con excepción de una corta cantidad de harina, con la que podían hacer un poco de pan.

Viendo aquella escasez, los dos señores se pusieron de acuerdo para comerse entre los dos el pan que pudieran hacer con la harina.

Con este propósito idearon el siguiente ardid:

Uno de ellos debía llamar la atención sobre la poca cantidad de pan que podía hacerse con la harina que tenían, manifestando que para uno sólo bastaría, pero que, repartido entre los tres apenas si a cada uno correspondería un bocadito insignificante.

Entonces el otro debía proponer que cociesen el pan, y, entre tanto, se acostasen a dormir; después se contarían los sueños que hubieran tenido, y aquel que hubiera soñado mayores maravillas, que comiera todo el pan.

Hicieron esta proposición al rústico y éste aceptó; sin embargo, sospechó que los señores tenían algún plan para burlarse de él.

Así es, que, cuando se acostaron, en vez de dormir se mantuvo despierto, y cuando comprendió que los otros estaban dormidos, se levantó con cuatela, y se comió el pan, aunque no estaba bien cocido todavía.

A poco despertaron los señores y conversaron de este modo:

—¡Qué sueño tan prodigioso he tenido!—dijo uno.

—¡Qué soñaste?—le preguntó el otro.

—Me pareció—respondió aquél—que se abrían las puertas del cielo; que de allí bajaron dos ángeles y me llevaron hasta la presencia de Dios.

—Pues yo—dijo el segundo—he tenido un sueño igualmente maravilloso. Soñé que dos ángeles aparecían ante mí; hendieron la tierra con sus espadas, me tomaron en sus brazos y me llevaron al infierno.

El rústico, aunque aparentaba que dormía, estaba despierto, escuchando la conversación de los señores.

Entonces, aparentó que despertaba y, haciéndose el sorprendido, les preguntó:

—¡Ya han vuelto Vds. de su viaje?

—¡De qué viaje?—preguntaron ellos. No nos hemos movido de aquí.

—Pues, a la verdad—agregó el rústico—será que yo he soñado. Me pareció que dos ángeles bajaban del cielo; tomaron a uno de Vds. y volvieron a subir hasta la presencia de Dios; y otros dos ángeles tomaron al otro y lo llevaron al infierno. Entonces, pensando que de viajes tan largos, no podrían volver, me levanté y me comí el pan.

Confusos y chasqueados quedaron los dos señores, al conocer la malicia del rústico, viendo como la trama que ellos habían combinado, tan sólo sirvió para que éste se burlara de ellos.





XII

MAXIMAS

I

¿ Ves cómo se abre la fragante rosa,
por recibir la luz que el sol le envía?
Abre también así tu mente ansiosa
a luz de ciencia que virtudes guía.

II

Primer signo de cultura
es no hablar mucho de sí:
omitir el yo procura,
que sólo te importa a tí.

III

Vale un libro acrisolado
más de treinta no escogidos;
ciento de prisa leídos
menos que uno meditado.

Aurelia Castillo de González.



XIII

LA HISTORIA DEL SIJÚ

Habr  de saber Vd. amigo sapo, dijo el sij  al comenzar a contar su historia, que los muchachos que me tienen mala voluntad son unos ignorantes.

Crean que voy de noche a las iglesias junto con mis parientes las lechuzas, a beberme el aceite de las lámparas; dicen que vuelo sobre el techo de la casa donde hay algún enfermo, anunciando la pronta muerte de éste con mi grito de guerra; que me regocijo cuando en el campanario de la iglesia vecina tocan a muerto, y otras mil patrañas por el estilo. Todo esto sin contar la envidia, porque según dijo un poeta cubano, me odian porque distingo las cosas en la obscuridad mejor que ellos, aunque no tanto como se figuran.

—Yo creía—dijo el sapo—que Vd. veía perfectamente de noche.

—Ojalá fuera cierto, amigo; pero no es así. Gracias a que mis ojos son muy grandes y abiertos, ven bien a media luz, al amanecer y al oscurecer, así como en las noches de luna, que son mi delicia; pero nada más.

—Siempre es una ventaja.

—Sí, pero no crea que todo el campo es orégano. Esa ventaja tiene sus inconvenientes. La luz del día me deslumbra y casi me ciega. Vea Vd. como tengo que permanecer en esta obscuridad mientras brilla el sol. Pero, volviendo al asunto de que tratábamos, le repito que los muchachos que me persiguen son unos ignorantes. ¡Mal agradecidos! ¡Tanto bien como le hago yo a sus padres!

—¿Qué beneficio es el que Vd. les hace, amigo sijú?

—Sábra Vd., vecino, que mi alimento preferido son los ratones y mil sabandijas dañinas a la agricultura. El padre de esos muchachos vería gran parte de sus cosechas destruídas, si no fuese por mí, que les presto el servicio de acabar con muchos animales que dañan sus plantas.

El sapo le dijo entonces al sijú:

—Y ciertos pájaros ¿por qué son enemigos de Vd? Se lo pregunto, porque yo estaba un día oculto entre la yerba y vi que varios pájaros, aprovechándose de que la luz le tenía a Vd. casi ciego, le atacaban a picotazos y le arrancaban las plumas sin piedad. Hasta los tomeguines y las bijirítas parecían furiosos contra Vd. Si yo

hubiera podido prestarle auxilio lo hubiera hecho con gusto.

—¡Gracias, amigo sapo! Aquel fué un día desgraciado para mí. Yo había salido de madrugada, y al regresar cuando apuntaba el sol, alcancé a ver a los muchachos rondando a la entrada de la gruta. Querían averiguar si yo vivía aquí. Me oculté lo mejor que pude entre las hojas de un árbol y me dispuse a aguardar allí la noche. Un maldito *pitirre* me vió y dió la voz de alarma. En seguida acudieron todos los pájaros de los alrededores y me acosaron a picotazos. Poco faltó para que me dejaran desplumado y ciego. Lo que más temía era que al ruido que metían aquellos cobardes acudieran los muchachos. Si no hubiera sido por eso, yo hubiera acabado con todos ellos.

El sapo sabía a qué atenerse respecto de esta bravata. El había sido testigo del espanto del sijú, que en vano movía su cabezota de un lado a otro, abriendo mucho los ojos y lanzando algunos chillidos para espantar a sus asaltantes. Sin embargo, se hizo el desentendido y como el sijú parecía dispuesto a callarse, volvió a decirle:

—Bien, pero lo que yo no comprendo es por qué los pájaros le tienen odio a Vd., que es de la misma familia.

—Es que yo—dijo el sijú, titubeando un poco—a veces encuentro en mis salidas algún tomeguín o al-

guna bijirita que regresa tarde a su nido y si tengo hambre . . . comprende Vd . . .

—Sí, sí; comprendó—dijo el sapo saltando asustado para su cueva.

El sol acababa de ocultarse y el sijú, despidiéndose del sapo con un “hasta mañana” bastante seco, voló fuera de la gruta, sin producir el menor ruido, gracias a sus plumas sedosas y finamente divididas,

Por el lado del Este se percibía ya el vago resplandor de la luna llena . El sijú contempló gozoso el horizonte y recordando la humillación que había sufrido pocos días antes a la vista del sapo, sintió rebosarle la cólera en el pecho . Lanzó repetidas veces su estridente grito de guerra y comenzó la caza, con el oído atento a los más tenues rumores de la noche . Muchos tomeguines y bijiritas ocultos entre el follaje, temblaron de pavor al oírlo .





XIV

COMO SE FORMA LA TIERRA

—¿Cuál de los trabajos de la escuela te gusta más?
—preguntó Julio a su primo Luis, que había venido a pasar la tarde del domingo en su compañía.

—A mí la aritmética—le contestó éste.—Siempre obtengo las mejores notas resolviendo problemas. ¿Y tú cuál prefieres?

—Yo prefiero la geometría; las excursiones al campo me agradan mucho.

—En mi escuela también hacemos excursiones. Hemos visitado algunas fábricas y varios lugares de campo. ¿Han hecho muchas excursiones Vds?

—Sí, cada dos o tres semanas visitamos un lugar distinto. La última vez fuimos a las canteras y a un arroyo que está cerca de allí.

—¿Y qué fueron a estudiar ese día?

—Fuimos a ver cómo se forma la tierra suelta que hay en el campo. El maestro nos había dicho en clase, que la tierra suelta había sido piedra o roca antes de ser tierra, y que en la excursión podríamos observar cómo la roca se convierte en tierra poco a poco.

—¿Y lo pudieron ver?

—¡Ya lo creo! Llegamos a la cantera a eso de las tres y media de la tarde. Los obreros estaban sacando piedra junto a unos paredones altísimos. El maestro nos preguntó si la piedra recién partida tenía el mismo color de la piedra que estaba a la intemperie desde hacía mucho tiempo. La pregunta era una bobería; la piedra fresca estaba casi blanca y brillante y la otra negruzca y mohosa.

—¿Y eso fué todo lo que aprendieron?

—No; entonces nos dijo que miráramos para los paredones, y que observaríamos si toda la piedra parecía recién partida.

Nos fijamos y vimos que había unos manchones negruzcos y mohosos junto a las grandes lajas partidas por los barrenos. Parecían piedras que habían estado a la intemperie, aunque eran del interior de la loma.—
¿Qué cosa ha puesto esas piedras así?, dijo el maestro. Observamos las piedras de cerca y yo fuí el primero que dije: ¡El agua! ¡El agua! Bien, bien, agregó el maestro. ¿Cómo entró el agua hasta el interior de la loma? Nos

pusimos a observar y vimos muchas grietas o hendiduras de arriba a abajo de la loma, por las cuales podía penetrar el agua hasta el interior de ésta. Se lo dijimos al maestro y él dijo que estaba bien.

—¿Pero las grietas no serían hechas por los trabajadores con los barrenos?

—No, chico. Las que hacen los barrenos se distinguen porque están frescas; las otras son muy viejas. El maestro nos dijo que todas las lomas tienen grietas por dentro y que el agua penetra por ellas y va descomponiendo la piedra y poniéndola mohosa. Eso ocurre en toda la Isla, así las piedras se van partiendo en pedazos con el transcurso del tiempo.

—Pero eso será muy poco a poco.

—¡Es claro! De la cantera fuimos al arroyo. Había poca agua y muchas piedras de diferentes tamaños en el cauce. El maestro nos dijo que buscáramos algunas piedrecitas bien redondeadas; en seguida las hallamos porque las había en gran cantidad. Nos preguntó qué había puesto tan redondeadas y lisas aquellas piedrecitas.

—¡Eso si es la gran bobería! ¿Quién no lo sabe? La misma corriente del arroyo haciéndolas rodar y chocar unas con otras.

—¡Claro! Así se lo dijimos nosotros. Entonces el maestro nos dijo:

—Bueno, y los pedacitos de piedra que la corriente

ha ido desprendiendo de estas piedrecitas, ¿qué se habrán hecho? Miren a ver si encuentran algunos en el arroyo. Buscamos con la vista y encontramos unos montones de tierra a lo largo del arroyito, formados de piedrecitas muy pequeñas. Parecían de tierra muy gruesa. El maestro nos hizo coger un puñado y examinarlo bien. Vimos que eran granitos de las mismas piedras más grandes. Después nos hizo buscar en el mismo arroyito otra tierra más fina y mirarla con cuidado; eran piedrecitas más pequeñas aún. Entonces nos preguntó: ¿Un granito de tierra, qué es? Una piedra muy chiquita, le dijimos. Muy bien, nos contestó. Recuerden lo que vieron en la cantera y lo que han observado en el arroyo y piensen, para que me contesten esta pregunta completa: ¿Cómo se forma la tierra suelta que vemos en el campo? Yo levanté la mano y dije: El agua penetra en las piedras por las grietas de éstas y las va pudriendo y dividiendo en pedazos; después los arroyos arrastran estos pedazos y los van reduciendo a granos de tierra muy pequeños.

Luis iba a contestarle a Julio, pero en el mismo momento llegaron varios muchachos amigos de ambos y todos se fueron a jugar a la pelota.





XV

EL FILOSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura
Un filósofo echado de su asilo,
De ciudad en ciudad andaba errante
Detestado de todos y proscripto.

Un día que sus desgracias lamentaba
Un buho vió pasar, que perseguido .
Iba de muchas aves que gritaban:
“Ese es un gran malvado, es un impío,
Su maldad es preciso castigarla,
Quitémosle las plumas, así vivo”.
Esto decían y todos le picaban,
En vano el pobre pájaro afligido

Con muy buenas razones procuraba
De su pésimo intento disuadirlos.

Entonces nuestro sabio que ya estaba
De aquel buho infeliz compadecido,
A la tropa enemiga puso en fuga
Y al pájaro nocturno dijo:—“Amigo,
¿Por qué motivo destrozarte quiere
Esa bárbara tropa de enemigos?”
—“Nada les hice, el ave le responde;
El ver claro de noche es mi delito”.

José María Heredia.



garra. Seguramente él desconocía las verdaderas costumbres de dicho insecto.

—Cuéntame cómo es eso, papá; tengo muchos deseos de saberlo.

—En primer lugar—dijo el padre—la Cigarra no vive en el invierno, de manera que no podía ir en esa estación del año a las puertas de la Hormiga a pedirle favores a ésta.

Además, la Cigarra no se apodera de lo ajeno, como la Hormiga. Esta es una rapaz explotadora, que acapara en sus graneros toda clase de comestibles. La Cigarra no tiene necesidad nunca de ser socorrida para vivir. La Hormiga es la que, acosada por la necesidad, acudé a veces en súplica a la Cigarra. Es decir, en súplica, no; porque pedir prestado y devolver lo pedido no son cosas que entran en las costumbres de la Hormiga. Esta es una ladrona, que explota y saquea a la Cigarra cada vez que puede.

En el mes de Julio, a las horas del mediodía, cuando los insectos extenuados de sed van de aquí para allí tratando en vano de encontrar una gota de agua en las flores marchitas y reseca, la Cigarra se ríe de la escasez general, porque dispone de una manantial inagotable. Sin dejar de cantar un momento, se posa sobre la ramita de un arbusto y abre en la corteza un pequeño agujero, del cual comienza a manar una savia dulce y refrescante. Introduce su trompita en el pozo que acá-

ba de abrir, y chupa deliciosamente, entregada al placer de saborear su refresco y de cantar. Si la observamos con atención durante algún tiempo, tendremos ocasión de ver escenas muy desagradables. Numerosos sedientos rodean a la Cigarra y acaban por descubrir el manantial de savia, una parte de la cual se derrama por los bordes. Al principio acuden con cierta timidez y se limitan a chupar el licor sobrante. Los más pequeños, para aproximarse a la fuente, se deslinzan debajo del vientre de la Cigarra, la cual bondadosamente se levanta un poco sobre sus patas y deja pasar a los importunos. Los más grandes tiemblan de impaciencia, van de acá para allá, se acercan, se alejan, dan vueltas alrededor de la Cigarra y muestran cada vez mayor atrevimiento. Atormentados por la sed, hasta los más tímidos se convierten en turbulentos agresores, dispuestos a arrojar del pozo al obrero que lo ha abierto. De este grupo de salteadores los más tenaces son las hormigas. Dan mordiscos a la Cigarra en las patas, le tiran de las alas y de las antenas, se le encaraman encima, y finalmente, llegan hasta a tratar de obligarla a sacar la trompita del manantial, sujetándosela con las tenazas y tirando de ella con todas sus fuerzas.

Agotada ya su paciencia, la Cigarra termina por abandonar el bebedero. La Hormiga logra así lo que pretendía: quedar dueña del pozo abierto por la Cigarra.

Como ves, Julio, agregó el padre, el pedigüeño descarado que llega hasta el robo, es la Hormiga; el obrero industrioso que parte voluntariamente lo que posee con el que sufre, es la Cigarra. Pero aún falta referir otro hecho para terminar de demostrar lo repugnante que es la conducta de la Hormiga. Después de cinco o seis semanas de fiesta, la cantadora Cigarra cae de lo alto del árbol, consumida ya su vida.

El sol reseca el cadáver y los caminantes le aplastan al pasar. Pirata siempre en busca del botín, la Hormiga lo encuentra; en el acto lo despedaza, lo tritura y lo reduce a pequeños fragmentos, que van a aumentar sus provisiones. No es raro ver a la Cigarra agonizante, con sus alas que aun se estremecen en el polvo, acosada en sus últimos momentos por una negra cuadrilla de hormigas que se apresuran a descuartizarla.

Julio había escuchado a su padre con profunda atención y al terminar éste, le dijo:

—Pero papá: siendo todo esto así, ¿cómo es que en la fábula se cuenta la historia de estos insectos, de tan distinta manera?

—Porque has de saber, hijo mío, que a veces hay egoístas sin escrúpulos, como la Hormiga, que son hipócritas y calumniadores. Se forman una falsa reputación de virtud y laboriosidad a costa de los que ganan su vida, alegremente, como la Cigarra.



XVII

PROCLAMA

DIRIGIDA A LOS HABITANTES DE SANTA CLARA POR EL GENERAL ANTONIO MACEO AL LLEGAR, CON LA COLUMNA INVASORA, EN DICIEMBRE DE 1895, EN SU MARCHA DE INVASION HACIA OCCIDENTE.

VILLAREÑOS:

Venimos de Oriente en marcha triunfal para combatir por la libertad y redención de Cuba en el gran teatro de Occidente, donde el tirano ha acumulado sus poderosos elementos de guerra con el inicuo propósito de que continúe esclavizada esta feraz y riquísima región, y sacar de ella sola los pingües rendimientos que ya no puede obtener de las otras comarcas, y saciar de ese modo su codicia, y dar hartazgo a sus concupiscencias.

Para salir del yugo español os bastaríais vosotros solos, villareños; que nada es imposible para los pueblos esforzados y dignos cuando luchan por su emancipa-

ción y bienestar. Con el hierro y el fuego se forjan las cadenas: con esos mismos elementos, aplicados con energía, también se hacen pedazos las más recias del despotismo.

Pero no sería propio de pechos fraternales encendidos en una misma llama patriótica, no le daríamos a la Revolución todo el homenaje que le debemos, le quitaríamos algo de su carácter grandioso, sobre precindir de las elocuentes lecciones de nuestra historia que atribuyen al espíritu de localismo las principales causas de nuestros desastres en la memorable y sangrienta década, tan rica en sacrificios como infeliz en recompensas; habría algo de egoísmo, algo que bartardearía nuestro linaje cubano, algo que nublaría el Sol esplendoroso de Oriente, si nos hubiésemos limitado a humillar las armas españolas allí y sentirnos con tal victoria satisfechos.

Nuestra misión es más elevada, más generosa, más revolucionaria: queremos la libertad de Cuba, anhelamos la paz y el bienestar del mañana para todos sus hijos, sin poner tasa al sacrificio ni dar tregua al batallar llevando la guerra a todas partes, hasta los baluartes más remotos de la dominación y batir en ruinas sus murallas opresoras.

Los imperios fundados por la tiranía y sostenidos por la fuerza y el terror, deben caer con el estrépito de los cataclismos geológicos.

Para eso pedimos vuestro concurso, animosos villareños. Sólo así el sacrificio será meritorio; sólo así podrán cumplirse los ideales supremos de la Revolución, únicamente así el sol de la libertad, que ya brilla radiante en el cielo de la Patria, no sufrirá otro eclipse pavoroso.

Los Remates (Remedios), 6 de diciembre de 1895.

Antonio Maceo.





XVIII

LA CANCION DE LAS PALMAS

Esmeraldas rumorosas,
porciones del patrio suelo
que os levantáis orgullosas
para besar, amorosas,
el gran zafiro del cielo;

— Vosotras, las que mirasteis
caer el postrer soldado,
que, piadosas, lo arrullasteis,
y en pie, soberbias, quedasteis
sobre el campo ensangrentado;

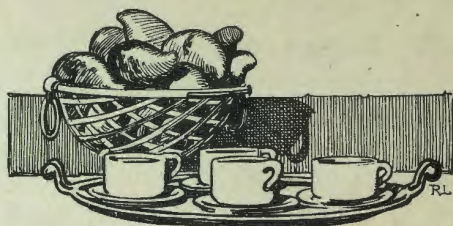
En lenguaje misterioso,
ya que tan alto subisteis,
contadle al azul radioso
el secreto doloroso
de la canción que aprendisteis.

¡Decidle cuánta amargura
vuestro suave arrullo encierra
en su infinita dulzura,
y repetid en la altura
lo que oísteis en la tierra!

¡Que en el viento confundido
llegó a vosotros un día,
el primer cubano herido
el lamento dolorido
que repetís todavía!...

Dulce María Borrero.





XIX

EL MANGO Y EL CAFE

Una de las frutas más abundantes en Cuba es el mango. Hay mangos de muchas clases diferentes, pero todos son muy sabrosos. El árbol que produce el mango es hermoso y corpulento; en algunos lugares de nuestro país se hallan en tan gran cantidad los árboles que producen el mango, que forman verdaderos bosques.

Sin embargo, el mango no es originario de Cuba y hasta puede decirse que su introducción es relativamente reciente. Hace ciento treinta años no había aun mangos en nuestra patria; éstos fueron introducidos muchos años después de la toma de la Habana por los ingleses; más exactamente, en la época en que era gobernador D. Luis de las Casas.

Según dice en uno de sus libros D. José Antonio Saco, el primer árbol de la clase de que se trata fué sembrado por una señora respetable de la Habana. Dicha señora sembró en el jardín de su casa una de las semillas de mango que trajo a Cuba un señor llamado D. Felipe Alwood, el cual, a juzgar por su apellido, debió

ser inglés o norteamericano. Más tarde se trajeron otras variedades de diversos países.

El café, otra planta abundante en Cuba, también es de procedencia extranjera. Su introducción ocurrió el año 1768, es decir, veintidós años antes de la del mango.

Los primeros cafetos fueron plantados por D. José Antonio Gelabert en una finca de su propiedad, situada cerca del pueblecito de Wajay, en la provincia de la Habana. Después su cultivo se extendió a las fincas vecinas y a las zonas de Santiago de las Vegas, Bejucal y otras de la Isla. Hace ciento veinte años los cafetales eran muy pocos; el café crudo se vendía entonces a catorce y diez y seis centavos la libra. Los cafetales llegaron a ser muy numerosos algunos años más tarde y el producto de la venta del café hizo ricos a muchos cubanos.

Los cafetales eran fincas muy hermosas por lo común. Artemisa llegó a tener fama por sus lindos cafetales; se le conocía con el nombre de Jardín de Cuba.

El cultivo del café decayó pronto y fué substituído por el de la caña en casi todas partes. Hoy sólo se siembra café en las lomas de San Cristóbal y Candelaria, en Trinidad y en algunas regiones de la provincia de Santiago de Cuba.

Al saborear un mango o una taza de café, debemos recordar a D. Felipe, que trajo las semillas de mango y a la señora que las sembró, así como al Sr. Gelabert, cultivador de los primeros cafetos.



XX

LA PRUEBA DEL REY

(Del "Libro de Petronio".—Infante Juan Manuel).

Un Rey tenía tres hijos, a los que quería por igual.

Cuando llegó a la vejez, sintió deseos de descansar y resolvió dejar el gobierno en manos de alguno de sus hijos.

Pero entonces se encontró perplejo, sin saber a cual de ellos escogería para designarlo heredero suyo.

Meditando en este problema, decidió someterlos a una prueba que le revelara cuál de ellos era el más a propósito para sucederle en el trono.

Una tarde llamó al hijo mayor y le dijo que al día siguiente por la mañana, debía acompañarle para dar

un paseo por la ciudad, y que, con este objeto, viniera a buscarlo bien temprano.

A la mañana siguiente, vino el hijo, pero no tan temprano como el Rey le había encargado.

El padre le dijo que se quería vestir, que pidiese su ropa a los criados.

Dió el recado el infante, pero los criados le preguntaron cual sería la ropa que debían traer: él lo preguntó a su padre, y transmitió la respuesta a los servidores.

Así ocurrió cuando el Rey pidió sus zapatos y su espada y las espuelas y el caballo en que debía montar y la silla que debían ponerle al caballo.

Cuando todo estuvo listo, dijo el Rey que ya él no podía salir, a causa del mucho tiempo empleado en prepararse; encargó al hijo que saliera solo y observara bien todo lo que ocurriera, para que se lo explicara al regreso.

Salió el hijo con una gran comitiva de la que formaban parte varios músicos, los cuales no cesaron de tocar durante todo el paseo.

Cuando llegó al palacio, le preguntó el padre:

—¿Qué has observado en la ciudad, hijo mío?

—Todo me ha parecido muy bien—contestó el infante;—tan sólo me han molestado los músicos de la comitiva, pues no cesaron un instante de hacer gran ruido con sus instrumentos.

Al día siguiente, hizo el Rey la prueba con el hijo

mediano y todo ocurrió de la misma manera. Al fin, le tocó el turno al hijo menor.

A la hora en punto señalada por el padre, acudió a su cámara para despertarlo.

Cuando pidió su ropa para vestirse, le preguntó detalladamente sobre todas las piezas que deseaba; el mismo fué a buscárselas y le ayudó a ponérselas.

Después le preguntó acerca del caballo, las espuelas, el freno y la silla que deseaba, y todo lo arregló con prontitud.

En el momento de salir, dijo el Rey a su hijo que deseaba quedarse en casa; pero que saliera él, que lo observara todo con cuidado y le informara al regreso de cuanto hubiera visto.

Salió el infante y recorrió cuidadosamente la población. Observó el comportamiento de las personas y de los agentes de la autoridad en las calles; pidió informes acerca de las rentas que pertenecían al Rey; luego fué a visitar los cuarteles; revistó las tropas y las hizo maniobrar a su presencia.

En todo esto empleó el día entero y, cuando regresó a su casa, informó a su padre de todo ello.

El Rey le pidió su opinión acerca de algunas cuestiones de gobierno, y a todo contestó el hijo, según los informes que había adquirido.

El Rey quedó tan satisfecho de la puntualidad, diligencia, previsión y buen sentido de su hijo menor, que lo designó como heredero suyo en el gobierno.



XXI

A LOS NIÑOS

¡ Flores que aromáis el suelo
con vuestra rosada huella!
¡ Constelación rica y bella
sobre la tierra y el cielo!
¡ Cisnes que en cándido vuelo
cantáis en risueño coro!
¡ Oh dulces niños que adoro!,
con vuestros alegres trinos,

sois paraísos divinos
y ángeles con alas de oro.

¡Gracia del cielo inefable!
¡Santa y celeste blancura!
¡Qué manantial de ternura
brotó de tu risa amable!
Seda, espuma, terciopelo,
iris brillando en el hielo,
nácar, rosas, alabastros,
sois una escala de astros
que va de la tierra al cielo.

Luisa Pérez de Zambrana.





XXII

BIOGRAFIA DE LA MOSCA

“Fuí una vez un huevito blanco y ovalado. Mi madre me depositó, punto con centenares de otros, en la suciedad de un establo. Después de pocos días salí de mi prisión convertido en gusano blanco. Durante una semana me alimenté de la misma suciedad en que me hallaba, hasta que me transformé en una crisálida de color pardo. Al cabo de pocos días era ya una mosca hecha y derecha, con dos alas de gasa.

Desde entonces he viajado mucho. Mis patas están cubiertas de una pelusa fina, que no se puede ver sin el auxilio de un vidrio de aumento, pero que es excelente para llevar gérmenes de todas clases. También puedo llevarlos en las alas.

No han de creerlo ustedes, ¡soy tan pequeñita!, pero lo cierto es que en mi cuerpo puedo transportar 6.000,000 de bacterias

¿Qué clase de bacterias? Todas; pero especialmente las de la fiebre tifoidea, que ocasiona tantas muertes de niños y adultos.

Llevo también gérmenes de la tuberculosis; en realidad, siempre tengo provisión de toda clase de microbios, pues me gusta rovolotear y detenerme sobre la suciedad y la basura. Habiéndome criado en ella y vivido con ella la primera parte de mi vida, no se puede esperar que tenga otras inclinaciones. Pero también me gusta estar de fiesta en el azúcar, las masas, las golosinas, la carne, el queso y toda clase de alimentos.

Tengo bastante edad, pues soy una de las pocas moscas que sobrevivieron del invierno pasado, a causa de haberme escondido en una cocina.

Nada puedo decir acerca de mis descendientes, pero un sabio bien informado asegura que puedo tener 312.500.000.000,000 descendientes en un verano. De manera que no hay peligro de que la raza se extinga, aunque muy pocas de nosotras quedan vivas en el transcurso del invierno.

Esta mañana estuve a punto de perder la vida mientras me bañaba en una jarra de leche. Por su parte, una señora bondadosa me sacó cuidadosamente y luego echó un poco de esa leche, donde yo había dejado centenares de microbios, en la sopa de su hijita. Si la niña llega a tener fiebre tifoidea, supongo que la madre no sabrá explicarse cómo ocurrió el contagio.

Fué un día aciago para nosotras, aquel en que el Dr. Keber, de Washington, anunció, en 1895, que éramos vehículos de la tifoidea.

Ese señor explicó al público cómo nosotras paseábamos sobre la suciedad de las letrinas y luego nos trasladábamos a la mesa de la cocina, arrastrando nuestras patas cargadas de bacterias, sobre los biftecs, o tomá



bamos un baño matutino en la jarra de leche, donde los microbios se multiplican rápidamente.

Algún día la gente será suficientemente ilustrada para efectuar, al llegar la primavera, una limpieza cuidadosa, matando a todas mis semejantes que vea instaladas en cuerdas, alambres y objetos pendientes en los almacenes y mercados y en las paredes de las casas.

Supongo que a la gente no le agradaría que deje-

mos las llamadas “manchitas de mosca” en las confituras, en las mesas y en el pan, cuando sepan qué son esas “manchitas” y que ellas también pueden contener gérmenes de enfermedades. Pero hasta ahora, no parece saberlo y poco le importa que su pan tenga esas feas señales de nuestra visita. Lo mismo compran las cosas en los mercados, aunque nos vean paseando sobre ellas. No podemos vivir en una ciudad perfectamente limpia, donde no haya basura ni suciedad que nos albergue. Por esto tendremos que desaparecer de las ciudades del futuro, que tengan una limpieza escrupulosa”.





XXIII

LA FORTUNA DE UN HOMBRE RESUELTO

Vivía en una ciudad un albañil, tan poco diestro en su oficio, que muy pocas veces hallaba trabajo en que emplearse, y, cuando se colocaba, le pagaban jornales tan mēzquinos, que apenas le bastaban para cubrir sus más urgentes necesidades. Un día, dijo a su mujer:

—Estoy cansado de esta vida miserable. Por más que me esfuerzo nunca logro ni siquiera el alimento necesario para todos los días. Voy a irme por el mundo a probar fortuna.

—¡Pobre de mí!—exclamó la mujer—, nuestros hijos se morirán de hambre y yo me moriré también, tirada en cualquier rincón, sin que un alma caritativa me socorra. Ningún amparo tengo en el mundo más que tú.

—A punto de morirnos de hambre estamos ya—replicó el marido—y moriremos con seguridad si nues-

tra situación no cambia. Susténtate como puedas, mientras lucho con la fortuna; si tengo éxito, cambiaremos de situación; si la fortuna no me acompaña, no tendremos por eso peor fin que el que ahora nos espera.

Dicho esto, se dispuso a partir.

Llegó a una aldea habitada por gente muy pobre, cerca de la cual había una montaña.

—¿Podré emplearme en algún trabajo que me proporcione lo suficiente para vivir?—preguntó a los vecinos de la aldea.

Pero ellos le contestaron:

—Esta comarca es tan pobre, que todos vivimos miserablemente.

—Sin embargo—agregó un viejecito—, en mi juventud oí decir que en esa montaña hay un arroyo que arrastra abundantes pepitas de oro; pero para llegar a él es preciso vencer muchos peligros: hay osos muy fieros que atacan a los viajeros y los destrozan con sus dientes y sus garras; además, el arroyo está escondido entre unas altas y escarpadas rocas, por las que nadie puede trepar; no tiene salida al valle, porque se pierde en una cueva muy profunda. Desde hace muchos años nadie se atreve a llegar allí.

—Pues yo lo intentaré—dijo el hombre—aunque tenga que arriesgar la vida; y se dirigió hacia la montaña.

Del primer árbol que encontró en el camino, desga-

jó una gruesa rama, que pudiera servirle de maza para luchar contra las fieras.

Durante varios días, ascendió por los senderos de la montaña sin encontrar ningún peligro, alimentándose de frutas, raíces y sabandijas.

Después, penetró en un espeso bosque, tan enmarañado, que a duras penas pudo atravesarlo.

Apenas había salido del bosque, vió un enorme oso que se dirigía hacia él, alzándose sobre sus dos patas traseras, para estrujarlo con sus dos zarpas delanteras.

Pero el viajero blandió su maza descargando tan fuerte golpe sobre la cabeza del oso, que lo hizo caer aturdido; después acabó de matarlo, machacando su cabeza con una gran piedra que encontró.

Siguió su viaje y, a poco, llegó al pie de las rocas escarpadas, tras de las cuales se hallaba el arroyo aurífero.

Con mil trabajos, exponiéndose a morir despeñado y destrozándose las manos y las rodillas, logró trepar hasta lo alto de la roca.

A veces, el abatimiento se apoderaba de su ánimo; pero, entonces se acordaba de la miseria en que se hallaban su mujer y sus hijos, y decía para sí:

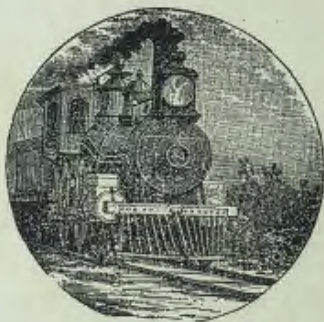
—¡ Adelante, en tanto me quede un soplo de vida !
Vale más morir luchando con los peligros que tirado en un rincón, desfallecido por el hambre.

Al fin, llegó a orillas del arroyo, el cual tenía tal abundancia de arenas de oro, que, en seguida, pudo llenar todos sus bolsillos y un saquito que llevaba.

Contento con su fortuna, emprendió el viaje de regreso.

Halló a su mujer y a sus hijos a punto de morir, extenuados por la miseria; pero, con él, llegaron la abundancia y la alegría.

En lo sucesivo, vivieron satisfechos y felices, gracias a la resolución del padre que no vaciló en afrontar todos los peligros con tal de librar a su familia de la situación miserable en que se hallaba.





XXIV

CASUCAS HUMILDES

Casucas humildes, casucas tranquilas,
que nunca se alegran de risas de niños,
de charlas de amores, de ritmos de esquilas,
de líricas trovas, de ingenuos cariños...

Casucas amables, casucas graciosas,
donde contemplamos, muy de mañanita,
regar, encantada, el patio de rosas
y la huerta pródiga, a alguna abuelita...

Casucas de paz, casucas amadas,
cerca de algún río, junto a algún sendero,
en altivas lomas verdes, enclavadas
como para guía de extraño romero...

Cuánto os quiere el alma, que tenéis abiertas,
¡casucas piadosas! a todos, las puertas...

Miguel Galiano Cancio.



XXV

LA MUSICA DE LAS PALMAS

¿No habéis estado nunca en un palmar? ¿En una noche iluminada por la luna y mirando las nubes que corren por el cielo a merced de la brisa? ¿No habéis oído las melodías que forman las pencas? ¿Qué habéis sentido entonces? ✕

¡Oh, Dios! En horas de amarga tribulación y cuando nada era capaz, de consolarme, he corrido a los palmares, y de allí he salido siempre contento. Vuestros suspiros, vuestros lamentos, adoradas palmas de mi patria, los he escuchado como salidos del cielo, y me han restituído la fe y la esperanza próximas a desfallecer en mi acongojado corazón. He llorado, sí, he llorado en los

palmares; pero esas lágrimas han sido dulces, acompañadas de santos desvaneos, tales como las que derrama una madre que estrecha entre sus brazos al hijo a quien creía muerto, o como las que vierte el patriota que acaba de salvar de tremendos males al pueblo donde nació.

Pero, ¿por qué los poetas de Cuba no hablan de la música de las palmas? ¿Por ventura no les inspiran nada tan mágicos sonidos? ¿No los han oído siquiera una sola vez? ¿Creen acaso que los temas sencillos no son adecuados para los versos? Si yo fuera poeta, mi laúd resonaría perennemente en los campos de mi patria; mas, la naturaleza me negó aquel sublime don.

¡Poetas cubanos, poetas cubanos! en esta hermosa tierra que debéis amar tanto, hay muchas cosas que aun no habéis cantado en vuestros versos.

Habéis hablado de las palmas; pero sus acentos en mitad de la noche, nada parece que han dicho a vuestros corazones. Probad si podéis cantarlos dignamente.

En haciéndonos sentir en una página lo que se experimenta en un palmar, no escribáis más, ya sois poeta, y una corona inmarcesible ceñirá vuestras sienes.

Anselmo Suárez Romero.



XXVI

HISTORIA DE FLOR DE ORO

Anacaona, que en el idioma de los siboneyes quiere decir Flor de Oro, así se llamaba la reina de los indios de *Guajabá*, en Haití. Su esposo había sido el valiente cacique *Caunabó*, Lluvia de Oro. Los españoles, al conquistar la citada isla, no habían podido vencerle luchando en campo abierto; pero el capitán Alonso de Ojeda logró apoderarse de él, traidoramente. Remitido preso a España en una carabela con varios de sus guerreros, murieron todos en la travesía, de desesperación.

Flor de Oro tomó entonces el mando de sus fieles vasallos. Era poetisa y compuso inspirados *areitos* en

los cuales cantaba el heroísmo de los indios, las desgracias de su pueblo y las penas que afligían su corazón. Los más valientes guerreros de *Guajabá* obedecían fielmente a su reina, admiraban su inteligencia, su belleza y su intrepidez, y estaban siempre dispuestos a morir por ella antes que permitir que los blancos la despojasen de su reino.

Pero Flor de Oro quería vivir en paz con los conquistadores. Ella admiraba a los hombres blancos y deseaba que sus indios aprendiesen los grandes adelantos que ellos poseían. Así, pues, sabiendo que el gobernador de los blancos se dirigía al territorio de *Behequio*, su hermano, Flor de Oro se unió a éste y salió a recibir al jefe de los españoles llevándole ricos presentes. La acompañaban ciento treinta caciques de los cuales era soberana.

Al frente del cortejo marchaban grupos de jóvenes indias cantando los más famosos *areitos* y bailando las más vistosas danzas. Después, seguían los caciques en ligeras andas transportadas por *naborías*. A continuación venía Flor de Oro, ataviada al estilo indio. Su hermoso cuerpo, casi desnudo, se hallaba cubierto con una finísima tela de algodón, a través de la cual se veían las bellas flores rosadas y azules, que las damas de la reina india habían pintado con gran delicadeza sobre la piel tersa y suave de ésta. La cabeza, el cuello y los

brazos lucían además, guirnaldas de olorosas y blancas florecillas.

Al encontrar al gobernador, los caciques descendieron de las andas y le acompañaron a pie al pueblo. Los españoles no tenían provisiones y Flor de Oro les regaló grandes cantidades de pescado, algodón, judías, casabe y otros valiosos productos de sus tierras. Llegada la hora de la comida, sirvióse ésta con esplendidez, correspondiendo a Flor de Oro hacer los honores a sus huéspedes. La mesa consistía en una gran tela de algodón extendida en el suelo. Alrededor de la misma se colocaron cojines de yerbas olorosas, uno para cada convidado. Las servilletas eran de hojas grandes de una planta aromática, substituídas a medida que se usaban por jóvenes sirvientes indias. Los vasos, platos, fuentes y demás utensilios eran de madera de ébano negrísimo, con figuras pintadas y talladas por los indios más expertos de *Guajabá*.

El gobernador se retiró muy complacido, con sus guerreros blancos, y prometió que los españoles vivirían siempre en paz con Flor de Oro. Pero ésta fué víctima algún tiempo después de una infame traición. Un gobernador llamado Nicolás de Ovando, acompañado de numerosos soldados fué a hacer otra visita a Flor de Oro. Recibióle ésta con mayor pompa y más valiosos regalos que al anterior, y le obsequió con un rico festín. En medio de éste, los soldados de Ovando, a una señal

de su jefe, cayeron, espada en mano, sobre los desprevenidos guerreros de Flor de Oro, haciendo horrible matanza entre ellos. Flor de Oro fué hecha prisionera y todas las casas de su pueblo incendiadas, pereciendo gran número de mujeres y niños abrasados por el fuego.

X La desventurada reina fué condenada a muerte por Ovando, a fin de sembrar el espanto entre los pocos guerreros sobrevivientes, que lograron refugiarse en los bosques, desde los cuales hostilizaban a los españoles.

Flor de Oro, en medio de su desgracia, dió prueba de poseer un alma inquebrantable; sus verdugos no lograron hacerle derramar una lágrima. La más famosa de las mujeres indias, aquella a quien sus guerreros llamaron *Anacaona*, Flor de Oro, por su talento y su hermosura, fué una heroína. Su recuerdo jamás se borró de la memoria de sus servidores y hermanos de raza. Pasaron los años y años, y aun los indios de Haití y de Cuba, fugitivos y ocultos entre los bosques, entonaban los inspirados *areitos* de Flor de Oro, la reina poetisa que cantó mejor que nadie las glorias y las desgracias de los siboneyes.

Nosotros jamás la olvidaremos tampoco.





XXVII

GLOSA POPULAR

*Anda, hijo, no te tardes,
toma el machete y la lanza,
vete a pelear por tu tierra,
y pon en Dios tu esperanza.*

I

Ya se escucha en la sabana
del clarín ronco el sonido:
ya se alza todo el partido
por la libertad cubana.

Levanta esa frente ufana,
no temas, no te acobardes;
ese valor en que ardes
de tu padre herencia fué,
y asimismo te diré:
Anda, hijo, no te tardes.

II

Patria y libertad espera
al que queriendo ser hombre
corre a que inscriban su nombre
en la cubana bandera.
El que peleando allí muera
gloria sin igual alcanza;
el valor y la pujanza
harán triunfar los cubanos
y así, de mis propias manos,
toma el machete y la lanza.

III

Aunque soy madre y te quiero
como a hijo de mis entrañas,
verte morir en campaña
a verte esclavo prefiero.
Pórtate como guerrero
a quien la muerte no aterra;

los peligros de la guerra
se han hecho para el que es hombre
y si quieres tener nombre
vete a pelear por tu tierra.

IV

Anda, y pelea con valor,
que yo ruego a Dios por ti,
y no vuelvas más aquí,
si no vuelves vencedor.
El que muere con honor
merece eterna alabanza;
así, pues, sereno, avanza
frente a frente al enemigo,
mi bendición va contigo
y pon en Dios tu esperanza.

Miguel Teurbe Tolón.





XXIII

UN MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA SALVADOR CISNEROS BETANCOURT

A la Cámara de Representantes.

Ciudadanos diputados: Consideraciones de mucha importancia me obligan a dirigirme al Cuerpo Legislativo para que se sirva pensar la cuestión que tengo el honor de someter a su alto criterio, cuya cuestión la estimo de alta transcendencia para el país y la Historia y es la conducta que debemos observar con el C. Carlos Manuel de Céspedes en el estado excepcional en que se encuentra el país. Difícil me parece, ciudadanos representantes, tomar por mí solo una determinación que pudiera servir de antecedente para lo porvenir y que quizás engendrarse un privilegio que sirviera de base para los que, como el C. Carlos Manuel de Céspedes, cesasen en la Presidencia de la República. En circunstancias anormales se

verifican las transiciones políticas sin que el sucesor de un poder entre a ocuparse de la vida privada del sucedido, y otro tanto acontece casi siempre en los casos generales; pero no así en el presente, pues en éste, el C. Carlos Manuel de Céspedes no es el hombre que ha dejado de ser Presidente, sino el que engendró la Revolución pronunciándose abiertamente en Yara el memorable 10 de octubre de 1868. En efecto, la personalidad del C. Carlos Manuel de Céspedes está tan adherida a la Revolución de Cuba, que, abandonarlo, porque ha dejado de ser Presidente, a sus propios recursos, sería un desagradecimiento. El fué el primero que proclamó la Independencia y el que por espacio de cinco años ha administrado el poder. Durante este período no ha recibido ninguna remuneración por administrar la República más que alguno que otro regalo de particulares, ni los sueldos que le corresponden por sus servicios; así es que creo que a nosotros toca, ya que no remunerarlos, por lo menos atender a su subsistencia facilitándole los medios y proveerle de una custodia que haga difícil cayese en poder del enemigo, si éste continuara en el prurito de cogerle para celebrarlo como una gran victoria, según ellos, de muerte para nuestra causa. Y no se diga aquí que se implora un principio funesto: el de una jerarquía, no; se ocurre a una consideración justificada: a que no debemos abandonar en momentos extraordinarios al hombre que abre la historia política e independiente del

país con su nombre y el que no puede establecerse con toda seguridad donde lo exige su albedrío. Por otra parte, si los reglamentos señalan ayudantes, escoltas y asistentes a ciertas individualidades en la esfera militar, ¿por qué no hacerlo con el hombre que se alzó en armas con sus recursos de poder, desafiando a una nación que tenía demasiados medios para aniquilarlo? Bien considerado, el título más honroso y satisfactorio para un hombre libre es el título de ciudadano de una nación libre; pero como todavía sostiene en su territorio la guerra más cruel y terrible conocida, es decoroso que la administración a mi cargo haga todo lo posible por salvar al hombre del 10 de octubre. La Cámara de Representantes, interesada en que el hombre de Yara pueda gozar de los beneficios a que es acreedor por sus antecedentes históricos en los anales del país, debe aceptar lo principal de este mensaje y dictar un acuerdo en que, al dejar en salvo la responsabilidad del Ejecutivo, quede la personalidad del C. Carlos Manuel de Céspedes fuera de todo peligro y (sic) de su sustento. El Ejecutivo, estricto observador de nuestras leyes, no ha querido por sí dictar ni tomar determinación alguna; pero sí puede, como lo ha hecho, recomendar al hombre que fué el primero que en Yara, alzado en armas, gritó ¡¡ Viva la Independencia!! P. y L. Residencia del Ejecutivo, en los Negros, a 26 de noviembre de 1873, 6º de nuestra Independencia. El Presidente interino de la República.



XXIX

LA MÚSICA

Los cubanos son muy aficionados a la música . Los campesinos tocan la guitarra y el acordeón para acompañar sus décimas amorosas o patrióticas, y, en las ciudades, las personas cultas sienten una viva afición al piano y al violín . En la actualidad, son muy pocas las casas de personas que disfrutan de algún bienestar, en las cuales no se haga un poco de música en forma más o menos artística.

Este gusto nacional por la música se manifiesta con el hecho de que en Cuba han existido músicos muy no-

tables: Espadero, Villate, Desvernine, Brindis de Salas, entre otros.

× La música tiene tan grande atractivo sobre los hombres, que ha sido cultivada desde la más remota antigüedad, y existen leyendas muy hermosas referentes a su origen y a su influencia. ×

He aquí una sobre el origen de la música. Es de origen japonés y muy antigua.

“Un día, dice la leyenda, Amaterasu, la diosa del sol, se ocultó en una caverna y dejó el mundo sumido en la obscuridad y el horror. Los demás dioses, desesperados, realizaron toda clase de esfuerzos para lograr que Amaterasu saliese de su voluntario encierro; pero todo fué inútil. La diosa persistió en su propósito y las sombras siguieron cubriendo el mundo con su obscuro manto. Pero he aquí que a uno de los dioses se le ocurrió una feliz idea: tomó seis grandes arcos de metal, los fijó sobre el suelo y unió sus extremos con cuerdas. Después hizo vibrar dulcemente esta improvisada arpa, en tanto que un tercer dios, Uzumé, con una rama de bambú en la mano, marcaba el ritmo, cantaba y bailaba.

Atraída por el canto de aquella suavísima melodía, Amaterasu salió de su caverna a fin de aproximarse y oír mejor. Así fué como la luz volvió a brillar sobre el mundo, y con ella la alegría y la felicidad. A partir de entonces, los dioses cultivaron el canto, la música y la danza, en previsión de que Amaterasu, disgustada, se

ocultase nuevamente. Más tarde, enseñaron a los hombres el divino arte.”

Los chinos también son aficionados a la música y le atribuyen virtudes sorprendentes. Según una leyenda china, existen melodías fatídicas, las cuales provocan terribles desastres. Véase una de estas leyendas:

“Cuatro siglos antes de la era cristiana, el duque Ling hizo un viaje, acompañado de una numerosa escolta, al país de Tsin. Durante un alto a orillas del río Pou, se oyó a media noche una melodía dulcísima, producida por un laúd invisible, tocado no se sabe por quién. El duque Ling hizo venir a su maestro músico Kiuen y después de prolongar durante dos noches su estancia a orillas del Pou, para escuchar a su placer la melodía, hizo que Kiuen la copiase. Después continuó su viaje al país de Tsin, cuyo rey le recibió espléndidamente y le ofreció un suntuoso banquete en una terraza de palacio.

Un tanto alegre y excitado por el vino, el duque Ling refirió al rey como durante el viaje había escuchado una maravillosa melodía y le propuso que la cantase el maestro Kiuen. Pero he aquí que, apenas Kiuen había emitido las primeras notas, uno de los convidados le detuvo, diciéndole lleno de pavor: “¡No cantes eso, en nombre del cielo! Esa es una música de perdición; donde quiera que se ejecute habrán de sobrevenir terribles catástrofes.”

El rey, un poco escéptico y algo trastornado por

la bebida, ordenó que se cantase aquel aire extraordinario y todos los otros cantos de perdición que se conociesen.

Kiuen obedeció; pero las catástrofes previstas no tardaron en producirse. Al terminar la primera melodía, una bandada de grullas negras vino a posarse sobre la terraza del palacio; a la segunda, el cielo se cubrió de negros y densos nubarrones; a la tercera, sopló un terrible viento huracanado, cuyas ráfagas hicieron volar los techos del palacio. Llenos de terror, los asistentes a la fiesta se prosternaron, y con rostros pegados a la tierra imploraron la piedad del cielo. Durante tres años fué horriblemente desolado el país por una gran sequía que enrojeció la tierra y la tornó estéril. Desde entonces los chinos de aquella época cuidaron de no repetir más los “cantos de perdición”.





XXX

LOS DUENDES

Palacios y chozas,
Campos y ciudad,
Brutos, aves, hombres,
Todo duerme ya;

Que cubren las sombras
Del cielo la faz,
Y guardan silencio
Los vientos y el mar.

Sólo un rumor se percibe,
Vago, débil y fugaz. . .
El aliento de la noche
Que llena la inmensidad.

Mas . . . crece el rumor . . . sí, ¡ crece !
Y ninguno fué jamás
Tan importuno y extraño,
Tan pavoroso y tenaz.

Ya parece de los buhos
La horrible voz sepulcral;
Ya de un inmenso gentío
El confuso respirar.

.....
Son, ¡ oh cielo !, son los duendes,
Que—enemigos de mi paz—
Cada noche, en turba inmensa,
Visitan mi soledad.

.....
¡ El techo retiembla
Sobre mí agitado !
¡ Cual pino quemado
Lo escucho crujir !

¡ La viga se dobla
Como junco blando ! . . .
La puerta, girando,
Se comienza a abrir !

¡ Los goznes mohosos
Rechinan con ruido !
¡ Con bronco estallido
Se parte el dintel !

¡Y veo entre nubes
De impuros vapores,
De extraños colores
Confusión tropel!

Todo cesa . . .
Ningún ruido
A mi oído
Llega ya:
Todo calla,
Y el reposo
Silencioso
Tornará.

Gertrudis Gómez de Avellaneda.





XXXI

HISTORIA DE UN MUCHACHO LABORIOSO

En Massac'ussetts había una antigua casa de campo que fué construída antes de la revolución americana. Contiguo a la casa había un pequeño edificio de madera, en cuya puerta se leía el nombre de un muchacho; este nombre lo escribió él mismo con su cortaplumas hace más de cien años. El grabado aquí intercalado representa la puerta con dicho nombre. Si el muchacho hubiera añadido la fecha de su nacimiento, habría puesto 1765; pero quizás él iba a hacerlo en el momento en que su padre apareció y le gritó enfadado:

—Eli, no echés a perder esa puerta.

El padre de Eli Whitney usaba aquel pequeño edificio de madera como una especie de taller donde com-

ponía sillas y hacía trabajos por el estilo. Eli iba mucho al tallercito para hacer curiosidades, tales como ruedas de molino de agua y de viento, pues manejaba las herramientas de carpintero con la misma facilidad que silbaba una canción.

Una vez que el padre de Eli estuvo ausente varios días, el muchacho se los pasó en el taller. Cuando aquel regresó, preguntó lo que había estado haciendo Eli, y le dijeron que había estado haciendo un violín. El padre movió la cabeza en señal de descontento y dijo que temía que su hijo no hiciera mucha carrera. No obstante, el violín de Eli, aunque de aspecto burdo, estaba bien hecho y tenía buenas voces; a los vecinos les gustaba oírlo.

Cuando Eli cumplió los quince años, se dedicó a hacer clavos. Hoy hay máquinas que hacen más de cien clavos en un minuto, pero Eli hacía los suyos uno por uno, cortándolos en una barrita larga y delgada de hierro candente. Los clavos que Eli hacía a mano no eran muy bonitos, pero eran fuertes, y como entonces existía la guerra de la revolución americana, él podía vender todos los clavos que hiciera, pues se consumían muchos.

Terminada la guerra, el consumo de clavos no era tan grande, y Eli determinó abandonar su martillo y entrar en un colegio. No tenía dinero, pero ya enseñando, ya haciendo trabajitos aquí y allá, reunió lo necesario para costearse los estudios en la Universidad.

Un carpintero que le vió un día trabajando, observó que el muchacho tenía mucha habilidad para manejar las

herramientas y le dijo: “El día que entraste en el colegio se perdió un buen mecánico”.

Cuando el joven Eli terminó sus estudios, se trasladó a Georgia con objeto de dar lecciones a la familia de un caballero. Eli no pudo conseguir la colocación de profesor que le habían ofrecido y fué a alojarse en casa de una señora a la cual le hizo un bastidor para bordar, que era mucho mejor que el viejo que ella tenía, y por esto la señora creyó que aquel muchacho era extraordinariamente hábil.

Poco tiempo después, varios cultivadores de algodón estuvieron de visita en casa de la señora. Hablando acerca del cultivo del algodón, uno de ellos dijo que el hombre que inventara una máquina para quitar las semillas al algodón haría su fortuna.

Es sabido que el algodón en rama, según crece en el campo, tiene adheridas gran número de pequeñas semillas verdes. Antes de que el algodón pueda hilarse para hacer telas, es indispensable quitarle las semillas.

En aquel tiempo, los hacendados ponían a los negros a hacer este trabajo. Cuando éstos acababan la tarea del día recogiendo algodón en el campo, hombres, mujeres y muchachos se sentaban a sacar las semillas, las cuales están tan adheridas que no es fácil empresa el arrancarlas.

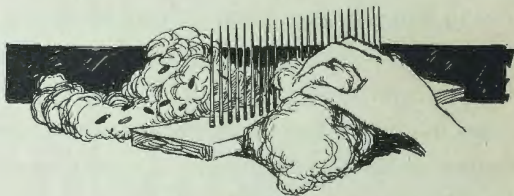
Después de que los hacendados hubieron hablado un rato sobre este asunto, la señora dijo:

—Si ustedes quieren tener una máquina que haga

eso, pídale a mi joven amigo, el señor Whitney; él puede hacerlo todo.

—Pero si yo no he visto en mi vida una planta de algodón ni su semilla—replicó el señor Whitney. En aquella época del año no era posible ver el algodón crecer en el campo.

Después de haberse marchado los hacendados, Eli Whitney fué a Savannah y se puso a buscar hasta que encontró, en una tienda o almacén, un poco de algodón



en rama con sus semillas adheridas. Con aquel algodón en su bolsillo regresó a casa de la señora y se puso a trabajar para hacer la máquina deseada.

Whitney se dijo: Si yo cojo algunos pedazos de alambre y los aseguro a una tabla de modo que queden perpendicularmente muy juntos unos de otros, lo mismo que los dientes de un peine, y entonces hago pasar el algodón en rama por los alambres, valiéndome de los dedos, las semillas, siendo demasiado gruesas para pasar por esta especie de peine, se quedarán del otro lado y el algodón saldrá limpio. Ensayó esto y observó con alegría que resultaba lo que él se había figurado.

—Ahora—prosiguió—si yo hiciera una rueda y la cubriese con dientes de acero muy cortos en forma de ganchitos, estos dientes tirarían del algodón en rama, haciendo que pase por los alambres mejor que lo hacen mis dedos y mucho más rápidamente.

Whitney hizo una rueda como la había ideado; ésta giraba por medio de una cigüeña, hacía el trabajo perfectamente; así fué que en el año 1793 él inventó la máquina que los cultivadores de algodón deseaban tener.

Antes de esto, un negro tardaba todo el día en limpiar una sola libra de algodón quitándole las semillas con los dedos, una por una; ahora la máquina de Eli Whitney limpia mil libras al día.

Hoy no hay muchas cosas que sean más baratas que la tela de algodón. Se puede comprar a diez o doce centavos la vara, pero antes de que Whitney inventara su máquina, la vara costaba peso y medio. Hace cien años los cultivadores de algodón en el sur de los Estados Unidos sembraban muy poco, pues eran muy contadas las personas que podían permitirse el lujo de usar telas de algodón; pero, después de haberse inventado esta ingeniosa máquina, los cultivadores comenzaron a extender la siembra de tan prodigiosa semilla, ensanchando sus campos más y más. Al fin llegaron a cultivar tanto de esta planta que decían: “El algodón es el rey”. Eli Whitney fué quien erigió el trono para aquel rey; y aunque él no se hizo rico con su máquina, recibió bastante dinero por el uso de ella en el sur de los Estados Unidos.



XXXII

HISTORIA DE GUILLERMO PENN

El rey Carlos II de Inglaterra debía una gran cantidad de dinero a un joven inglés llamado Guillermo Penn. El rey era muy dado a divertirse y gastaba tanto dinero que nunca tenía lo bastante para pagar sus deudas. Penn sabía esto; por lo que, en una entrevista con el monarca, le dijo que si le daba un pedazo de tierra en América se consideraba pagado de cuanto le debía.

Carlos se alegró mucho de poder liquidar aquella cuenta tan fácilmente. En consecuencia, dió a Penn un gran territorio al norte de Maryland y al oeste del río Delaware. Este territorio era casi tan grande como Inglaterra. El rey le puso el nombre de Pensilvania, que significa Selva de Penn. En aquel tiempo no se conside-

raba de gran valor aquella extensión de terreno. Nadie había descubierto que debajo de aquella Selva de Penn existían inmensas minas de carbón y de hierro, las cuales algún día serían de mayor valor que todas las riquezas del reino de Inglaterra.

Penn pertenecía a una sociedad religiosa llamada “Sociedad de los Amigos”; hoy se les conoce generalmente por cuáqueros, y es gente que procura encontrar la razón y la justicia consultando su propia conciencia. Creen que no se debe respetar más a un hombre que a otro, y por aquel tiempo no se hubieran quitado el sombrero ni para el mismo rey.

Penn quiso la tierra que le había sido dada en América como lugar donde los “Amigos” pudieran ir a establecerse.

Los cuáqueros sufrían mucho en Inglaterra, pues en algunas ocasiones eran cruelmente azotados, metidos en prisiones oscuras y sucias, donde morían víctimas del mal tratamiento que recibían. El mismo Guillermo Penn había sido encerrado cuatro veces en la cárcel a consecuencia de sus creencias religiosas, y aunque ya no corría el riesgo de sufrir tal persecución por ser amigo del rey, deseó proporcionarse un lugar seguro para ofrecerlo a los que no estuvieran en tan buen-predicamento como él con el monarca.

Penn, de acuerdo con su plan, envió a América mucha gente ansiosa de establecerse en Pensilvania. Al año

siguiente, 1682, Penn se dispuso a partir en compañía de cien emigrantes. Momentos antes de embarcarse, fué a ver al rey al palacio de éste en Londres. El rey, que era muy bromista, dijo a Penn que no esperaba volver a verle, pues creía que los indios seguramente echarían mano a tan hermoso joven y se lo comerían.

—Pero, amigo Carlos—replicó Penn—tengo el propósito de comprar a los indios sus tierras. Así es que desearán más ser amigos que comerme.

—¡Comprarles sus tierras!—dijo el rey.—Pues que, ¿no es mía toda la América?

—Seguramente que no—repuso Penn.

—¡Cómo!—añadió el rey—¿no la descubrió mi gente? ¿No tengo yo por esta razón derecho a ella?

—Bueno, amigo Carlos—dijo Penn—supongamos que una canoa llena de indios cruzara el mar y que éstos descubriesen a Inglaterra, ¿les daría eso derecho a decir que les pertenecía? ¿Entregarías el país a ellos?

El rey no supo que contestar a esto; era un nuevo modo de tratar la cuestión; probablemente, se dijo para sí: Estos cuáqueros son gente rara; creen que hasta los salvajes americanos tienen derechos que deben ser respetados.

Cuando Guillermo Penn llegó a América, en 1682, navegó unas cien millas hacia lo alto del pintoresco y anchuroso río Delaware. Detúvose en una de sus orillas y decidió fundar allí una ciudad. Le puso por nombre el

bíblico de Filadelfia, que significa ciudad del Amor Fraternal, pues Penn esperaba que todos los habitantes de ella vivieran lo mismo que hermanos. A las calles les pusieron los nombres de los árboles que entonces existían allí, y que muchas de ellas conservan todavía.

Penn dijo: Nos proponemos vivir amistosamente entre los indios. Con este objeto, celebró una reunión



con los salvajes debajo de un frondoso olmo. El árbol estaba en parte de lo que es hoy Filadelfia. Allí, debajo de aquel árbol, Penn y los pieles rojas hicieron un tratado por el cual ambas partes se comprometían a vivir como hermanos tanto tiempo como el agua corriera por el cauce del río o el sol alumbrase en el cielo.

Al poco tiempo de la reunión celebrada debajo del olmo, Penn visitó varios de los bohíos indios. Sus moradores le invitaron a comer bellotas asadas. Después de esta merienda, algunos de los salvajes jóvenes dieron ca-

rreras y saltos, como para mostrar al visitante inglés cuáles eran sus habilidades. Cuando Penn estaba en el colegio, le gustaba mucho hacer ejercicios semejantes, y la vista de aquellos muchachos indios le hacía sentirse como un chiquillo también, por lo que, cuando les encontraba en el campo, se ponía a dar saltos con ellos y les ganaba en muchas de sus cabriolas. Esto conquistaba completamente la voluntad de los pieles rojas.

Desde entonces, y durante sesenta años, los colonos de Pensilvania y los indios fueron íntimos amigos. Los indios solían decir: Los cuáqueros son hombres honrados; no hacen daño a nadie; sean bienvenidos a nuestros hogares.

Filadelfia creció pronto. Guillermo Penn cedía tierras a los colonos a muy bajo precio y les decía al darles posesión del terreno que habían comprado: Ustedes se gobernarán por las leyes que ustedes mismos hagan. Aún después de llegar a ser una ciudad bastante grande, Filadelfia no tenía asilos para pobres, pues no hacían falta; todo el mundo parecía poder atender a sus necesidades.

Cuando estalló la revolución americana, los habitantes de Pensilvania, y los del país al norte y al sur de la misma, enviaron a Filadelfia comisionados a que decidieran lo que debía hacerse. Esta reunión fué llamada el Congreso. Fué celebrado en la antigua Casa de Estado, edificio que aún existe; y, en 1776, el Congreso

declaró independientes de Inglaterra a los Estados Unidos de América.

Guillermo Penn gastó mucho dinero en auxiliar a la colonia de Filadelfia y otras. Cuando regresó a Inglaterra, un bribón, que había sido empleado suyo, le hizo meter en la cárcel, acusándolo de una deuda. Penn no debía el dinero y probó que el hombre que se lo reclamaba no era más que un ladrón. Penn fué puesto en libertad, pero su larga estancia en la prisión había quebrantado mucho su salud. Cuando Penn murió, los indios de Pensilvania enviaron a su viuda varias pieles magníficas, en recuerdo de su “Hermano Penn”, como ellos le llamaban.

A unas seis leguas al oeste de Londres y en una carretera a la vista de las torres del castillo de Windsor, hay una iglesia de los “Amigos”, o sea una iglesia cuáquera. En el patio de esta iglesia está la sepultura de Guillermo Penn. Por más de un siglo aquella tumba careció de lápida u otro signo que mostrase el lugar donde descansan los restos de tan notable hombre, pero en la actualidad una pequeña lápida con su nombre esculpido señala el sitio en que reposa el fundador del gran estado de Pensilvania.





XXXIII

EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

A un caballo dió un toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Armas serán sus cascos poderosos,
Al hombre pide ayuda.

—De mil amores, dice el hombre. ¡Hay cosa
Más noble y digna del valor humano
Que defender al flaco y desvalido
Y dar castigo a un ofensor villano?
Llévame a cuestras tú, que eres fornido,
Yo le mato y negocio concluido.

Apercibidos van a maravilla
Los aliados: lleva el hombre lanza,
Riendas el buen rocín y freno y silla;
Y en el bruto feroz toman venganza.

—Gracias por tu benévola asistencia;
Dice el corcel; me vuelvo a mi querencia;
Desátame la cincha: ¡y Dios te guarde!
—¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
pagas así?—Yo no pensé. . . —Ya es tarde
Para pensar: estás a mi servicio.
Y quieras o no quieras
En él has de vivir hasta que mueras.”

Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sois hermanos,
Y a la Patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo patricida;
¡Ah! No invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

Andrés Bello.
(Venezuela.)



XXXIV

LOS TRES DESEOS

Hubo una vez un hombre pobre, casado con una mujer muy bonita. Estaban ambos sentados a la lumbre una noche de invierno, y entretenían el tiempo comentando la felicidad de algunos vecinos suyos que eran más ricos que ellos.

—Si sólo dependiese de mi voluntad—dijo la mujer—sería yo mucho más rica que todas esas gentes.

—Y yo lo propio—añadió el marido.—Quisiera que estuviésemos en el tiempo de las encantadoras, y encontrar una que me otorgara todo cuanto le pidiera; mas, por desgracia, pasaron esos tiempos, y seremos siempre pobres. Debemos resignarnos.

En el punto que dijo estas palabras, vieron dentro de su cuarto una hermosísima dama, que les dijo:

—Yo soy encantadora y prometo concederos las tres primeras cosas que deseéis; pero luego que hayáis deseado estas tres cosas, nada más os he de otorgar.

Desapareció con esto la encantadora, y marido y mujer quedaron sumamente admirados. . .

—Por mi parte—dijo ella—pues soy la dueña, sé bien lo que he de pedir; al presente nada deseo; pero me parece que lo que hay más apreciable es ser hermosa, rica y noble.

—La que tuviere esas tres cosas—añadió el marido—puede sin embargo, estar enferma, tener pesares y morir joven; mejor es desear una larga vida, alegría y salud.

—¿De qué sirve una larga vida siendo pobre?—replicó la mujer:—eso solo serviría para ser desdichados más largo tiempo. A la verdad que la encantadora debió haber prometido concedernos una docena de dones, pues por lo menos, tengo necesidad de otras tantas cosas.

—Así es—dijo el marido; pero pensemos con calma; examinemos de aquí a mañana las tres cosas de que más necesitamos, y después se las pediremos.

—Yo quiero pensarlo en toda la noche—continuó la mujer—y ahora vamos a calentarnos, que hace frío.

Dicho esto tomó las tenazas y atizó la lumbre, y como vió que había muchos carbones bien encendidos, dijo sin pensar que hacía una petición:

—He aquí una buena lumbre; yo quisiera tener una vara de morcillas para cenar, y fácilmente podríamos asarlas.

No bien hubo dicho esto cuando cayó una vara de morcillas por la chimenea.

—Mala peste caiga sobre la glotona con sus morcillas—dijo el marido;—bello deseo por cierto. Ya sólo nos restan dos; y yo estoy tan irritado que quisiera que tuvieras pegada esa morcilla en la punta de la nariz.

Conoció al punto que él era aún más necio que su mujer; pues, en virtud de este segundo deseo, se pegó la morcilla en la punta de la nariz de la pobre mujer, de tal modo que por más que trabajó no pudo arrancarla.

—¡Ah, desdichada de mí!—exclamó—tú eres un perverso al haber deseado que esta morcilla se haya pegado en la punta de mi nariz.

—Y yo te juro, querida mujer mía—replicó el marido—que no supe lo que dije; pero ya no tiene remedio, voy a desear muchas riquezas y con ellas te mandaré un estuche de oro para ocultar esta morcilla.

—Guárdate bien de eso—interrumpió ella—antes me quitaré yo la vida, que reducirme a vivir con esta morcilla en la nariz. Créeme a mí, y, pues aún nos queda otro don, pidamos que se quite al instante, de lo contrario me arrojaré por esta ventana.

Dichas estas palabras corrió a ponerlo en ejecu-

ción; pero el marido, que la quería bien, le dió voces diciendo:

—Detente, esposa mía, yo te permito que desees lo que fuese tu voluntad.

—Ahora bien: deseo—dijo ella—que esta morcilla caiga en tierra.

Cayó en efecto, y la mujer que era discreta, dijo a su marido:

—La encantadora se ha burlado con razón de nosotros; tal vez hubiéramos sido infelices siendo ricos, más de lo que somos ahora siendo pobres; créeme, amigo mío: tomemos las cosas como Dios gusta enviárnoslas, y en tanto, cenemos nuestra morcilla, lo que únicamente nos ha quedado de nuestros deseos.

El marido conoció que su mujer tenía razón, y cenaron ambos alegremente, sin volver a pensar en aquellas cosas que habían tenido intención de desear.

Madam Leprince Beaumont.





XXXV

PENSAMIENTOS DE JOSE MARTI

1. — La verdad, una vez despierta, no vuelve a dormirse.

2. — Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas, por sobre todo obstáculo y valla, llegan a logro.

4. — Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor, de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán, sonrientes y en paz, todos los hombres.

5. —Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana.

6. —La inteligencia da bondad, justicia y hermosura: como una ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal, hace espada; de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía.

7. —Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz.

8. —No hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí.

9. —El vil no es el esclavo, ni el que lo ha sido, sino el que vió este crimen, y no jura, ante el tribunal certero que preside en la sombra, luchar hasta sacar del mundo la esclavitud y borrar sus huellas.

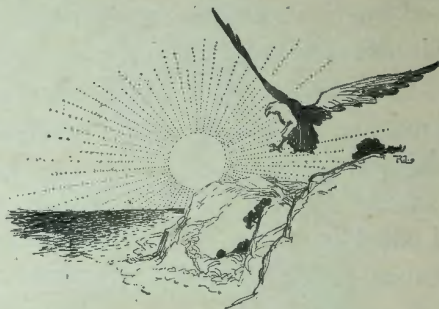
10. —Ver en calma un crimen es cometerlo.

11. —El triunfo es de los que se sacrifican.

12. —El hombre se deshonra cuando deshonra a los demás.

13. —El que se ha encarado mil veces con la muerte, y llegó a conocerle la hermosura, no acata, no puede acatar, la autoridad de los que temen a la muerte.

14. —Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde; con treinta hombres se puede hacer un pueblo.



XXXVI

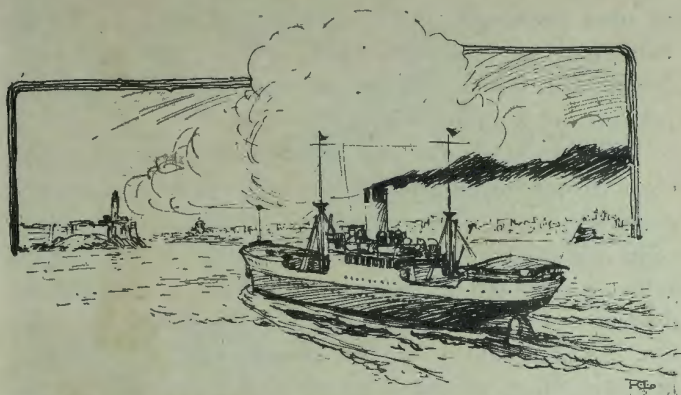
VERSOS DE JOSE MARTI

Yo he visto el águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora, del veneno.

Yo sé las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere;
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

No me pongan en lo obscuro
A morir como un traidor;
Yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al Sol.



XXXVII

EL FARO DE ALEJANDRIA

El primero y más grande de los Tolomeos se propuso levantar en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad.

Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fué el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fué lanzado al cielo, mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tra él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba, la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando en éxtasis

su obra pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado, era el faro de Alejandría, que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo.

Tolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque y consistía en que su nombre de rey fuera esculpido, como sello que apropiase el honor de la idea, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del rey el que leyese las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida una falsa superficie y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Tolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra, grabó su propio nombre.

La inscripción, que durante la vida de Tolomeo fué engaño de su orgullo, marcó luego las huellas del tiempo destructor; hasta que un día con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del príncipe. Rota y aventada la máscara de cal, se descubrió en lugar del nombre del príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. La inscripción vindicadora duró cuanto el mismo monumento; firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

José Enrique Rodó.



XXXVIII

UN DIA DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

(Del “Diario de Campaña” del general Bartolomé Masó.)

Vega Vellaca, mayo 28 de 1896.

He pasado muy bien la noche. El día ha amanecido muy hermoso. Se ha sentido fuego en la dirección que va el general Calixto García con las fuerzas.

Temprano he escrito en el “Diario” del C. José Clemente Vivanco, Secretario interino del Consejo y Canciller de la República, el autógrafo siguiente:

“Debía para este libro en el que se recogen las impresiones diarias de un excelente patriota amigo mío, tan joven como ilustrado, tan ilustrado como modesto,

un concepto cualquiera expresado por mi débil pluma, y voy a satisfacer mi deuda.

Acabo de llegar del territorio de Manzanillo, del territorio de ese pueblo do se toman las límpidas aguas del hermoso río que le da su nombre al histórico Yara, de aquel Término Municipal do ví la luz primera; do el 10 de octubre de 1868, lancé con Carlos Manuel de Céspedes en su ingenio “Demajagua”, en calidad de segundo jefe y miembro de la junta provisional consultiva de gobierno, el grito de guerra contra la dominación de España; y do el 24 de febrero de 1895 en mi finca “Bayate”, llena el alma de fe, llevando en mi memoria el recuerdo siempre venerado de mi antiguo e ilustre compañero, proferí de nuevo ese grito; grito que debió repercutir allá en la tumba que guarda sus gloriosos restos, haciéndome comunicar su propio espíritu, el espíritu que juntos nos animaba en aquella lucha para hacerme sostener luego en la de su continuación.

Empero, si todo eso aconteciera allí, de allí también... mas, ¿para qué hacer la expresión de hechos que de su análisis podría tener que salir lastimado el prestigio de ciertas entidades? Si un sentimiento de patriotismo me hizo soportar esos hechos con resignación estoica, antes que producir un espectáculo poco edificante, quizás esperando; ese mismo sentimiento me dice que debo silenciarlos todavía y hasta que mirarlos con

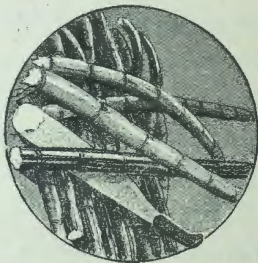
glacial indiferencia, como obra natural de la misma situación anormal porque atravesamos: pues las revoluciones ¡ah!... las revoluciones son cual las tempestades que todo a su paso lo hacen estremecer; difiriendo sólo en que éstas, por lo común, estaban allí siempre donde tienen su base y aquellas donde la fuerza de los acontecimientos lo determinan.

Es un axioma que sin la revolución del 10 de octubre no habría surgido la del 24 de febrero; como sin la deposición y muerte de Céspedes, probablemente no hubiese llegado a surgir el pacto del Zanjón. Fué tal el estremecimiento que aquélla experimentara al ocurrir tan desgraciados sucesos, que dicho pacto, aunque con alguna lentitud, hubo de venir. Y para que fuese más forzoso y necesario habíale precedido la lamentable muerte de Agramonte y sucedióle primero la herida y captura de Calixto García y más tarde la captura también de Tomás Estrada: ambos acontecimientos igualmente sensibles y de suma trascendencia: que aunque es verdad que los hombres pueden substituir con facilidad ciertos males no hay poder humano que los detenga.

Así y todo, aquella revolución pudo sostenerse sobre diez años. Como ha dicho el ilustre Manuel Sanguily: “No quedó paralizada; sino que era empeño demasiado vasto, complicado y difícil para que hubiera podido realizarlo una sola generación”. Si la presente tuviese la desgracia de correr la misma suerte, que no

lo temí en sus primeros albores, cuando sólo contaba con el invicto Guillermo Moncada que, moribundo, faltar de vida, pero lleno de patriotismo y dignidad sobre todo, salió para exhalar su último suspiro en Cuba libre; así como con los denodados Rabí, Amador Guerra y otros; cuando aun no nos había llegado el refuerzo poderoso de Maceo y Gómez, bien que éstos no nos trajeron más que su fama de guerreros justamente conquistada en la década pasada; si corriese la misma suerte, repito, entonces podríamos exclamar, parodiando la doctrina de Monroe: “América no es para los americanos”.

Mas, no llegará ese caso, que si cada día tenemos mayores elementos de fuerza que oponer a la injustificable tenacidad de los españoles, tanto como con ellos, contamos y hemos contado siempre con la firmeza de nuestros propósitos y la justicia de nuestra causa”.





XXXIX

LAS FLORES

Gloria y ornato del suelo,
Por su pompa y sus colores
Como los astros al cielo
Son en los prados, las flores.

¡Cómo la vista se esparce
Al ver a orillas del río
Lucir como un rico engarce
Entre el musgo su atavío!

Tal parece en su vaivén
Brindarles la linfa pura,
Con lágrimas de ternura,
Suspiros de amor también.

Hijas dulces, predilectas
De la hermosa creación,
Entre sus obras perfectas
Ellas maravillas son.

Su belleza al ave inspira
Que canta alegre, dichosa,
Y libre revuela y gira
Sobre la encendida rosa.

Y el céfiro, trovador,
Que en las ramas gime y llora,
¿No es el rendido amador
Que sus favores implora?

Yo las amo y las admiro,
Ya broten en la pradera,
Ya en la verde enredadera
De un apacible retiro.

Por eso adorno con ellas
El muro de mi ventana,
Y las miro en la mañana
A la luz de las estrellas.

Y si alguna se marchita
Me entristezco, y me parece
Que es un alma que padece,
Un corazón que palpita.

Rosa Kruger.



XL

EL ELEFANTE Y LOS PEQUEÑOS ANIMALES

(Cuento Indio).

I

Dos gorriones hicieron su nido en un árbol situado en un espeso bosque. Cuando llegó la hora del medio día, un elefante atormentado por el calor del sol, se cobijó debajo del árbol para disfrutar de su fresca sombra. Los gorriones celebraban aquel día el nacimiento de sus primeros hijos, unos pichoncitos pelados y cabezones que acababan de romper el cascarón del huevo

y piaban, abriendo sus grandes bocas, pidiendo a los padres su comida. El alborozo de los pájaros molestó al elefante que se hallaba fatigado y soñoliento.

—¡Malditos pájaros!—dijo;—ya me fastidian vuestros chillidos imprudentes. Y cogiendo con su trompa la rama donde estaba el nido, la sacudió con fuerza, hasta que el nido con sus gorrioncitos cayó al suelo, y los padres volaron asustados, refugiándose en un árbol vecino.

Desde allí presenciaron la muerte de sus hijuelos, pisoteados por el irritado animal, que quiso desahogar de este modo el mal humor que sentía.

Lloraban los gorriones inconsolables por su desgracia, hasta que un pájaro carpintero, atraído por el clamor de las avecillas, se posó cerca de ellas queriendo conocer la causa del llanto.

Cuando los gorriones le explicaron el suceso ocurrido, el carpintero exclamó de esta manera:

—No es propio de ánimos esforzados lamentarse largamente por hechos ya ocurridos y que no tienen remedio.

Antes bien, en vez de llorar tanto, debéis meditar en los medios convenientes de imponer un castigo al feroz animal que ha causado vuestra pena, puesto que, cuando un fuerte ofente a un débil, si éste sufre con resignación, aquél se engríe y se siente dispuesto a repetir sus atropellos.

—¿Qué podemos hacer nosotros, infelices pajari-
llos—contestaron los gorriones—contra un animal tan
fuerte? Nuestros picos son demasiado débiles para pe-
netrar en su dura piel, y él, en cambio, de un sólo gol-
pe con su trompa, puede dejarnos sin vida.

—Cuando un animal débil desea tomar venganza
de otro más fuerte que él—replicó el carpintero—no
debe pensar en atacarlo de frente y con sus armas, por-
que sería derrotado. Antes debe buscar alianza con
otros seres débiles como él, que estén expuestos a los
agravios del fuerte, poniéndose de acuerdo con ellos y
procediendo por medio de la astucia.

—Guíanos con tu sabiduría, ilustre pájaro—ex-
clamaron los gorriones—a fin de que podamos calmar
la agitación que hay en nuestros corazones, castigando
al soberbio elefante. Es en la adversidad donde se prue-
ban los verdaderos amigos.

—Venid conmigo—les dijo el carpintero. Hay
una mosca zumbadora amiga mía, que vive en un cla-
ro del bosque, allí donde las arañas no puede tejer sus
telas. Veremos lo que ella nos dice.





XLI

EL ELEFANTE Y LOS ANIMALES PEQUEÑOS

II

Al llegar donde estaba la mosca, dijo el carpintero:

—Hermana, aquí vengo con estos dos amigos gorrones a quienes el elefante ha matado los hijos, a fin de que nos demuestres tu amistad, ayudándonos a castigar al elefante.

—Hermano carpintero—respondió la mosca—en la adversidad se prueban los verdaderos amigos. Aquí me tienes a tu disposición: dime lo que debo hacer para ayudarlos.

Dijo el carpintero:

—Aun tengo otra amiga, una rana cantadora, que vive en la laguna, con la cual debemos contar también, para que, puestos todos de acuerdo, podamos dar satisfacción a nuestros amigos, los gorriones.

Fueron todos a buscar a la rana, a la cual dijo el carpintero:

—Amiga mía, venimos a buscar tu ayuda para tomar venganza del elefante que ha dado muerte a los hijos de nuestros amigos los gorriones; queremos saber si podemos contar contigo.

—Amigo mío—replicó la rana;—no era necesario que me hicieras tal pregunta. En la adversidad se prueban los verdaderos amigos; además, no conviene dejar impune la ofensa que un fuerte infiere a un débil, porque, entonces, aquel se siente animado a continuar sus atropellos; hoy puede dañarte a ti, mañana a mí.

Así, pues, dime lo que debo hacer para ayudarte.

Celebraron consejo los pequeños animales y, al fin, combinaron un plan.

En la hora del medio día, cuando el elefante se hallaba descansando en la sombra de un árbol, se acercó la mosca a sus orejas, zumbando y produciendo un sonido musical, pero sin posarse en su piel, a fin de no causarle ninguna irritación.

Halagado el elefante por el zumbido de la mosca

y agobiado también por la fuerza del calor, cerró los ojos, quedando adormecido.

Entonces vino el pájaro carpintero y picando con toda su fuerza en la piel fina de los párpados del elefante le perforó los ojos, dejándolo ciego. El enorme animal enfurecido agitaba su trompa, dando fuertes golpes en los árboles, pero sin poder alcanzar a ninguno de sus astutos enemigos.

En aquel momento, la rana se colocó al borde de un gran precipicio que allí había y empezó a cantar.

El elefante, atormentado por la sed y por el dolor de sus ojos, quiso refrescarse, y se dirigió hacia el lugar de donde partía el canto de la rana, creyendo que allí estaba la laguna.

Al llegar al borde del foso, cayó, rodando hasta el fondo del abismo, donde murió.

Los gorriones, el carpintero, la mosca y la rana, celebraron con alborozo la victoria obtenida sobre el elefante, de cuyas iras quedaron todos libres de este modo.





XLII

EL RELOJ Y LA CAMPANA

En una torre vecinos
un reloj y una campana,
entablaron cierta tarde
plática amistosa y franca.

—¿Sabes, dice ella, amiguito,
que tienes costumbres raras?
¡Qué serio! ¡Qué taciturno!
¡Qué voz tan grave y pausada!
Nunca ríes, nunca lloras
¿no hay pasiones en tu alma?

—Tengo una pasión, amiga,
pasión buena, pasión santa:
la pasión de la verdad
unida con la constancia.

—¿Qué crees tu que piensa el mundo
de tu sempiterna charla?
Tan pronto lloras a un muerto
con lamentos que desgarran,
o al ver a un recién nacido,
de risa te desbaratas.
Y esto sin tregua, querida,
pues a veces van mezcladas
con tus más alegres voces
tus lágrimas más amargas.

—Me gusta agradar a todos,
tener protección y fama,
y según miro las otras,
así compongo mi cara.

—La lisonja, amiga mía,
sólo a los necios agrada;
creyendo engañar a todos,
ella propia es quien se engaña.

¡Qué pocos relojes hay!
y ¡cuántas, cuántas campanas!

Aurelia Castillo de González.



XLIII

SAQUEO DE PUERTO PRÍNCIPE

I

Desde principios del siglo XVII empezó a adquirir gran importancia la industria ganadera en Puerto Príncipe, considerada como la segunda población de la isla por su riqueza. El contrabando, que había hecho prosperar a Bayamo notablemente, fué asimismo la varita maravillosa que operó el desarrollo de Camagüey, cuando toda la isla se encontraba en el más espantoso atraso, pero la condición de contrabandista nada tenía en aquella época de deshonrosa. Las trabas que la legislación ultramarina oponía al libre comercio y aun al comercio nacional, obligaban a los pueblos a practicar la defraudación del fisco, si defraudación puede llamarse un comercio clandestino que no tenía, por lo tanto, como prohibido, arancel por qué contribuir.

La reputación de pueblo rico que Puerto Príncipe

disfrutaba, debió llegar muy ponderada a conocimiento de la vasta cuadrilla de facinerosos del mar que tenía sus cuarteles permanentes en la Tortuga y en Santo Domingo, proque sólo así se comprende que Morgan, el pirata de mayor fortuna y nombre en aquella época, se lanzara al asalto de una ciudad de tierra adentro, empresa de mucho más riesgo que realizar un desembarco en Batabanó, Santiago o en la misma Habana. Sin duda, el activo comercio ilegal que sostenían los camagueyanos con los ingleses y los holandeses de las Antillas facilitó a Morgan derrotero fijo y seguro para llevar a aquella población y recoger un considerable botín. Antes de referir el episodio de la invasión, diremos algo acerca del caudillo que la realizó en el último tercio del siglo XVII.

Enrique Juan Morgan era un famoso jefe de filibusteros ingleses nacido en el país de Gales, hacia 1637. Hijo de un labrador de aquellos feudos reales, se hizo marinero, sintiéndose con insaciables deseos de correr mundo, y, como era hombre inteligente e intrépido, llegó pronto a mandar un barco costero, trabando conocimiento con el viejo corsario Mansfield, que lo hizo su segundo, lo trajo a América y lo lanzó a la vida aventurera de la piratería. Pronto el nombre de Morgan fué pronunciado con terror en estos mares, realizando golpes de manos tan audaces y afortunados como la toma de Porto Belo en 1668 (de retorno de cuyo hecho tocó en Cuba), la de Maracaibo, el año siguiente, no obs-

tante hallarse protegido aquel puerto por una escuadra; y, por último, el saqueo de Panamá, en 1671.

Enriquecido Morgan en algunos años, se retiró a disfrutar del producto de sus rapiñas a Jamaica, donde acabó tranquilamente sus días en 1690.

Decíamos que no había valido a Puerto Príncipe su situación de pueblo interior para verse libre de irrupciones piráticas. Morgan, a principio de 1668, reconcentró en la isla de Pinos (que por entonces estaba casi desierta) una flota de doce velas, tripulada por 700 fieras, mejor que piratas, escogidos entre los más distinguidos facinerosos ingleses, franceses y jamaquinos. Su primera intención fué, dícese, desembarcar en Batubán para atacar la Habana por tierra; pero desistió de su proyecto por habérsele hecho comprender lo arriesgado del empeño, con los recursos de que disponía.

Entonces, enderezó su acometida al Puerto del Príncipe, amaneciendo el 28 de marzo del citado año de 1668 en la caleta de Santa María, al oeste de la costa meridional, donde desembarcó su gente con el mayor cuidado y sigilo; pero toda su diligencia no pudo evitar que un guajiro prisionero por ellos, lograra fugarse, llevando a la población la noticia del desembarco, noticia que, por lo inesperada, por lo estupenda, sembró la consternación en aquel vecindario, cuya parte más principal e inofensiva se internó en el monte, llevándose cuanto pudo transportar después de haber enterrado sus riquezas, que no serían muy cuantiosas.



XLIV

SAQUEO DE PUERTO PRINCIPE

II

Pero la gente camagüeyana no era de aquella que por terrible que fuese la reputación de un pirata, se declarase en fuga sin pretender, por lo menos, la defensa de sus hogares. Un alcalde, cuyo nombre no ha pasado, por desgracia, a la historia, cuando pasan tantos nombres de imbéciles y malvados, reunió a todos los que buenamente se prestaron a empuñar las armas, sin distinción de clase social ni de color, y cuando el Morgan, el día 29 se presentaba ante las flacas empalizadas de

la ciudad, se reunían ya, llenos de coraje, armados y dispuesto a combatir, 700 infantes y 100 jinetes. De suponer es que el armamento no sería brillante; pero sí lo fué la primera carga al machete que dieron a los piratas, matando algunos de ellos.

Nuestro amor patrio no puede llevarnos a falsear la verdad histórica. Bebedores de sangre, los soldados de Morgan, recibieron como si fuera un pequeño chubasco aquella acometida de los principeños y sin descomponerse en lo más mínimo, resistieron su empuje. Destacando después dos grupos de mosquetes por los flancos, cogieron entre dos fuegos a los bravos defensores, haciendo en ellos tal destrozo, que su caudillo, el valeroso alcalde anónimo, murió en el encuentro, juntamente con más de cien de sus animosos compañeros. Los filibusteros, agueridos, de alma atravesada, avezados a los peligros, armados hasta los dientes, diestros en la táctica y ganosos de botín, a la vez que mandados por un caudillo de gran fortuna y temerario valor, penetraron en brillante falange hasta la plaza de la población, viéndose obligados a combatir con un numeroso grupo de valientes vecinos que, aunque soldados bisoños, se defendieron hasta el último extremo. Desde las mismas casas, con toda clase de armas y de proyectiles, se rechazó la irrupción de los piratas; pero Morgan los conminó a que se rindieran a discreción o de lo

contrario lo entregaría todo a las llamas y serían todos pasados a cuchillo.

Como la amenaza de Morgan se había cumplido en todos los casos en que la había fulminado, se efectuó la rendición, logrando algunos vecinos escapar a los montes. Entonces empezó la odisea dolorosa de los camagüeyanos. Enseñorados del pueblo, los piratas encerraron a los vecinos en las dos iglesias y dieron principio al saqueo sin que nada se salvara de su rapiña. Se habían distribuido por las casas y, en tanto los propietarios infelices, encerrados en los templos perecían de hambre y de sed, olvidados de sus opresores, estos se entregaban a la más desenfrenada orgía. Muchos vecinos que gozaban fama de adinerados eran sometidos al tormento para obligarlos a declarar el sitio en que guardaban sus riquezas.

Cuando nada quedaba ya por robar ni saquear, Morgan, implacable, exigió un crecido rescate por abandonar el campo sin entregar el resto a las llamas. Pero, en vista de que era imposible conseguir del vecindario aquel nuevo sacrificio, determinó embarcarse mediante 500 reses que le fueron llevadas a bordo por los mismos vecinos, después de saladas.

Alvaro de la Iglesia.



XLV

¡VIDA MIA!

(Décimas muy populares en la primera guerra de independencia, compuestas por el coronel Ramón Roa).

Cuando el patriota soldado
así que la noche llega,
al grato sueño se entrega,
por la fatiga agobiado;
yo, del desvelo asediado,
en la noche obscura y fría
tan silenciosa y sombría,
alzo al cielo mi querella,
y a la luz de cada estrella
“yo pienso en ti, vida mía”.

Y cuando estóy de avanzada
en un oculto retiro,
exhalo un hondo suspiro
al ver la luna plateada.
Tengo la vista clavada
mirando a la opuesta vía
y si oigo en la cercanía
un ruido hacia donde estoy,
me preparo, el ¡alto! doy
“y pienso en ti, vida mía”.

Cuando llega la mañana
alumbrando el firmamento,
y suena en el campamento
alegre, el toque de diana;
cuando en la inculta sabana
se forma mi compañía,
y el sargento, al ser de día,
pasa lista, diligente,
al responderle, ¡presente!
“yo pienso en ti, vida mía”.

Cuando al pie de la trinchera
desde lejos se divisa
flotando a la fresca brisa
de mi Cuba la bandera,
si al enemigo se espera
que nos ataque ese día,

los cubanos a porfía
ponen el pecho a la guerra
y al dar un ¡viva! a mi tierra
“yo pienso en ti, vida mía!!.

Cuando a mis plantas estalla,
por los aires rebramando
humo y polvo levantando,
un buen tiro de metralla,
al compás de la batalla
y feroz carnicería,
en medio de la alegría
que da el triunfo al vencedor,
yo siempre pienso en mi amor,
“yo pienso en ti, vida mía”.

Y cuando envaino el acero
después que pasa la acción,
vas fija en mi corazón
como un brillante lucero.
Mas, oye, el clarín guerrero
resuena en la selva umbría;
¡adiós! que si en este día
la muerte he de recibir,
a la hora de morir
“pensaré en ti, vida mía”.



XLVI

ATANASIO, EL EXPLORADOR

I

En una finca situada al sur de Quivicán, pero perteneciente al municipio de Batabanó, vivía en el año de 1895 una familia de labradores de color. El mayor de los hijos del colono era Atanasio, joven mestizo que tenía deciocho o diecinueve años. Atanasio era muy alegre y ligero de carácter. Tocaba la bandurria, cantaba décimas criollas y era un buen bailarador de *zapateo*. Los domingos, por la tarde, ensillaba temprano su potro alazán, tomaba su *bandurria* y se iba de recorrido por las

fincas donde solían organizarse *guateques*. Su jovialidad y alegría le conquistaban amigos por todas partes, pero le hacían mal visto de la Guardia Civil. Atanasio, por su parte, le tenía mala voluntad a los civiles. Estos le habían quitado una vez un machete de hoja larga y bien templada que era su orgullo; le exigían la *cédula personal* en tono autoritario; le habían llamado *perro mulato*, cierta ocasión en que les contestó con algo de altivez, y le habían amenazado con darle *componte*.

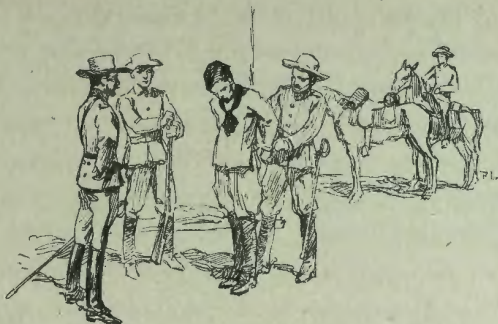
Desde el mes de marzo del citado año de 1895, llegaron a Atanasio noticias de que en Santiago de Cuba había estallado la revolución para arrojar de la isla al gobierno español. El se alegró en el alma y cuando a fines de diciembre supo que los revolucionarios mandados por Máximo Gómez y Antonio Maceo se acercaban con rapidez, se dispuso a unirse a las fuerzas de los revolucionarios. El día cuatro de enero de 1896 las fuerzas invasoras cruzaron cerca de la finca donde vivía Atanasio y éste se unió a ellas. Siete días después se batió, por primera vez, con los civiles, en el combate sostenido en los ingenios “Mi Rosa” y “San Agustín”, al sur de Quivicán, por el general Gómez, con las columnas españolas mandadas por el brigadier Aldecoa y el coronel Galbis.

Las tropas cubanas tuvieron muchos heridos—más de cincuenta—y fueron enviados a unos bohíos construidos en los bosques hacia el sur, como a una legua del

lugar del combate. El general Gómez dejó un grupo de hombres encargado de custodiar los heridos proporcionarles alimentos, defenderlos y trasladarlos a lugar seguro en caso de que los españoles tratasen de apoderarse de ellos. Dichos hombres debían ser todos conocedores de la zona; por esa razón se dispuso que uno de ellos fuese Atanasio.

El jefe del grupo confió a Atanasio, que no conocía el terreno palmo a palmo porque había nacido y se había criado en él, el peligroso cargo de *explorador*. Montado en su ligero potro, armado de su tercerola y su machete, unas veces solo y otras en unión de un compañero, Atanasio debía vigilar constantemente, yendo de aquí para allá, como a una legua de donde se hallaban los heridos, los caminos de Quivicán, San Felipe y Batabanó, por donde podían aproximarse las tropas españolas. En caso de que éstas apareciesen por cualquiera de dichos caminos, el explorador debía mantenerse en contacto con la vanguardia de los españoles, marchar delante de éstos y dispararles de vez en cuando, a fin de que el ruido de los disparos sirviese de aviso e indicase la dirección en que los españoles se acercaban.





XLVII

ATANASIO, EL EXPLORADOR

II

El peligroso cargo de explorador se avenía muy bien con la manera de ser viva e inquieta de Atanasio. Oculto entre las malezas, jinete en su brioso caballo, esperaba a las tropas enemigas, disparaba rápidamente sobre ellas varias veces su tercerola y se alejaba perseguido por una lluvia de balas y un escuadrón de jinetes. Estos, poco después hacían alto, temerosos de caer en una emboscada si se alejaban mucho del grueso de la columna.

Más adelante, repetía Atanasio la misma operación, orgulloso de mantener en movimiento él solo a mil hombres o más.

Su reputación de explorador intrépido y habilísimo se extendió con rapidez. Su audacia llegó al extremo de desafiar de cerca a los jinetes enemigos, exponiéndose a ser capturado o muerto. En una ocasión le mataron el caballo y escapó milagrosamente a la grupa de un compañero suyo, que se adelantó a recogerlo bajo una granizada de balas. El peligro que corrió esta vez sin recibir un rasguño, hizo aumentar su temeridad.

Pocos días más tarde, oculto entre unos campos de cañas bravas al sur de Quivicán, vió acercarse una columna enemiga. Disparó varias veces su carabina contra los soldados que marchaban a vanguardia, y se dirigió al paso de su caballo a un sitio próximo. Pidió un poco de café y bromeaba con las mujeres de la casa que le rogaban que huyera a ocultarse, cuando se vió envuelto por un numeroso grupo de jinetes españoles que surgieron al galope detrás de un platanal. Conducido ante el jefe de la columna e identificado por algunos guerrilleros que le conocían, se le ofreció que se le salvaría la vida si guiaba la columna hasta las rancherías de la costa. Se negó resueltamente; ni las amenazas ni los golpes le hicieron cambiar en lo más mínimo su firme resolución de no entregar a sus compañeros. Algunos guerrilleros que conocían su proverbial ligereza de carácter, estaban asombrados de la firmeza con que Atanasio prefería morir a ser traidor. El jefe de la columna no quiso darle muerte como pretendía el capitán de la gue-

rrilla, y remitió el prisioneros a la Habana. Juzgado ante un consejo de guerra, fué condenado a muerte y fusilado en el foso de “Los Laureles”. Durante la guerra de Independencia otros muchos exploradores cayeron en manos de sus enemigos, como Atanasio, o fueron muertos en sitios apartados y desconocidos, sin que se conserve el menor recuerdo de sus anónimos heroísmos.





XLVIII

A UNA MARIPOSA

Bienvenida, risueña,
Galana mariposa
Que giras amorosa
Por entre flores mil;
No sabes como gozo
Al verte revolando,
Los néctares libando
Que te brindó el pensil.

Dicen que eres modelo
De pérfida inconstancia;
Para mí, de la infancia

Eres imagen fiel,
Sus juegos me recuerdas,
Sus risas e inocencia;
Por eso tu presencia
Me colma de placer.

Tu rapidez donosa
Cautiva el alma mía,
Y cándida alegría
Siento nacer en mí;
Y tu afán bullicioso,
Tus gustos previniendo,
Tus anhelos comprendo,
Tu júbilo infantil.

Tras florido naranjo,
Oculto un rapazuelo,
Ansioso espía tu vuelo,
Cual diestro cazador:
Tu reposo peligra,
La libertad que adoras;
Sus miradas traidoras
Te siguen con ardor.

No quiero que su mano
Te guarde prisionera;
Mi corazón perdiera
Una lusión feliz;

Huye, mariposilla,
Vuelve a la rosa bella,
Vuelve a posarte en ella;
Yo velaré por ti.

Y si hasta aquí te sigue
Porfiado tu enemigo,
Le diré que contigo
Ligada mi alma está;
Y él, oyendo mi queja,
Y dócil a mi ruego,
Te dejará en sosiego
Tu dicha disfrutar.

Rosa Kruger.





XLIX

LA PRUDENCIA DEL REY FILIPO

Hubo en Macedonia, país de Europa, situado al norte de Grecia, un rey llamado Filipo, que gobernaba su reino con gran habilidad y prudencia, preparando la futura grandeza que llegó a alcanzar bajo el gobierno de su hijo Alejandro, a quien se conoce en la historia con el sobrenombre de El Magno, por las grandes conquistas que realizó.

Pero, por bueno que sea un gobernante, y por excelentes que sean sus disposiciones para el gobierno, nunca faltan personas que censuren sus actos y encuentren motivos de queja en su conducta.

Así sucedía en Macedonia, con algunos murmu-

radores que sin cesar estaban criticando las disposiciones del rey y hablando mal de él.

De estas murmuraciones se enteraron algunos cortesanos suyos, quiénes, como sucede siempre en casos parecidos, consideraron aquello como el más grave delito que se pudiera cometer.

Inmediatamente fueron a ver al rey, al que dijeron:

—Señor, hay en vuestro reino gentes de tan criminales intenciones, que están poniendo en peligro la seguridad del Estado con su abominable proceder.

—¿Qué sucede?—preguntó el rey.—¿Están conspirando para entregar la patria al extranjero o están tramando una matanza general de macedonios?

—Peor que todo eso, señor—respondieron los cortesanos.—¿Están criticando las medidas de gobierno que vuestra majestad se digna disponer, con su gran sabiduría, para bien de sus súbditos! Además, se permiten expresarse en malos términos de vuestra sagrada persona.

—¿No es más que eso?—replicó el rey.—Id tranquilos y no os alarméis por tan poca cosa. Ellos no son tan malos ciudadanos como vosotros creéis, pues al proceder así, sin duda se proponen una de estas dos cosas: o probar mi paciencia o procurar ocasión para que yo enmiende mi conducta.

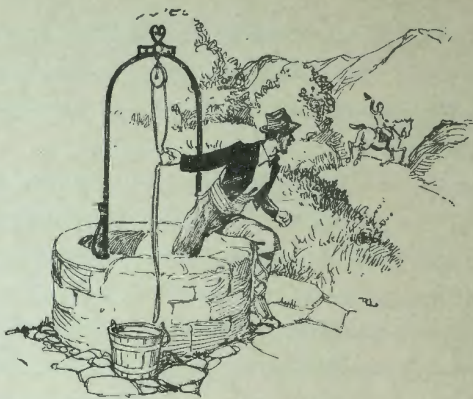
Si lo que dicen es falso, ponen mi paciencia en prueba, y yo quiero demostrar que tengo la suficiente

para oír con calma sus falsas acusaciones; si lo que dicen es cierto, hacen bien en decirlo, pues cuando yo lo sepa, reflexionaré sobre ello y reformaré mi modo de proceder.

Y oid esto: no es un mal sino un bien, el que los ciudadanos se interesen por las disposiciones que dictan sus gobernantes y las critiquen cuando las juzguen perjudiciales.

Los cortesanos se retiraron avergonzados y confusos por la gran lección que acababan de recibir.





L

EL JOVEN Y EL LADRON

Un joven regresaba a su país después de una larga ausencia.

Estaba muy contento, pues, a fuerza de privaciones, había logrado economizar una buena cantidad de dinero que llevaba como regalo a su anciana madre.

Un año antes se había separado de ella, viendo que por mucho que trabajaba, no lograba sostenerla.

—Me voy de esta comarca, madre mía—le dijo al marcharse—ya que aquí nadie aprecia mi trabajo lo suficiente para que los dos podamos sostenernos con él.

Si logro hacer fortuna, volveré dentro de un año trayéndote todo el dinero que haya podido economizar.

Ahora volvía con una gran bolsa de dinero, guar-

dada con mucho cuidado en el pecho, por temor a que algún ladrón lo asaltara en el camino y se la arrebatara.

—¡Qué contenta se pondrá mi madre cuando me vea y sepa que mis esfuerzos no han sido infructuosos! Con este dinero compraré una casita y una huerta; sembraré en ésta cuantas hortalizas pueda y con el dinero que me den por ellas viviremos en lo sucesivo sin temor a la miseria.

Como era la hora del medio día, brillaba el sol en lo alto del cielo y sus rayos abrasaban la tierra.

El joven se sintió cansado y sediento, y deseó vivamente hallar un lugar donde pudiera descansar un rato y apagar la sed.

En esto, divisó un pozo en la orilla del camino, y hacia él se dirigió. Sacó agua con el cubo, bebió hasta saciarse y después se sentó junto al brocal quedándose dormido.

Cuando despertó se puso en pie con intención de marcharse, pero, entonces, vió a lo lejos un jinete armado que se dirigía hacia él.

—Sin duda es un bandido que merodea por estos lugares—pensó el joven.—Cuando llegue aquí, me robará la bolsa que traigo y quizás me dé la muerte para que no pueda delatarle. ¿Qué haré para salvarme?

De pronto se le ocurrió una idea que puso en práctica en seguida. Cortó la soga que sujetaba el cubo, de modo que éste cayó al agua y se fué al fondo.

Entonces empezó a lamentarse en alta voz, diciendo:

—¡Pobre de mí, que he perdido; en un momento, todo el fruto de mi trabajo de un año! ¡Cómo recuperaré mi tesoro?

Al llegar el ladrón a la orilla del pozo, preguntó al joven:

—¡Por qué te lamentas de ese modo? ¡Qué desgracia te ha ocurrido?

—Un cubo de oro se me ha caído en el pozo—respondió el muchacho;—y tengo miedo de bajar a buscarlo, pues, como no sé nadar, puedo ahogarme.

—¡Y para qué traías tú ese cubo, y cómo lo dejaste caer en el pozo?—volvió a preguntar el ladrón.

—Escucha la historia,—dijo el joven:

“He estado durante un año al servicio de un joyero, pero deseando volver a mi país para ver a mi madre, me despedí de él y le pedí mi salario. Entonces él separó la cantidad de oro que me debía, la talló en forma de un pequeño cubo y la cubrió con un baño de metal inferior. Hecho esto, me dió el cubo, diciéndome: Toma; nadie sospechará el valor que este objeto tiene; puedes pasar con él entre los más codiciosos bandidos sin que a éstos se les ocurra quitarte un objeto de tan poco valor; al mismo tiempo, puedes servirte de él para sacar agua con que aplacar tu sed, en los pozos que encuentres en el camino.”

“Al llegar aquí quise utilizar el cubo, con tan mala fortuna, que se partió la soga y fué a parar al fondo.

¡Míralo! desde aquí se ve. ¡He perdido el fruto de mi trabajo de un año entero!”

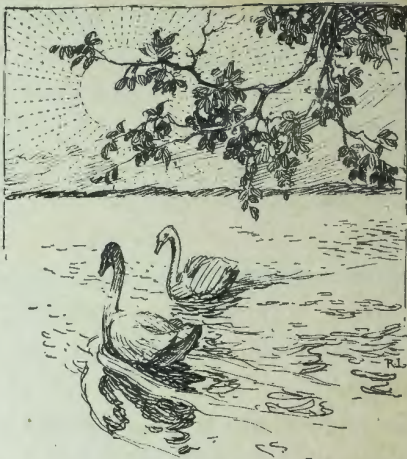
Los ojos del ladrón brillaron de codicia al oír el relato del joven, se apeó del caballo, le dió a sujetar las bridas y le dijo:

—No te aflijas, que yo recobraré el cubo caído; soy buen nadador, y puedo bajar al fondo del pozo sin peligro. Se despojó de sus armas y su ropa y descendió al fondo del pozo.

Cuando el joven lo vió allí, cogió sus armas, montó rápidamente en el caballo y se alejó al galope, temeroso de que acudiera algún amigo del ladrón. A poco salió éste con el cubo en la mano y al notar la desaparición del joven comprendió la burla de que había sido objeto.

—Soy un famoso bandido—dijo entonces.—Vine a robar y quedé robado. He aquí como un simple chicleo se ha burlado de mí.





LI

EL CISNE

Como lirio sedoso, las alas,
Que semejan gigante abanico,
Tiene el ave, y deslízase leve
Sin hacer ni un ligero ruido.

* * *

Como puente de mármol, enarca
El flexible alabastro del cuello,
Y en las ondas azules se mece
Mientras riza sus plumas el viento.

* * *

Cual los copos de nieve, la albura
De su terso ropaje destella,

Y en su rítmica marcha parece
Blanca nave con nítida vela.

* * *

¿ Es un cisne formado de plata?
¿ Es diamante engarzado de azul?
¿ Es de perlas, de tules, de encaje?
¿ Es un ave forjada de luz?

* * *

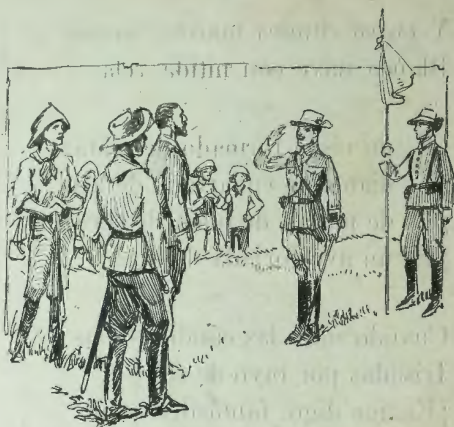
✓ Cuando miro las cándidas alas
Irisadas por rayo de sol
¿ Es, me digo, fantástico sueño,
Este cisne jamás existió! ✓

* * *

Mas, prosigue la rítmica marcha
De aquel ave que nada a compás
Y las gráciles plumas se rizan
A los besos del aura otoñal.

Esther Lucila Vázquez.





LII

HISTORIA DE UN BRAVO

Como se nace poeta, se nace héroe. El heroísmo, como el numen, es un don excelso con que el Genio dota a los seres superiores. Según la hermosa frase de un ilustre pensador, la lucha debe ser el trabajo y la victoria el descanso. Desgraciadamente, no se cumple con justicia esta ley. La mayoría de los que luchan caen vencidos, y la muerte es la forma de su vencimiento. Así, Fernando Tuero y de la Torre nació héroe, como Byron nació poeta; luchó por la libertad y fué su reposo la muerte en vez de la victoria, que tanto merecía por la nobleza de su alma, la energía de su carácter y el denuedo de su corazón.

Mientras Fernando Tuero estuvo en la escuela de los Escolapios, establecida en Guanabacoa, donde estu-

dió todo el bachillerato, tuvieron los frailes la rebeldía en casa; porque el joven estudiante, de suyo levantisco y liberal, no pactaba con la severa disciplina de la famosa institución.

Era Fernando Tuero estudiante en la Universidad de la Habana, cuando estalló la revolución del 95. Pronto el gallardo mozo se erigió allí en defensor y propagandista de la buena causa. Y un día desapareció sigilosamente para dejar oír, más tarde, su glorioso nombre en los campos de batalla.

Náufrago del “Howkins” y del “Bermuda”, logró por fin, pisar suelo cubano; después de sufrir vicisitudes sin cuento.

El Padre Muntadas, rector de los Escolapios de Guanabacoa, había dicho de Fernando Tuero: “Este muchacho será un héroe o un bandido”.

Y héroe fué.

No tardó el valeroso muchacho en alcanzar el grado de teniente y figurar como ayudante en el Estado Mayor del general Adolfo Castillo, fénix y compendio de soldados heroicos y nobles.

Para narrar las atrevidas empresas que realizara el teniente Tuero, necesitaríanse varios volúmenes.

Sólo mencionaré, por lo tanto, dos de sus portentosas hazañas, copiando lo que sobre una de ellas escribió el mismo general Castillo al doctor José L. de Mendoza, en carta particular firmada en el teatro de la guerra.



LIII

HISTORIA DE UN BRAVO

II

“No hacía seis días que con motivo de atacar a una columna enemiga, en “El Brujo”, provincia de Pinar del Río, que suponíamos conducía prisionero al general Rius Rivera, rayó en lo extraordinario el valor de mi ayudante Fernando Tuero.

A mi lado y a seis metros de distancia, le dije, indicándole al jefe: “es necesario capturar a ese hombre” y acto continuo se lanzó sobre él. El soldado huyó; disparó su rifle Fernandito; resulta atravesado el fugitivo y el pobre muchacho se precipita sobre el herido que yacía en tierra, procura colocarlo sobre el caballo, ganoso de

cumplir la orden que yo le diera de aprisionarlo; pero el peso del voluminoso soldado era superior a sus fuerzas.

Mientras se afana en conseguirlo, se desarrolla una avalancha de soldados que se arroja sobre el héroe, que al fin logra ponerse a salvo, aunque teniendo que abandonar la presa que había hecho.



Después, supimos que el soldado que llamaba mi atención era un teniente coronel de la columna y que murió en el mismo lugar donde fué herido.

En la acción de “El Plátano”, el teniente Fernando Tuero dió muerte en combate personal al teniente coronel Aguayo.

Quien de ese modo peleaba, no tardaría en morir. Y, en efecto, en las lomas del Hambre encontró Fer-

nando Tuero una muerte gloriosa y horrible, que es honra suya y de su patria toda.

Asaltado por la caballería española el campamento del general Castillo, recibió Fernando Tuero orden de contrarrestar el ataque con un puñado de valientes. Y a ello se disponía el joven paladín cuando una bala traidora, atravesándole la frente, le destrozó el cráneo. Tuero se desplomó del caballo que montaba y cayó junto al portillo de una cerca. No tardaron en llegar a galope los enemigos escuadrones, cuyos corceles, al pasar por el portillo en cuestión destrozaron con las herraduras de sus cascos aquel cadáver infeliz. No hubo potro que no hollara bajo sus plantas los despojos de Fernando Tuero.

A medida que su cuerpo recibía golpes, se desfiguraba espantosamente, tomaba monstruoso aspecto y se iba incrustando en la tierra porque tanto luchaba, hasta que quedó mezclado con ella, en una caricia espantable y sublime.”

Mario Muñoz Bustamante.





LIV

LA VELADA DEL POBRE

I

Al terminar el día fatigoso
De continuo afanar,
Rendidas ya las trabajadas fuerzas
Vuelve el pobre a su hogar.

“Venid a mi”, gozoso a la familia
Dice: “llegad, llegad”;
Y venturoso, de sus manos toman
Escaso, el negro pan.

“¡Cuánto luché por conquistarlo, madre!
Mas si débil flaqueó

Mi espíritu en la lucha, tu recuerdo
Las fuerzas me volvió.”

“Esposa mía, ven, ya sosegada
La noche pasarás;
No llorarán de hambre nuestros hijos;
Mira cual ríen ya.”

II

Agrupados en torno de la mesa,
Entre alegre rumor,
Circula en paz la hostia de la vida
En dulce comunión.

Allí sueñan confiados en las dichas
De incierto porvenir,
Mientras la madre cuenta de sus hijos
El donaire infantil.

III

Todos reposan ya: benigno el sueño
Sus párpados cerró,
Vigila el padre en tanto: de ese mundo
En pequeño, es el Dios.

¿Qué saben ellos del combate rudo
De la vida y del mal?...

¡ Qué saben de la duda y su terrible
Devorador afán?

De la fiebre que lenta lo consume
Y gasta su existir:
De su oculto dolor, ni de las lágrimas
Que nunca vierte allí. . .

Tiende la vista en derredor, los mira
Dormidos sonreír;
Tal vez sueñen con él, tal vez su espíritu
Sientan cerca de sí.

Ciérrense ya sus fatigados ojos;
Olvida su dolor,
Y los seres que adora mira en sueños
En plácida visión.

Esteban Borrero Echevarría.





LV

EL CIEGO SERRANO

I

En Bayamo, villa situada en el departamento oriental de la isla de Cuba, nació en la última o penúltima decena del pasado siglo, D. Mariano Serrano. Vástago de una familia muy decente y acomodada, tuvo la desgracia de ser atacado de la viruela, a los pocos años de edad; y, si bien escapó con la vida, reventáronsele los ojos; quedándole dos profundas cavidades que nunca ocultó con espejuelos. Este hombre, a quien yo conocí desde niño, era por su tino admirable, uno de los ciegos más extraordinarios que se pueden presentar; y para darle a conocer, basta la enumeración de algunas cosas que no sólo le ví yo hacer, sino todos los habitantes de Bayamo.

Este ciego, no sé si ha muerto ya, salía diariamente a la calle; pero jamás con lazarillo, pues su única guía era un bastón que llevaba en la mano. De este modo visitaba las familias de su amistad y recorría toda la población; y aunque ésta, cuando él cegó, no pasaría de 20,000 personas, estaba derramada sobre una superficie cuatro o cinco veces más grande que la que ocupa en Europa un número igual de habitantes.

A los inconvenientes de la distancia se le juntaba otro mayor, cual es, la tortuosidad e irregularidad de las calles; pero tanta era su destreza, que sin tropezar ni titubear, doblaba las esquinas y entraba en cuantas casas quería. Si las personas de su amistad mudaban de habitación, él seguía visitándolas, sin necesidad de que nadie le condujese ni aún la vez primera, a la nueva morada.

En Bayamo, para dar salida de los patios a las aguas llovedizas se construyen caños subterráneos que las derraman en la calle y salen por su boca con tanta fuerza, que escavando a veces el terreno al pie de ella, suelen quedarse estancadas, formando charcos.

Una tarde que había llovido, hallábase uno de éstos delante de la casa de una tía mía, a cuya puerta jugaba yo con otros muchachos. Alcanzamos a ver a Serrano que venía en línea recta sobre el charco; y, desearios de que se mojase los pies, hicimos el más profundo silencio. El ciego prosiguió su marcha con paso firme;

casi al emparejar con nosotros se sonrió, y sin tocar el agua con el bastón, apoyó la punta de éste del otro lado del charco, y dando un salto, pasó sin mojarse, con el asombro nuestro.

¿Cómo pudo saber este ciego, que allí había un charco de agua? Sólo de dos modos, y cada uno a cual más extraordinario: o conociendo a palmos las calles de Bayamo, o teniendo un olfato tan delicado, que el olor del agua le advirtiese su presencia.





LVI

EL CIEGO SERRANO

II

El ciego Serrano no sólo andaba a pie, sin guía ni compañero, sino también a caballo, montando indistintamente los propios y ajenos, así en los campos como en la población.

En las fiestas de San Juan y Santiago que se celebran en Bayamo, y en las que entonces corrían desafortadamente por las calles millares de personas a caballo, Serrano tomaba parte sin que le arredrasen los peligros ni las desgracias que a veces ocurrían. De este hecho, la población entera de Bayamo me sirve de testigo.

Encontréle también un día, a cuatro leguas de la población, yendo solo, en un caballo negro, para una hacienda de su padre. Contaba yo esto a un médico francés amigo mío, D. Luis Bertot, casado con una señora española de Santo Domingo, y establecido en Bayamo con toda su familia; y después de haberme oído, me refirió asombrado lo que una noche le sucedió con Serrano.

Como rara es la casa de alto que hay en Bayamo, Bertot habitaba en una baja. Cenaba con su familia en la sala, cuya puerta principal daba a la calle. Oyó venir por ella un caballo a toda brida, que el jinete empezó a recoger, según se acercaba a la casa, y parando de repente, y aún llegando a meter el caballo la cabeza en la puerta, Bertot ve y oye a Serrano que le decía: “Señor D. Luis, en mi casa hay un enfermo de mucha gravedad. Hágame usted el favor de ir allá ahora mismo”; y obtenido que hubo una respuesta favorable, volvió la rienda, y se marchó a escape en rumbo de su casa, que estaba algo distante, en una calle diferente de la del médico.

Que este ciego corriese a pie las calles de Bayamo e hiciese visitas, bastante asombroso es; mas, al fin, él podía medir con sus pasos las distancias que andaba, pero en el presente caso, ¿cómo pudo, corriendo a caballo, graduar con tanta precisión la distancia que mediaba entre su casa y la del médico? Y no se diga, que

el caballo le conduciría; porque ni Serrano tenía caballo particular, pues que montaba en cualquiera, o aun cuando lo hubiese tenido, él jamás había visitado la casa de Bertot, siendo por lo mismo imposible, que el caballo hubiere atinado con ella.

Ultimamente, hallándose una vez en la hacienda de su padre, hizo que un negro de su confianza le mancornase dos yuntas de novillos; y como deseaba venderlos sin noticia de su padre, fué a ocultarlos con el criado en la espesura de un monte. Seguro ya de su presa, se marchó a buscar comprador, y cuando lo hubo encontrado, volvió solo con éste a enseñarle el paraje donde estaban los novillos.

Otros rasgos admirables de D. Mariano Serrano pudiera yo consignar aquí; pero bastan los mencionados para que se le tenga por uno de los ciegos más extraordinarios. Su nombre y sus prodigios solamente son conocidos de los habitantes de Bayamo; pero la memoria de tal hombre exige un recuerdo especial, para que no quede, como hasta aquí, sepultada en el olvido.

José Antonio Saco.





LVII

CARLOS M. DE CESPEDES

Ven, musa de los pesares,
ven con el viento que zumba
a sollozar en su tumba
melancólicos cantares:
¡Oyes? los patrios palmares
con susurro lastimero
lloran al martir severo;
que allá en nuestro suelo hermoso
fué soldado valeroso
y excelente caballero.

¡Timbre de la patria mía,
su nombre limpio y brillante

Cuba lo guarda arrogante
en páginas de hidalguía!
¿Quién podrá olvidar el día
que en nuestros campos desiertos
dió vida a un pueblo de muertos,
firmando su mano airada,
con la punta de la espada,
nuestra carta de libertos? . . .

Consagró un varón su vida
en conducir justo y fiel
los rebaños de Israel
a la tierra prometida:
nunca la fe bendecida
se extinguió en su corazón,
mas al rendir su misión
murió el inmortal longevo,
pero viendo desde el Nebo
la tierra de promisión.

Jura en Cuba un hombre-idea,
guiarnos por senda gloriosa
a una tierra más hermosa
que la tierra cananea.
Contra la odiosa maldad,
establece la igualdad,
mas lo aniquiló el destino

viendo ya desde el Turquino
¡la tierra de libertad!

¡Oh Céspedes! qué dolor
hirió a todo el Continente,
al ser deshecha tu frente
por el plomo abrasador.
Paladín batallador,
honra y prez del patrio suelo,
cóndor de potente vuelo,
tu nombre, que el orbe aclama,
lo puede escribir la fama
con resplandores del cielo.

José Joaquín Palma.





LVIII

HISTORIA DEL NAVIO GLORIOSO

I

Acaba de terminarse la comida, y los niños, de sobremesa, hablaban sobre las lecciones de historia de Cuba correspondiente a la semana.

—Papá—dijo María—¿es cierto que en la Habana hubo un Astillero en el cual se construyeron numerosos buques de guerra?

—Sí, es cierto—le contestó su papá. En Cuba se fabricaban barcos desde los primeros tiempos de la conquista; pero la construcción en grande escala de buques de guerra no se comenzó hasta el 1725, hace poco menos de doscientos años. Los buques se hacían entonces de madera, y abundando en Cuba mucha de excelente calidad, se tenía a la mano el material más ne-

cesario para construirlos. Los mejores buques de la marina española se construían en la Habana y algunos llegaron a ser famosos.

—Papá, ¿el Astillero ocupaba entonces el lugar donde estaba últimamente el Arsenal?

—No—replicó el padre.—Al principio los talleres estaban cerca de “La Fuerza”; pero poco tiempo después se trasladaron al lugar donde estuvo el Arsenal, en el cual se encuentra ahora la Estación Terminal.

—Cuéntanos, papá—volvió a decir María—la historia de algunos de los buques contruídos entonces.

—Bien—le contestó el padre dispuesto a complacerlos—les contaré la historia del *Glorioso*. Este famoso buque fué construido por el año 1740, bajo la experta dirección de D. José de Acosta. Constaba de dos fuertes y estaba armado de 70 cañones, que fueron fundidos también en la Habana, según creo, aunque no estoy seguro de esto último.

En su construcción se habían empleado las más escogidas maderas de nuestros bosques, y ningún otro barco de la escuadra española le igualaba en andar y gallardía. El único buque comparable a él fué su hermano el *Invencible* que voló en el puerto, ocasionando numerosas víctimas y destruyendo el Arsenal y una parte de la población.

A fines de junio de 1747 salió el *Glorioso* de la Habana con rumbo a España, la cual, en aquella

época, estaba en guerra con Inglaterra, la reina de los mares. Mandaba el *Glorioso* el valiente marino don Pedro Mesía de Lacerda. El buque llevaba cuatro millones de pesos para el tesoro español, que estaba muy escaso y mercancías por valor de otro millón.

Hallábase nuestro buque a unas doscientas leguas de las costas de España, después de una feliz navegación, cuando en la tarde del 25 de julio se aparecieron por la proa un navío inglés de ochenta cañones, una fragata de cincuenta y un bergantín de veinte, los cuales daban escolta a un convoy formado por tres barcos mercantes. Sin vacilar ni acobardarse, acometió el *Glorioso* a sus enemigos. Con sólo dos descargas de sus cañones rechazó a la fragata, cuyos palos y velamen quedaron destruídos. El “Warwick”, que así se llamaba el navío inglés, auxiliado por el bergantín y contando con mayor número de tripulantes y de cañones, atacó con furor al *Glorioso* y realizó toda clase de esfuerzos para hundirlo. El combate se prolongó toda la noche, alumbrados los valerosos adversarios por la clara luz de la luna. Al brillar la aurora, vióse en el horizonte a la fragata desarbolada y fuera de combate, al bergantín también desarbolado y al “Warwick” sin el palo mayor, con gran parte del velamen destruído, la cubierta destrozada y los puentes llenos de cadáveres.

El *Glorioso* había sufrido también gravemente.

Sus palos estaban destrozados, su velamen hecho girones y su cubierta teñida con la sangre de los heroicos marinos que lo tripulaban. Los ingleses no pensaron sino en ponerse a salvo con su convoy y Lacerda en reparar las averías de su buque a fin de continuar su interrumpido viaje.

Al amanecer del 14 de agosto descubrían los intrépidos y fatigados navegantes las costas de Galicia llenos de regocijo, cuando he aquí que vieron surgir en el horizonte navegando a toda vela hacia el *Glorioso* un navío de sesenta cañones y dos fragatas pertenecientes a la escuadra del almirante inglés Byng, que vigilaba las costas de España.

No se arredró el *Glorioso* frente a enemigos tan superiores en número y armamento. Después de tres horas de heroico combatir, uno de sus proyectiles abrió un enorme boquerón al navío inglés, cuyas bodegas comenzaron a inundarse. Las fragatas protegieron su retirada, y el *Glorioso* pudo abrigarse en un puerto de la costa. Los habaneros no hubieran conocido al gallardo buque que salió airoosamente por la boca del Morro dos meses antes. Había perdido gran parte de su arboladura, no tenía bauprés; casi toda la popa había sido destruída a cañonazos y muchos de sus tripulantes dormían para siempre en el fondo del Océano Atlántico.



LIX

HISTORIA DEL NAVIO GLORIOSO

II

La historia del *Glorioso* no termina con su arribada a las costas de Galicia. Otros hechos más notables de la misma faltan aún.

En aquella época existían unas leyes absurdas, las cuales prohibían que los buques procedentes de Cuba desembarcasen mercancías en otro puerto que no fuese el de Cádiz, y aunque en toda España se celebró con aplausos la arribada del *Glorioso*, se exigió a éste que fuese a descargar su cargamento a Cádiz. Esta exigencia era casi criminal porque el buque estaba gravemente averiado y las escuadras inglesas seguían vigilando las costas.

Desembarcado el dinero que conducía para el gobierno y hechas las más indispensables reparaciones en el navío, zarpó éste para Cádiz. A fin de evitar ser visto por los ingleses se alejó el *Glorioso* de la costa y navegó felizmente hasta remontar el cabo de San Vicente, al sur de Portugal, cerca ya del término de su azaroso viaje.

El 17 de octubre fué avistado por la escuadra de Byng que comenzó a darle caza. Soltó el *Glorioso* todas sus velas y se adelantó a sus perseguidores; pero, entonces, el almirante inglés lanzó contra él sus buques más veleros. A las siete de la noche fué alcanzado por dos fragatas, una de cuarenta y otra de treinta cañones; pero a las diez tuvieron que retirarse destrozadas por los certeros cañonazos del navío habanero. Perseguidos de cerca por diez buques enemigos, con grandes averías y numerosas bajas en su tripulación, siguió adelante el *Glorioso*, cada vez más digno de su nombre. Al amanecer del día 18 se le apareció por la proa el "Yarmouth", navío inglés de sesenta cañones mandado por un joven e intrépido marino. Continuaba a las once de la mañana el horroroso cañoneo entre los dos temibles adversarios, cuando una bala del *Glorioso* penetró en el almacén de pólvora del "Yarmouth", que voló hecho pedazos con espantoso estruendo. Sólo once de sus tripulantes, que eran cerca de quinientos, pudieron salvarse.

El *Glorioso* también estaba casi deshecho. Sin velas y haciendo agua por todas partes se esforzaba por ganar un refugio en la costa, cuando fué atacado otra vez por el “Russel”, de noventa y dos cañones y dos fragatas de a cuarenta. Entonces pudo decirse que comenzó la agonía del *Glorioso*. Lacerda y los pocos marinos que aún quedaban en pie, lucharon como leones rodeados de muertos y de moribundos, sobre un casco destrozado e incendiado que se hundía por momentos.

Al amanecer del 19, cuando ya no quedaba esperanza alguna de salvación, arrió el *Glorioso* su bandera. Su valiente jefe entendió que no debía inmolar inútilmente a los escasos tripulantes y a los numerosos heridos que se arrastraban sobre las ensangrentadas tablas del que había sido hermosísimo navío.

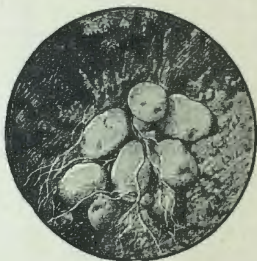
El generoso capitán del “Russel” se apresuró a salvar a los escasos sobrevivientes de tantas heroicidades y pocos momentos después el *Glorioso*, envuelto en un volcán de llamas se hundió para siempre en el Atlántico. Lacerda y sus compañeros fueron curados y atendidos con esmero, por la tripulación del navío vencedor, a pesar de que éste había perdido en la refriega, la tercera parte de su gente.

Conducidos a Londres, fueron tratados con grandísimo respeto y agasajados de la manera más digna por los ingleses, que admiraban el heroísmo de sus valientes enemigos.

Los niños, habían escuchado con la más viva atención el relato de su padre, y María le preguntó nuevamente:

—Papá, ¿y no hubiera podido evitarse la destrucción del *Glorioso* y la muerte de tantos marinos, permitiendo descargar las mercancías en el puerto a donde había llegado?

—Sí, hija mía—contestó su padre;—pero los comerciantes de Cádiz con tal de defender sus privilegios no vacilaban en arruinar y hacer morir a los demás.



LX

EL CAZADOR



El sol vierte su lumbre
en nubes de oro y grana;
la tierra se engalana,
vestida de verdor;
con traje caprichoso,
de su perro seguido,
sale al campo florido
gallardo cazador.

Todo es encanto y vida
todo placer y amores;
perfumes dan las flores
y el céfiro, frescor.
Sobre el caliente nido
cantan himnos las aves,
mientras con pasos graves
se acerca el cazador.

Ajenas del peligro
despliegan ya sus alas,
que ignoran de las balas
el silbido aterrador;
y una blanca paloma
de su belleza ufana,

en torno gira, insana,
del fiero cazador.

Mil círculos trazando,
cual leve mariposa,
se aleja caprichosa
se para sin temor.
De un árbol a otro cruza
allá en el bosque umbrío,
mientras la acecha, impío
y oculto, el cazador.

Con amoroso arrullo
ya a su consorte llama
columpiada en la rama
de un verde sicomor;
mas ¡ay! que mientras canta
y al dulce amor convida,
vacila y cae herida
del hábil cazador.

Gertrudis G. de Avellaneda.





LXI

EL NIDO DEL AGUILA

(Leyenda danesa.)

I

Gayendo a plomo sobre un pequeño pueblo, alzabase, en la azulada atmósfera, abrupto peñasco, tan alto y desnudo que ningún pie humano pudo alcanzar su cúspide.

Sobre la cima de este peñasco, una familia de águilas había construido su nido, y desde lejanos tiempos, tanto como pueda recordar la memoria de los hombres, las águilas habían sido el terror de la comarca.

Tan pronto caían sobre las cabras y ovejas que tranquilamente ramoneaban la yerba en los lejanos prados, como picoteaban los ojos de los pastores que con sus palos intentaban defender sus rebaños. Sí: a veces, hasta se apoderaban de los niños mientras jugueteaban en la plaza del pueblo: levantábanlos suspendidos en sus garras más alto que la cima del peñasco, para desde allí, lanzarlos y destrozarlos en su caída.

Los audaces jóvenes del país soñaban siempre con el noble propósito de escalar el peñasco para arrojar del nido a los rapaces y volver la tranquilidad al pueblo. Desde la infancia ejercitábanse en encaramarse por las paredes del peñasco, y a esto se debía que no se encontraran por los alrededores otros hombres tan audaces y atrevidos como ellos. Era rarísimo quien pasara de los veinte años sin que hubiese tentado el peligroso escalo del nido de águilas, pues nadie los hubiese considerado hombres, ni ellos se hubieran atrevido a cortejar de noche a una muchacha, sin probar su valentía contra el invencible enemigo.

Y, sin embargo, ninguno de ellos logró poner su mano en el nefasto nido. Algunos llegaban hasta el primer saliente del peñasco; pero una vez en él, se apoderaba el vértigo al contemplar bajo sus pies la aguda flecha del campanario del pueblo irguiéndose en el azul como el hierro de una lanza. Otros llegaban hasta la segunda aspereza, casi a la mitad del cambio; pero al que-

rer traspasarlas, las capas pizarrosas se desmenuzaban bajo sus pies, y con celeridad vertiginosa resbalaban a lo largo de la abrupta roca, rechazados, rotos sus huesos y hundido el cráneo. Unó sólo alcanzó un día la tercera anfractuosidad, pero una vez en ella, cayó de improviso de espaldas, como repelido por invisible mano. Cual pájaro herido, atravesó el aire desgarrándolo con ronco grito, rebotó de roca en roca y rodó, en fin, despedazado en medio del pueblo.

No había casa que no contara con un hijo estropeado, ni familia que no llorase la pérdida del consuelo y apoyo de su vejez. Parecía como si la abrupta cima les atrajese con irresistible pujanza; y no obstante, corría ya de boca en boca la noticia de que al siguiente domingo, un joven de diez y ocho años, hijo único de una pobre viuda, intentaría el arriesgado escaló.





LXII

EL NIDO DEL AGUILA

II

En la gran plaza de la iglesia, a la hora fijada, los habitantes del pueblo, reunidos, hablaban bajo, contemplando, a través de las veraniegas nieblas, las paredes de la roca en que el joven había llegado al primer saliente. Este ni siquiera se detuvo; quitose el sombrero, y lanzando con toda la fuerza de sus pulmones un grito de esperanza, saludó a su madre que, desgrenada y sollozando, arrodillada al pie del peñasco, tendíale sus brazos. Al alcanzar la segunda aspereza, sentóse el joven, y mientras se enjugaba el sudor,

midió con ojo certero la distancia que lo separaba del final del camino.

Todas las miradas se fijaron en él, cuando un instante después se le vió estrechar el cinturón y, con la lentitud de un gato, avanzar de nuevo, ayudándose con las manos, puesto que el peñasco, desgastado por las heladas del invierno, volvíase cada vez más perpendicular. A cada tentativa de avance, resbalaba, y los viejos bajaban la cabeza, mirando con ojos de compasión a la madre desvanecida en medio de un corro de mujeres.

—Esto acabará mal—murmuraban acercándose unos a otros. ¡Es demasiado joven! ¡Y demasiado atrevido!

En una elevación del terreno, una joven de rubia cabellera, aislada de todos, con su corpiño encarnado, contemplaba la escena con sus dos manos cruzadas a la espalda.

Varias mujeres del pueblo, al pasar cerca, la miraban con torva, ceñuda faz, al saber que era la novia del audaz joven y precisamente la que le había pedido aquella prueba de su valentía y de su cariño.

Indiferente a la ansiedad general y a la indignación que la rodeaba, seguía con la vista, sonriente, a su prometido, suspendido entre el cielo y la tierra; en su linda cara, tersa y acarminada, léase la certeza de que

sería su novio el que lograría alcanzar lo que otros no pudieron obtener.

De pronto, un grito partió de la asamblea; subiendo rápidamente en zig-zag, el joven acababa de alcanzar la tercera y última saliente. Pero sus fuerzas parecían agotadas.

A pesar de que no semejaba más grande que una mosca, pudo distinguírsele agarrado aún a la roca.

El que poseía mejor vista de los del lugar, un hombre rodeado de un grupo ansioso, dijo, sacudiendo tristemente la cabeza:

—No volverá vivo. Está más blanco que la cal y tiene las manos ensangrentadas.

Silencio general se impuso. El joven erguía de nuevo, y el hombre citado vióle como se estrechaba más el cinturón, examinando las paredes rocosas que ante él tenía, perpendiculares entonces hasta llegar al nido. Viósele buscar a tientas apoyo para sus manos y pies.

Un estremecimiento sacudió dolorosamente a todos. ¡El joven resbalaba!

Gruesas piedras destacáronse del peñasco, rodando ruidosas a lo largo de las rocas...

—Todo acabó para él—pensaron algunos—otros, en su emoción, dijéronlo en alta voz.

Pero, vivamente, el atrevido cogióse con sus dos manos a una hendidura de la roca y se retuvo agaza-

pado hasta que sus pies encontraron nuevo apoyo. Y lentamente, con precaución, avanzó...

Minutos parecidos a siglos transcurrieron, durante los cuales los espectadores mirábanse unos a otros espantados, pues la sombra proyectada por la cima ocultó a sus ojos asombrados el audaz joven. ¡Tal vez había caído!

De improviso estalló un clamoreo general. Viéronle sobre la cima de la roca, destacándose en el claro azul del cielo. En aquel momento, las águilas, muy lentamente, atravesaban los aires..... pero el joven, con un rápido movimiento, cogió las ramas del nido, y nido y huevos, cayeron precipitados en las profundidades peñascosas. Las águilas aterrorizadas interrumpieron su vuelo; después, las dos, arrojando agudos chillidos y con rápido y ruidoso batir de alas, volaron de nuevo, desapareciendo a lo lejos...





LXIII

¡EXCELSIOR!

¡Niño, cree en ti! La firme confianza
En el propio valer el triunfo da;
Uno mismo es factor de su esperanza
Y uno mismo la torna en realidad.

Ocupa en el girar de la existencia
El lugar que tu espíritu te dió;
El puesto que te asigne tu conciencia
Ese ha de ser el que te asigne Dios.

¡Ayúdate! No entregues tu destino
Al acaso o ajena protección;

Tu propia voluntad es el camino
Y la fuerza tu propio corazón.

El que vacila el que en su afán no sabe
Cual es la ruta que conduce al fin,
Es como en la negra tempestad el ave
Que arrastra el huracán hasta morir.

¿Cuál, pues, será el objeto? En lo profundo
De nuestra voluntad está el poder;
¡Y quedan tantas cosas en el mundo
Que nosotros pudiéramos hacer!

¡Sueña, ten fe, trabaja! Que el desastre
La suerte no lo muestra al que soñó;
Hacer altos castillos en el aire
No es locura cuando es inspiración.

Alzate, sí; pero egoísta idea
No manche el timbre de tu esfuerzo audaz;
Piensa en ti mismo y en los otros; sea
Tu más alta pasión la humanidad.

Isaías Gamboa.



LXIV

LOS NIDOS DE LAS AVES

I

Los niños son muy aficionados a los nidos de las aves y en el campo los buscan con empeño. Un niño campesino sabe distinguir muchas clases de nidos y conoce las aves a que pertenecen. Cada nido, además de los caracteres propios que lo hacen interesante, sirve para darnos a conocer la inteligencia y la actividad del pájaro que lo fabrica.

Como arte que es, la hechura de los nidos tiene sus reglas. Aparte de la coleta y escogida de materiales adecuados, su acarreo, colocación, ajuste y afiance, co-

mo las proporciones estrictas a que se ciñe la labor, exhiben la capacidad intelectual de quienes hacen su hogar sin tener manos.

La distribución de materiales se hace con las patas; extendiéndolos con habilidad, los comprimen convenientemente, para dar a la obra la solidez y la ligereza adecuadas. La cavidad central se forma con movimientos rotarios del pecho, manteniendo alzada la cola.

Esas paredes interiores se disponen por la acción combinada del cuello, el pecho y la quilla o pechuga. A la factura del borde, concurren la rama inferior del pico o barbilla, y también la cola.

Ejecuta esta último movimientos laterales y de compresión, vigorosos y rápidos. La barba o garganta da la última mano, alisando el borde. Veamos algunos ejemplares, particularmente cubanos, de los que hay varios en el sin igual Museo Gundlach, del Instituto de la Habana.

A la cabeza de los obreros más hábiles e inteligentes, está nuestro solibio. Construye su nido debajo de una penca de palma, sirviéndose de hebras de sus hojas. Para fijarlos, dice el veraz Gundlach, es necesario que uno de los padres esté encima de la penca y otro debajo. Mutuamente agujerean la hoja, echan la punta de la hebra, que el compañero atrae y transmite al otro, por un nuevo agujero, hecho no en dirección lon-

gitudinal, porque así rajaría la hoja, sino en dirección transversal. Habiendo fijado las primeras hebras, como cimientó, pasan ambos padres a formar el verdadero nido, entrelazando otras hebras, de un modo muy admirable. El nido queda así colgado, como una hamaca, debajo de un techo de guano.

Fácil es ver en el Museo Gundlach citado, ese y otros nidos, pruebas eficientes de que tal labor ha de estimarse como índice de una inteligencia elevada y no de un instinto rutinario.

Otras muchas especies cubanas construyen su nido con curiosidad, esmero, gracia y discreción.

Teje el chirriador o mayito de ciénaga, con junco y otras plantas análogas, crines y plumas, un nido a modo de canasta, entre las ramas de algún arbusto, forrando el interior con materiales suaves.

Para hacer el suyo utilizan los sunsunes los materiales adecuados que le suministran con la lana las ceibas y la flor de la calentura el rabo de zorra el caguaso y otras análogas; revistiéndolos exteriormente con la cutícula del almácigo, con líquenes, etc. Nada más firme en su asiento ni nada más encantador que estos cesticos columpiados por el viento, al agitar el ramillo que los sustenta y sombrea.

No es menos gracioso el nido de nuestro vencejo, dispuesto también con lana vegetal, en la penca de alguna palma, y el cual simula muy bien una relojera.



LXV

LOS NIDOS DE LAS AVES

II

Con plantas muertas construyen los saramaguyones su nido, por extremo curioso, una isla, cóncava en el centro, donde depositan los huevos. Cubren éstos con plantas podridas, cada vez que se ausentan, para ocultarlos a la vista y para que el sol no las haga calefactoras. El bien-te-veo o predicador o chinchiguao y el bobito chico, lo forman en la bifurcación de un ramo, con crines o raicitas; lo tapizan con lana vegetal y plumas, y lo forman con líquenes, musgos y demás materiales apropiados para disimularlo; el tomeguín del pinar, el

de la tierra y el negrito, fijan en ramas su nido más o menos redondeado, de entrada lateral. El sabanero lo forma en el suelo, apoyado en un vegetal.

Varias hembras de judíos anidan en comunidad, disponiendo sus huevos en camadas superpuestas; lo cual no las acredita de discretas, pues lo más probable es que los de la capa inferior se pierdan por falta de calorificación.

Aprovechan los carpinteros los árboles muertos o enfermos, para hacer cavidades apropiadas para anidarse.

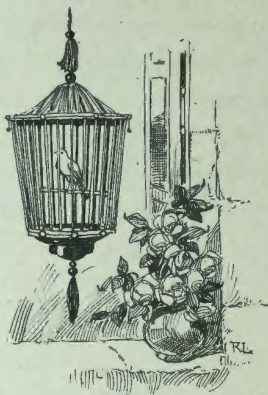
Los haraganes o incapaces de hacer un nido ocupan cualquiera oquedad o los usados antes por otros más inteligentes o menos perezosos. Tal es el sijú y el cernícalo, la cotorra y el perico y el tocoloro. Otras más degradadas en punto de nidificación, desovan en el suelo sobre un poco de paja, ramillos u hojas, como la codorniz, la grulla, los sarapicos; sobre tallos de arroz quebrantados al efecto, cual la gallereta azul dañina; o sin preparación alguna, como el crequeté o caracatey, los frailecillos y muchas gaviotas. En esta sección de haraganes merece citarse el gallito, por su original manera de anidar. En efecto, “pone sus huevos, dice Gundlach, sin preparación sobre una hoja de ova, sobre lechuguillas, sobre jintate, plantas que cubren la superficie de las lagunas; sin que la humedad por debajo, ni los rayos del sol arriba, los echen a perder”.

Avestruces y casoares ponen en la arena confiando la incubación al calor natural. Entre los más raros y originales, hay que citar el calao africano. La hembra anida en una cavidad practicada en el tronco de un árbol, cuya entrada el macho tapa, dejando sólo la abertura necesaria para que la madre saque el pico y reciba los alimentos. Al cabo de dos o tres meses de reclusión, cuando los pequeños están desarrollados, el padre deshace la tapia, dando salida a todos.

Siendo, como es, la edificación de un nido, artística, acabada, exquisita, viene a ser lo de menos, habida cuenta de las precauciones, las sutilezas, los ardides, las astucias maternas, que realmente exhiben algo más que una rutina instintiva. Libres, emplean actualmente mucho material que sus antepasados no conocieron, seguramente: textiles exóticos nuevos, que utilizan las industrias contemporáneas, y que las marisabidillas aladas aplican, tan discretas, como hábiles.

Juan Vilaró.





LXVI

A UN SINSONTE

Pobre pájaro, que, ausente
De tus prados y tu nido,
Te quejas entristecido
Del hado crudo, inclemente;
Ya no miras ni tu fuente
Ni la alterosa palmera
Donde por la vez primera
Alzaste tu dulce trino,
Ni ves el bosque vecino
Donde hallaste compañera.

Ya no miras las palomas,
En los árboles copados,

Ni tus montes encumbrados,
Ni tus pintorescas lomas;
Ya no aspiras los aromas
De las selváticas flóres;
Ya no escuchas los rumores
Del claro y precioso río,
Ni oyes en el bosque umbrío
Trinar a los ruiseñores.

En oír tu dulce canto
Mi pecho no se complace,
Pues siempre tu canto nace
Entre congojas y llanto;
No puedes hallar encanto
Cuando tus praderas dejas;
Te lamentas y te quejas;
Viviendo triste, angustiado,
Al mirarte aprisionado
De tu jaula entre las rejas.

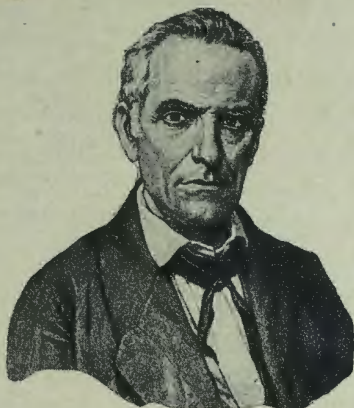
Tú, que tan feliz vivías,
¡Qué dulce placer hallaras
Si con libertad volaras
Por tus praderas sombrías!
Cuántas dulces alegrías
Tuvieras, pardo sinsonte,
Si al mirar el horizonte

Con su belleza sin par,
 Pudieras libre trinar
 Sobre la cumbre del monte.

Tú, que en el ameno prado,
 Libre, tan libre naciste,
 ¿Cómo no te has de hallar triste
 Al mirarte aprisionado?
 Ya no entonas con agrado
 Tus plácidas cantilenas;
 Sólo amarguras y penas
 Tu sencillo pecho siente,
 Como el hombre que inocente
 Gime entre duras cadenas.

Adelaida Saínz de la Peña.





LXVII

AFORISMOS DE D. JOSÉ DE LA LUZ

- 1.—La tiranía es una atmósfera que no deja respirar al corazón y sofoca sus impulsos.
- 2.—El cautivo es el que aprecia la libertad.
- 3.—Sin sentimiento no hay motivo para el pensamiento ni para la acción.
- 4.—Rocío del cielo sobre el alma atribulada, una mujer discreta. Piedra filosofal que convierte en oro todas las escorias de la vida, una mujer amante.
- 5.—Quien no sea maestro de sí mismo, no será maestro de nada.
- 6.—Sólo la verdad nos pondrá la toga viril.

7.—La naturaleza aborrece el reposo: tan natural es el movimiento a las almas como a los cuerpos.

8.—Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor y la electricidad: la voluntad.

9.—El hombre se madura como la fruta, a fuerza de tiempo, de soles y de golpes.

10.—La infancia gusta de oír la historia, la juventud, de hacerla, la vejez, de contarla.

He aquí enlazadas las tres edades y armonizadas entre sí y con el mundo.

11.—Confesar la propia falta es la mayor de las grandezas.

12.—Más se piensa en un día de soledad que en ciento de sociedad.

13.—Antes quisiera yo ver desplomadas, no digo las instituciones de los hombres, sino la estrellas todas del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral.

14.—Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida.

15.—Instruir puede cualquiera, educar, sólo quien sea un evangelio vivo.

16.—La educación empieza en la cuna y acaba en la tumba.

17.—La razón es el hombre, lo demás es el animal.

18.—Ni es lícito ni es menester deprimir a uno para ensalzar a otro.

19.—La malicia suele ser el talento de la medianía, de la nulidad o de la flaqueza.

20.—Lo más difícil del mundo es ser imparcial.

21.—Sin interés, suelen los hombres no examinar las cosas. Con interés, suelen no saberlas examinar.

22.—La palabra es más poderosa que el cañón.

23.—Bueno, no envidieis jamás a los malos, que siempre les va peor que a vosotros.

José de la Luz Caballero.





LXVIII

LA GRULLA Y EL CANGREJO

(Del libro “Galila e Dimma”).

Había en cierta región un lago lleno de varias clases de peces. En él tenía su morada una grulla que, por haber llegado a la vejez, era imptente para matar a los peces. Atormentada entonces por el hambre, se hechó en la orilla del lago y se puso a llorar, regando la tierra con ríos de lágrimas que parecían perlas. Conmovido por su dolor se le acercó un cangrejo acompañado de varios peces, y, respetuosamente, le dijo:

—Abuela, ¿por qué no procuras hoy buscarte el sustento en vez de estar suspirando con los ojos llenos de lágrimas?

—Hijo mío—respondió la grulla—la observación

que me haces es verdadera; pero he tomado gran aversión a la comida de pescado y me he decidido a quedar en ayunas; por lo que aunque vengan a mi lado los peces, no los mato.

El cangrejo que oyó esto, dijo:

✕—¿Cuál es el motivo de haber tú renunciado a comer?

—Hijo—contestó ella—yo he nacido y he llegado a vieja en este lago; pero he oído que una falta de lluvia durante doce años nos amenaza y está a punto de ocurrir. ✕

—¿De quién has oído eso?—preguntó el cangrejo.

—De boca de un astrólogo—respondió la grulla.

Y este lago es de poca agua, de modo que se secará pronto. Seco él, morirán por falta de agua todos aquéllos con quienes he pasado yo mi juventud y me he divertido. No tengo fuerzas para ver el momento en que me he de separar de ellos; por eso he decidido no comer. Ahora, todos los peces que hay en lagos de poca agua se trasladan, con ayuda de sus parientes, a más copiosos lagos; algunos, como el cocodrilo, el gaviál, el delfín, el elefante de agua, se van por sí mismos. Pero los peces de este lago están sin preocuparse de nada y por eso principalmente yo lloro, porque aquí no va quedar ni uno siquiera para semilla.

Cuando el cangrejo hubo oído esto, hizo saber a los demás peces, las palabras de la grulla, y temblando

de miedo todos éstos, peces, tortugas y demás, se acercaron a aquélla y le dijeron:

—Abuela, ¿hay algún medio con el cual podamos salvarnos?

—Lo hay—contestó la grulla;—no lejos de este lago hay otro lago lleno de abundante agua y hermoseado por el loto, que no llegará a secarse aunque no llueva en veinticuatro años. Por esto, si alguno de vosotros sube a mis espaldas, yo le conduciré allí.

Fiados éstos de sus palabras y diciendo: “¡Tata! ¡tío! ¡hermano! ¡yo primero! ¡yo primero!, le rodearon por todos lados. Entonces, la mal intencionada, haciendo que subieran uno a uno a sus espaldas, se llegaba a una roca que había no muy lejos del lago, los echaba sobre ella y después que se los comía a su placer, volvía otra vez al lago; se ganaba el afecto de los peces, contándoles falsas noticias y de esta manera iba viviendo.

Pero un día le dijo el cangrejo:

—Abuela, yo fui el primero con quien tuviste amistosa conversación, ¿por qué, pues, me dejas y vas conduciendo a otros? Haz por salvarme la vida.

Al oír esto, la mal intencionada pensó:—Fastidiada estoy ya de la carne de pescado; de modo que este cangrejito me servirá como de salsa. Con esta determinación, se lo acomodó a la espalda y partió en dirección a la roca del suplicio. Mas el cangrejo que vió de

lejos un montón de huesos, y conoció que eran de pescados, le preguntó:

—Abuela, ¿está muy lejos el lago?, con mi carga debes estar muy cansada; dímelo, pues.

Mas ella dijo para sí:

—Este es un estúpido acuático que en tierra firme no tiene fuerza ninguna, y, sonriendo, le dijo:

—¿Qué otro lago quieres, cangrejo? Esta es mi manera de vivir. Piensa, pues, en tu deidad protectora, que yo, echándote en esta roca, voy a devorarte.

Mientras ella decía esto, le clavó el cangrejo un par de dientes en su tierno cuello, blanco como un tallo de loto, y la mató. Cogió entonces el cuello de la grulla, y poco a poco, volvió al lago, donde todos los peces le preguntaron:

—¡Oh, cangrejo!, ¿por qué motivo vuelves? ¿Hay algo que impide nuestra salvación? —¿La abuela no ha venido? ¿Por qué tardas en contestarnos? Estamos todos ansiosos esperando el momento. Interrogado así por ellos, contestó riendo el cangrejo:

—Sois unos necios todos los peces que, engañados por esa embustera, no lejos de aquí echaba sobre una roca a los que se llevaba y se los comía.

Yo, que todavía no he cumplido el tiempo que me queda de vida, he conocido la intención de esa traidora, y aquí os traigo su cuello. Basta ya de terror; desde ahora todos los acuáticos seremos felices.



LXIX

MI VAQUERILLO

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquílica manta
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—
su blusita y hacerme almohada!
¡Una noche solemne de junio,
una noche de junio muy clara!...

Los valles dormían,
Los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...

y una tuna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.

¡Qué noches, qué noches!

¡Qué horas, qué auras!

¡Para hacerse de acero los cuerpos!

¡Para hacerse de oro las almas!

Pero el niño ¡qué solo vivía!

¡Me daba una lástima

recordar que en los campos desiertos

tan solo pasaba

las noches de junio

rutilantes, medrosas, calladas,

y las húmedas noches de octubre,

cuando el aire meneaba las ramas,

y las noches del turbio febrero,

tan negras, tan bravas,

con lobos y cárabos,

con vientos y aguas!...

¡Recordar que dormido pudieran

pisarlo las vacas,

morderle en los labios

horrendas tarántulas,

matarlo los lobos,

comerlo las águilas!...

¡Vaquerito mío!

¡Cuán amargo era el pan que te daba!

Yo tenía un hijito pequeño

¡hijo de mi alma,

que jamás te dejé si tu madre

sobre ti no tendía sus alas!

¡Y si un hombre duro

le vendiera las cosas tan caras!

Pero ¡qué van a hablar mis amores,

si el niño que cuida mis vacas

también tiene padres

con tiernas entrañas?

He pasado con él esta noche,

y en las horas de más honda calma

me habló la conciencia

muy duras palabras. . .

Y le dije que sí, que era horrible. . .

que llorándolo el alma yo estaba. X

¡El niño dormía

cara al cielo con plácida calma;

la luz de la luna

puro beso de madre le daba,

y el beso del padre

se lo puso mi boca en su cara!

Y le dije con voz de cariño

cuando ví clarear la mañana:

—¡Despierta mi mozo

que ya viene el alba

y hay que hacer una lumbre muy grande
y un almuerzo muy rico . . . ¡levanta!

Tú te quedas luego
guardando las vacas

y a la noche te vas y las dejas . . .

¡San Antonio bendito las guarda!

Y, a tu madre a la noche le dices

que vaya a mi casa,

porque ya eres grande

y te quiero aumentar la soldada.

José M^r Gabriel y Galán.





LXX

EL PESCADOR Y SU MUJER

I

Una vez había un pescador que vivía con su mujer en una miserable choza situada a orillas del mar. El pescador, que se llamaba Pedro, iba todos los días a echar su anzuelo; pero a veces pasaban muchas horas antes que un pez le mordiese.

Un día que estaba en la playa mirando sin cesar el movimiento del anzuelo vió que se hundía, y al tirar encontró que salía del mar un hermoso barbo.

—Te suplico—dijo el animal—que me dejes vivir. Yo no soy un verdadero pez—añadió—sino un prín-

cipe encantado. ¡Déjame, te lo ruego! ¡Devuélveme la libertad, que es el único bien que me queda!

—No necesitas tantas palabras—dijo el honrado Pedro—un pez que sabe hablar merece nadar a su gusto.

Y quitó el anzuelo al animalito, el cual volvió al fondo del mar, dejando una estela de sangre. A la mañana siguiente contó a su mujer qué hermoso pescado había cogido y cómo le devolvió la libertad.

—¿Y no le has preguntado nada?—dijo la mujer.

—¿Qué iba a preguntarle?—respondió Pedro.

—¿No es una vergüenza—dijo la mujer—que vivamos aquí en esta cabaña sucia y pobre? Bien podías pedirle que nos diese una casita mejor.

El hombre no creyó que el servicio que había prestado al pobre príncipe mereciera tan grande recompensa. Sin embargo, se fué a la playa, y cuando llegó a la orilla del mar, que estaba de un precioso color verde, exclamó:

—¡Barbo, querido barbo, mi mujer, a pesar mío, quiere una cosa! En el acto apareció el pez, que dijo:

—¿Y qué quiere?

—Se empeña en que deberías concederme la realización de un deseo. Quiere una linda casita, en vez de la cabaña que habitamos.

—Concedido—respondió el barbo. Vuelve a tu casa y encontrarás cumplido el deseo de tu mujer.

Y, en efecto, Pedro vió que su esposa estaba a la puerta de una linda casita.

—¡Ven aprisa—le gritó ella—ven a ver esta casa tan bonita! Tiene dos hermosas habitaciones, una c6-
cina, y a la espalda un corral con pollos y patos y un
jardinillo con legumbres y flores.

—¡Qué bien lo vamos a pasar ahora!—exclamó
Pedro.

—Sí—dijo su esposa: he llegado al colmo de mis
deseos.

Durante quince días vivieron muy a gusto, pero,
de pronto, la mujer dijo:

—Oye, Pedro: esta casita es muy pequeña y el
jardín como la palma de la mano. Y no seré dichosa
hasta que viva en un palacio suntuoso.

—Pero apenas hace quince días—dijo el pescador
—que el excelente príncipe nos ha regalado una casa
tan linda como no la hubiéramos soñado. ¿Quieres que
vaya ahora a molestarle de nuevo? Me enviaría a pa-
seo, y haría muy bien.

—Estás equivocado: lo que él quiere es tenernos
contentos; conque vete a buscarlo y haz lo que te digo.

El buen hombre se fué a la playa. El mar estaba
azul obscuro casi violeta, pero tranquilo. El pescador
gritó:

—¡Barbo, mi querido barbo, mi mujer, a pesar
mío, quiere una cosa!

—¿Y qué quiere tu mujer?—respondió el pez, que apareció en el acto sacando la cabeza del agua.

—Figúrate—respondió Pedro confuso—que ya no le gusta la bella casita y desea un palacio de piedra.

—Vuelve a tu casa—dijo el barbo—que su deseo ya está cumplido.

En efecto, el pescador encontró a su mujer paseándose por el inmenso patio de un espléndido palacio.

—¡Qué bueno es ese barbo!—exclamó la mujer. ¡Mira qué soberbio es el palacio que nos regala!

Entraron en el vestíbulo, que era de mármol. Una porción de criados con uniformes galoneados de oro les abrieron las puertas de los ricos aposentos, llenos de muebles dorados y tapizados con las más ricas telas.

Detrás del palacio había un hermoso jardín donde brotaban las flores más bellas, después un magnífico parque donde corrían ciervos y gamos y volaban toda clase de pájaros. A uno de los lados se encontraban las caballerizas con caballos de lujo y un establo lleno de hermosas vacas.

—¡Qué suerte tan envidiable la nuestra!—dijo el buen hombre con los ojos desvanecidos por la contemplación de tantas maravillas. Lo que es ahora—añadió—me parece que no tendrás más que pedir.

—Eso mismo es lo que me estoy preguntando—contestó la mujer;—pero mañana lo pensaré.

Después de haber saboreado los exquisitos manjares que les sirvieron para cenar, se acostaron.

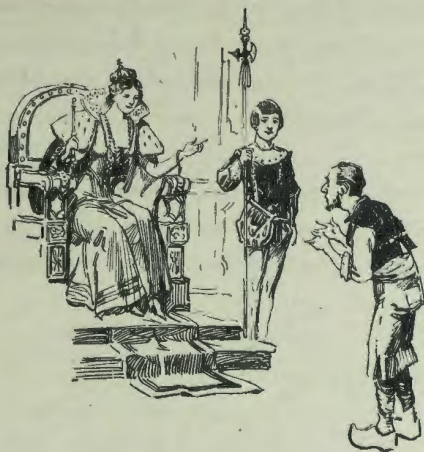
Al día siguiente, cuando apenas comenzaba a alborar, despertó la mujer a su marido dándole con el codo y le dijo:

—Ahora que tenemos este palaico, es preciso que scamos dueños y señores de toda esta comarca.

—¡Cómo!—exclamó Pedro.—¡Querrás una corona! Lo que es yo no quiero ser rey.

—Pues yo quiero ser reina. Anda, vístete y haz saber mi deseo al apreciable barbo.





LXXI

EL PESCADOR Y SU MUJER

II

El pescador se encogió de hombros, pero al fin obedeció. Llegó a la playa y vió el mar de color gris obscuro y bastante proceloso. Empezó a gritar:

—¡Barbo, querido barbo, mi mujer, a pesar mío, quiere pedirte una cosa!

—¿Qué más quiere?—dijo el pez, que se presentó inmediatamente sacando la cabeza del agua.

—Se le ha puesto en la cabeza ser reina.

—Vuelve a tu casa: la cosa está ya hecha—dijo el animal.

Y, en efecto, Pedro encontró a su mujer instalada en un trono de oro adornado de diamantes, con una magnífica corona en la cabeza y rodeada de muchas damas de honor regamente vestidas de brocado y a cual más hermosa. A la puerta del palacio, que era aun más espléndido que el de la víspera, había guardias con brillantes uniformes; una música militar tocaba preciosas marchas y una nube de lacayos poblaba los patios del edificio.

—Ahora—dijo el pescador—espero que habrás llegado al colmo de tus deseos. La que fué más pobre que las ratas se ha convertido en una poderosa reina.

—Sí—respondió la mujer—es una posición agradable; pero hay algo mejor, y no sé cómo no se me ocurrió antes. Yo quiero ser emperatriz, o mejor dicho... emperador. ¡Sí, quiero ser emperador!

—¡Pero mujer, tú has perdido el juicio! No; lo que es yo no iré a pedir una cosa tan disparatada al bueno del barbo, que va a concluir por mandarme a paseo.

—No admito observaciones. Soy la reina y tú el primero de mis súbditos. Obedéceme, pues, en el acto.

Pedro se fué al mar, creyendo hacer un viaje inútil.

Al llegar a la playa vió el mar negro como la tinta. El viento soplaba con violencia, levantando enormes olas.

—¡Barbo, querido barbo—gritó el pescador—mi mujer quiere algo todavía!

—¿Y qué pide?—preguntó el animal sacando la cabeza del agua.

—Las grandezas la han trastornado, y ahora quiere ser emperador.

—Vuélvete, que ya está hecho.

Cuando Pedro volvió, hallóse ante un inmenso palacio todo de mármoles preciosos; el techo era de placas de oro.

Después de haber pasado por un anchuroso patio lleno de hermosas estatuas y de frutas que destilaban los más gratos perfumes, atravesó una antecámara llena de guardias de honor, todos de elevada estatura, casi gigantes, y después de cruzar por infinidad de departamentos adornados con lujo maravilloso, llegó a un espacioso salón donde, sobre un trono de oro macizo, estaba una mujer vestida con un traje magnífico cubierto de brillantes y rubíes y llevando una corona que ella sola valía más que muchos reinos. Estaba rodeada de una corte compuesta solamente de príncipes y duques. Los simples condes estaban relegados a la antecámara.

Isabel parecía que estaba muy a su gusto entre aquellos esplendores.

—Ahora—dijo Pedro—creo que estarás satisfecha: no ha habido nunca fortuna comparable a la tuya.

—¡Ya te lo diré mañana!—respondió ella.

Después de un magnífico festín fué a acostarse, pero no pudo dormir. La atormentaba la idea de que pudiera haber algo mejor que un imperio. Por la mañana, cuando se levantó, vió que había nubes.

—¡Ahora caigo—se dijo—en que yo quisiera ver el Sol, porque las nubes me entristecen. Mas, para hacer que salga el Sol necesito ser Dios. Eso es, quiero ser tan poderosa como Dios!

Llena de entusiasmo exclamó:

—Pedro, vístete en seguida y ve a decir al buen barbo que deseo tener sobre el Universo la inmensa omnipotencia de Dios. De seguro que no te lo niega.

—¡Pero mujer, tú estás loca de remate! ¿No te basta reinar sobre un imperio tan dilatado?

—No; me molesta mucho no poder hacer salir el Sol, la Luna y las estrellas. Quiero mandar al Universo como Dios.

—Además, eso excede al poder del barbo, que se va a enfadar con una petición tan insensata.

—¡Un emperador no admite observaciones!—replicó ella con cólera. ¡Haz lo que te mando, y en seguida!

El bueno de Pedro, con el corazón encogido, se puso en marcha. En el mar reinaba una horrorosa tormenta que doblaba los más corpulentos árboles del bosque y hacía temblar hasta las rocas. El pescador llegó a la playa con mucho trabajo. Las olas eran tan altas

como torres y se lanzaban unas sobre otras con infernal estrépito.

—¡Barbo, querido barbo—gritó Pedro—mi mujer, a pesar mío, quiere pedir la última cosa!

—¿Qué es?—dijo el pez apareciendo en el acto.

—Casi no me atrevo a decirlo—respondió Pedro. En fin, quiere ser tan poderosa como el mismo Dios Nuestro Señor.

—Vuelve a tu casa y la encontrarás en la miserable cabaña de donde la había yo sacado.

En efecto, palacio y esplendores habían desaparecido, y la insaciable Isabel, vestida de harapos, estaba sentada a la puerta de la misma choza.

Pedro no se apuró. Cogió sus redes y se fué a pescar; pero su mujer no tuvo ya nunca un momento de dicha.





LXXII

EL JAZMIN DE MI VENTANA

Lindo, esbelto, delicado,
Con ramajes de esmeralda,
En bellísima guirnalda
A mi reja entrelazado,
De flores mil esmaltado,
Lo miro cada mañana;
Suaves perfumes emana
De sus pétalos de nieve
Y dulce mi alma conmueve,
El jazmín de mi ventana.

Cuando risueña aparece,
Velada en gasas la frente
El alba allá en el oriente
Y suaves fulgor ofrece:

Cuando el cielo se embellece
Con las sonrisas que emana
Su faz de zafir y grana,
Antes que Febo lo abrume,
Voy a aspirar el perfume
El jazmín de mi ventana.

Por no causarle dolores
Con esos ramos tan bellos
Nunca adorné mis cabellos,
Que forman siempre sus flores:

Y a los divinos albores
Con que hermosa se engalana
Del trópico la mañana,
Con celestial embeleso,
En cada pétalo un beso,
Dí al jazmín de mi ventana.

Flores atesora abril
De suavísimos colores,
Ricas en formas y olores,
Siendo galas del pensil:

Mas, aunque lucieran mil
Con su hermosura temprana,
Camelias, mirtos y liana
No tienen el dulce encanto
Rosa, clavel y amaranto,
Del jazmín de mi ventana.

Adelaida del Mármol.



LXXIII

EL CHACAL AZUL

(Del libro “Panchatantra”.)

En cierta región de un bosque vivía un chacal llamado Chandavara que, hambriento un día y deseoso de saciar su hambre, entró en una ciudad.

Los perros que lo vieron lo rodearon por todas partes ladrando, y empezaron a morderlo con sus agudos dientes. Mordido por ellos y temiendo por su vida, se entró el chacal en la casa de un tintorero, donde había una gran caldera de tintura de añil. Acosado allí por los perros, cayó en medio de la caldera, y, cuando salió de ella, quedó todo teñido de añil. Los perros que no conocieron en él al chacal, se marcharon cada uno por su parte.

Mas, Chandavara, enderezando sus pasos hacia lejana región, penetró en un bosque, sin que le desapareciera jamás el color de añil.

Pero, así que vieron este animal extraordinario, que parecía por su esplendor el veneno del cuello de Siva, todas las bestias que habitaban en el bosque, leones, tigres, panteras, lobos y demás, con la mente turbada de miedo, buscaron por todas partes su salvación en la fuga, diciendo:

—No se sabe cual sea el proceder de éste ni su valor, por tanto, vayámonos lejos, que se ha dicho:

El sabio que desea su salud nunca se fiará de aquéi de quien no conozca ni el proceder, ni la familia, ni la fuerza.

Pero Chandavara, comprendió que estaban turbados de miedo, y dijo:

—¡Ce, ce bestias! ¿por qué al verme huís asustadas? No hay que temer. El propio Brahma es quien me envía hoy, habiéndome dicho:

—“No hay rey entre las bestias; por esto, ungido tú hoy por mí como soberano de todas ellas te vas en seguida, y cuida de su conservación. Por esto he venido aquí, y por esto todas las bestias habéis de vivir a la sombra de mi parasol. Soy el rey llamado Kakudruma, que ha llegado a serlo de las bestias en los tres mundos”.

Al oír esto, las bestias, comenzando por el león y el tigre, le rodearon diciendo:

—Poderoso Señor, ordene.

Dió entonces al león el cargo de ministro, al tigre de camarero, a la pantera el cuidado de preparar el betel y al lobo el de portero. En cuanto a los suyos, es decir, a los chacales, fueron echados lejos.

De este modo, ejerciendo éste las funciones de soberano, el león y los demás mataban bestias y las echaban delante de él, quien las repartía y las daba conforme a la ley de soberanía.

Así pasaba el tiempo cuando un día se oyeron unos chacales que aullaban a lo lejos. Al oír él los aullidos, se le erizaron los pelos del cuerpo y llenaron los ojos de lágrimas de alegría; tanto, que empezó a aullar con penetrante sonido.

Pero el león y demás bestias que oyeron tan penetrante voz y conocieron por ella que era chacal, se quedaron un momento mirando al suelo de vergüenza y dijeron:

—¡Oh! Engañados por éste hemos sido; éste es un vil chacal. Matémosle al punto.

Al oír estas voces el chacal, quiso huir; pero cogido allí mismo por el león y los demás, fué despedazado y muerto.



LXXIV

LA ASTUCIA DE UN CIEGO

Un pobre ciego, que vivía mendigando, llegó a guardar una pequeña cantidad de dinero que llevaba siempre consigo en una bolsa.

Un día supo que otro ciego, colega suyo, había sido asaltado en un camino por un ladrón, quien lo despojó de todo el dinero.

No me sucederá lo mismo—dijo para sí el ciego de nuestro cuento—pues antes guardaré el dinero allí donde ningún ladrón pueda arrebatármelo.

Se encaminó a un campo que él conocía bien y después se puso a escuchar atentamente para cerciorarse que no era vigilado; abrió un hoyo al pie de un árbol y enterró allí su dinero.

—Ahora sí que tengo seguro mi dinero—dijo el ciego;—nadie puede saber que lo tengo enterrado aquí.

Todos los días iba hasta su escondite para asegurarse de que su tesoro estaba allí.

Pero, una vez encontró el hoyo abierto; palpó por todas partes y nada encontró.

Alguien había robado su bolsa.

—¿Quién pudo ser el ladrón? Se preguntaba el pobre ciego.

Después de meditar un rato, sospechó que el ladrón bien podía ser el mismo dueño de aquel campo, hombre que tenía fama de ser muy ambicioso.

—¿Cómo haré para recuperar mi dinero?—se decía. No puedo reclamar nada, porque él jurará que yo no he guardado tal cosa en su campo, y yo no lo podré probar, puesto que no tengo ningún testigo.

Al fin, después de mucho pensar, combinó un plan, con el cual concibió la esperanza de recobrar su dinero.

Fué a ver al dueño del campo y le dijo:

—Señor mío, vengo con el deseo de hacerle una consulta, atraído por la fama de hombre prudente y discreto que usted tiene.

—Tú me dirás en qué puedo servirte—le contestó el labrador;—yo siempre tengo mucho gusto en ayudar con mis consejos a las personas que puedan necesitar de ellos.

—Me sucede lo siguiente—continuó diciendo el

ciego. He logrado, a fuerza de privaciones, economizar una buena cantidad de dinero; pero temo que un ladrón me asalte en el camino y me lo robe. Por esto he pensado enterrarlo en algún lugar seguro, donde nadie me lo pueda quitar.

Pero aquí está mi duda: no sé si enterrarlo en el mismo sitio donde tengo ya guardada otra cantidad de dinero, o escoger otro lugar para guardarlo.

Si lo escondo junto con el otro, me expongo a que alguien dé con el escondite y se lleve todo el dinero de una vez. Si lo guardo aparte, puedo olvidar uno de los dos lugares y perder ese dinero. ¿Qué me aconseja?

—Yo creo—respondió el labrador—que tu primera idea es la más conveniente. Las señas de un solo lugar puedes recordarlas; pero, si quieres retener muchas señas en la memoria, estás expuesto a olvidarlas. Por otra parte, si al ir a guardarlo tu quieres tomar las precauciones necesarias, no debes temer que nadie lo descubra. He aquí, pues, mi consejo: Guarda tu dinero en el mismo lugar donde tienes el otro, que es lo más seguro para tí.

—Ha dicho muy bien amigo mío—dijo el ciego; —creo que su consejo es el más conveniente para mí. Todo lo haré tal como me lo ha indicado.

Cuando el ciego se marchó, tomó el labrador el dinero que había robado y lo llevó apresuradamente al escondite.

Entre tanto pensaba :

—Cuando venga el ciego, encontrará aquí su dinero y lleno de confianza, dejará el que ahora quiere guardar. Entonces me apoderaré de todo y habré ganado así una buena cantidad. Después de todo, yo lo necesito más que él, puesto que él está solo en el mundo y es un ser inútil, en tanto que yo soy un honrado padre de familia, con muchas obligaciones que cumplir.

Cuando se hubo marchado, acudió el ciego, que se hallaba escondido en un lugar cercano. Sacó el seguida la bolsa y se la llevó, diciendo:

—Gracias a tu avaricia y a mi astucia he recobrado mi dinero, que no volveré a poner a tu alcance. En lo sucesivo, escogeré con más cuidado los lugares donde lo haya de guardar.





LXXV

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están:

—Yo soy Alejandro, el rey.

—Y yo, Diógenes, el can.

Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.

¿Qué quieres de mí?—Yo, nada.

Que no me quites el sol.

—Mi poder es...—Asombroso,
pero a mí nada me asombra.

—Yo puedo hacerte dichoso.

—Lo sé: no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.

—¡Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
de oro y seda. —¡Nada, nada!
¡No ves que me abriga más
esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes,
—¡Vanidad de cosas vanas!
¡Y a unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?

—Mi poder a cuantos gimen
va con gloria a socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen.
Crimen sin capa, ¡el poder!

—Toda la tierra, iracundo,
tengo postrada ante mí,
—¡Y eres el dueño del mundo,
no siendo dueño de ti?

—Yo sé que, del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.

—Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.

—Yo impongo a mi arbitrio leyes.

—¿Tanto de injusto blasonas?

—Llevo vencidos cien reyes.

—¿Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.

—Viviré desconocido,
mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol

—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol!

Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable:
¡miserable!, dice el sabio,
y el rey dice: ¡miserable!

Ramón de Campoamor.



LXXVI

LA MAS DICHOSA

I

—¡Qué rosas tan soberbias!—dijo cierta mañana un rayo de sol. Esa infinidad de capullos próximos a romper sus broches serán también hermosas flores.

Todas son hijas mías... Pues qué, ¿por ventura no han nacido al calor de mis ardientes besos?

—Son hijas mías, dijo el rocío—pues yo las he regado con mis dulces lágrimas.

—Me parece—añadió el rosal—que su verdadero padre soy yo; y que vosotros todo lo más seréis sus padrinos, habiéndoois limitado a dotarlas según vuestros medios.

—¡Soberbias rosas!—repitieron a la vez rosal, rayo del sol y rocío. E hicieron votos para que cada una de aquellas flores alcanzase el mayor número de dichas que puede caber a una rosa en este mundo.

Sin embargo, y esto era inevitable, una de aquellas rosas había de ser más feliz que las restantes, y otra había de ser la más infortunada de todas.

—Yo me encargo de averiguarlo—dijo el viento. Ya lo sabremos. Yo siempre ando de un lado a otro; me meto un poquito en todas partes; me deslizo a través de las rendijas más angostas y me entero de lo que pasa adentro y fuera. Así, pues, no ha de serme difícil averiguar a cual de esas flores cabrá mejor fortuna.

Así las rosas abiertas como los capullos más adelantados se hicieron cargo de todo lo que acababa de decirse.

Y he aquí que penetra en el jardín una tierna madre, con el corazón lacerado y vestida de luto, quien, después de practicar un minucioso examen, coge una rosa, la más fresca, lozana y abierta; en suma, la que le pareció más hermosa, llevándola a una habitación solitaria cuyos postigos permanecían entornados, y en donde yacía tendida, en un ataúd, fría e inmóvil como una estatua, la hija de su corazón, la víspera llena de vida y contento. La madre besa con efusión el yerto cadáver, imprime un segundo beso a la rosa y la coloca sobre el seno de su hija difunta.

La hermosa flor se tuvo por feliz, y, a impulsos de la emoción más dulce, estremeciéronse sus pétalos.

—¡Qué hermosa parte en ese tesoro de cariño me ha tocado!—se decía. Los hijos de los hombres me buscan y solicitan; una madre me da sus ósculos más tiernos y luego me bendice; y colocada en el hermoso seno de un ángel, estoy a punto de remontarme hasta el gran reino de lo ignoto. Decididamente, de entre todas mis hermanas soy la más dichosa.

Dos jóvenes se paseaban por el jardín; poeta el uno, pintor el otro, y coge una rosa cada uno. El pintor reproduce en la tela la sorprendente imagen de la flor, con tan rara perfección, que ella se figura encontrarse ante un espejo.

—Mientras millares de millones de rosas se marchitarán para desaparecer—dijo el pintor—tú vivirás y serás admirada durante siglos enteros.

¡Quién más feliz que yo!—exclamó la flor. Yo soy la más dichosa.

El poeta contempla con éxtasis los suaves matices de la rosa, y se embriaga con su perfume. Los más armoniosos versos brotan entonces de su pluma, relatando la vida de la noble flor y cantando los divinos sentimientos que simboliza, con lo cual entrega a la inmortalidad una obra maestra.

—Soy inmortal—dice la rosa;—soy yo, pues, la más dichosa.



LXXVII

LA MAS DICHOSA

II

En medio del soberbio rosál, poco menos que oculta por las demás, había una rosa que tenía un defecto, el de caer doblada sobre su tallo presentando además los pétalos mayores de un lado que del otro y mostrando en el centro de la corola una pequeña excrecencia verde, deformidades de que ni las rosas pueden verse libres.

—¡Pobre hija infeliz!—murmuró el viento acariciándola. Y la rosa tomó esta frase de cariño, no como

una muestra de conmiseración, sino de preferencia, que por otra parte consideraba serle debida, por lo mismo que tenía diversa estructura que todas sus hermanas, tomando como señal de distinción la desmedrada hojita verde de su corola. Por casualidad, vino a posarse en ella una linda mariposa, y aumentó su orgullo.

La noche sucede al día: el cielo se llena de estrellas, y desde la vecina arboleda el ruiseñor modula sus deliciosos trinos.

—Tengo la seguridad de que si canta lo hace en honor mío—dice la rosa—pues por fuerza ha de tener preferencia por una de nosotras. Y ¿cómo ha de elegir entre mis hermanas si todas se parecen? Yo soy la única que poseo un signo especial, un lunar, que es sello de belleza según dicen los hombres.

El jardinero cogió una de sus hermanas a medio abrir; pero ya revelaba que había de ser la más bella, y púsola en la cúspide de un magnífico ramillete, artísticamente dispuesto para su joven amo. Por la noche éste se llevó el ramo en el carruaje; y la rosa brillaba con el esplendor de una perla, entre las flores más raras rodeadas de verde.

El joven se apeó del carruaje, ante un soberbio edificio espléndidamente iluminado; entró en una gran sala, cubierta de dorados que destellaban a la luz de centenares de lámparas y candelabros, y en la cual se encontraban sentados espectadores en gran número, ca-

balleros y señoras, vestidos todos de fiesta. A los acordes de la música, apareció en el escenario una cantante joven y hermosa, y apenas su voz vibrante moduló las primeras notas, embargando todos los corazones, cayó a sus plantas una lluvia de flores.

Tributo de admiración a la encantadora diva fué también el ramo en que figuraba nuestra rosa, la cual



al volar por el aire hasta dar con las tablas, saboreó el honor que le habían dispensado. ¿No iba acaso a excitar la admiración de aquella reina del mundo elegante congregado en el coliseo? Trémula de gozo, no cabía en sí de orgullo, pero al caer sobre la escena se desprendió del ramo y fué rodando por entre bastidores. Un maquinista la recogió, aspiró su perfume y la guardó en el bolsillo.

Al volver a su casa a media noche, lo primero que hizo fué colocar la rosa en un platillo con un poco de

agua; y al día siguiente la ofreció a su anciana madre, valetudinaria débil, que pasaba todo el día sentada en un sillón. La pobre enferma recibió la hermosa flor enteramente abierta y aspiró sus perfumes con deleite.

—En la ventana del cuarto hay una rendija—dijo el viento—me deslicé por ella y sorprendí los ojos de la buena anciana brillando alegremente al contemplar a la rosa, que con tanta dulzura vino a consolarla de sus pesares. Si me preguntáis cual ha sido la más dichosa, ahora ya lo sé.

Sin embargo, las restantes rosas y, especialmente la última que brotó, la única que floreció en otoño, no estaban de acuerdo con el viento.

—Yo he sobrevivido a todas mis hermanas—decía;—yo soy la niña mimada, el Benjamín de la familia; no pasa una sola persona por delante del rosal, que no se detenga a contemplarme; en honor mío un músico ha compuesto una romanza: sin duda alguna yo soy la más dichosa.

El viento interrumpe sus palabras y después de soplar sobre ella y dispersar sus hojas por todos lados, pasa, yendo a difundir por el mundo la peregrina historia de las rosas.

—Todas fueron dichosas—decía—puesto que ellas lo creyeron así. En la vida es siempre dichoso, el que tiene la ilusión de serlo y recibe alegremente todas las peripecias de la vida.



LXXVIII

EL AMOR A LA PATRIA

El amor a la patria es como el amor a nuestros padres, un sentimiento natural, noble y grande. El esquimal ama tanto las inhospitalarias riberas del océano Artico, como el árabe los ardientes arenales donde ha nacido.

Todos los niños deben amar al suelo patrio. La patria es la primera luz, el primer aliento que recibimos. La patria es el aire que respiramos, el agua que bebemos, los frutos que tomamos siendo niños, las plantas

con sus hojas y flores de hermosos colores, la sonrisa y la voz de nuestros padres, el cariño de nuestros hermanos, parientes y amigos.

La casa donde nacimos y donde vivimos, la iglesia donde oramos cuando niños, la escuela donde aprendimos a leer y escribir nuestros nombres y los de nuestros padres; la calle o la plaza donde jugamos en nuestra infancia, también son la patria. La patria, en una palabra, es el pueblo nativo, la provincia, el país, la hermosa bandera que debemos venerar y amar de todo corazón.

El patriotismo es el tierno amor que debemos a la tierra que nos alimenta con sus plantas y productos, que nos ilumina y calienta con la luz y el calor de su brillante sol, que nos da el agua fresca y pura que bebemos y el aire libre que respiramos.

Debemos amar con preferencia a aquéllos que han nacido en nuestro país bajo nuestra misma bandera, que hablan nuestro mismo idioma y están sujetos a las mismas leyes y tienen ideas y sentimientos semejantes a los nuestros.

La patria es una madre dulce y cariñosa que hace grandes sacrificios por nuestra educación y progreso. Nuestra vida le corresponde en la guerra, así como nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra actividad le corresponden en la paz.



LXXIX

LAS FLORECILLAS DEL CAMPO

Entre yerbas y piedras, sobre el árido suelo,
por llenar de alegría los desiertos campestres,
surgen cual las estrellas anónimas del cielo,
floreциllas silvestres.

Nadie quiere su aroma, nadie cuida sus plantas,
sufren sol, frío, lluvias . . . si obtuvieran las flores
como las almas, gloria, éstas por sus dolores
deberían ser santas . . .

Crecen en todas partes; en los campos abiertos
son como los recuerdos fragantes de los llanos,
y en los marchitos huertos,
son rastros de caídos sentimientos humanos . . .

Esmaltan el vestido sutil de la barranca,
como una llovizna que hubiese florecido . . . ;
allí va a perfumarse la brisa, y las arranca
para adornar con ellas algún rincón querido.

Chispitas olorosas, salpican un camino;
de entusiasmo, a las púas de los cercos se enredan,
hasta un día en que agachan sus cabezas, y quedan
como si presintiesen la hoz del remolino . . .

La casa del labriego, tumbada en el erial,
no tiene más adorno
que el fresco delantal
que le ciñen las flores silvestres del contorno.

El buey, el perro, el potro y el burrito mimoso,
cuando caen enlazados por la muerte, en las eras,
hallan junto a su cuerpo, el recuerdo piadoso
de estas flores ; sin duda, llanto de las praderas . . .

Como si fuesen almas de pajaritos muertos,
escapan en bandadas a la lluvia más leve,
y vuelan por desiertos.
tal como si gozaran con que el viento las lleve.

¿ Quién conoce la mano que las siembra en el suelo ?
¿ Son semillas caídas del jardín esperado ?
¿ Es que al irse la noche, en recuerdo del cielo,
deja el campo estrellado ? . . .

Pedro Miguel Obligado.
(Argentino).



LXXX

LA TOMA DE BAYAMO

I

El grito de independencia lanzado por Carlos Manuel de Céspedes, en el batey de su ingenio “La Demajagua”, el 10 de octubre de 1868, halló eco simpático en el pecho de todo buen cubano, conmoviendo el departamento oriental, que resueltamente se apresó a secundarle.

Al primer rumor del pronunciamiento, el Comité Revolucionario de Bayamo empezó a funcionar con la actividad y cautela dignas del momento.

Sucedíanse sin interrupciones las sesiones secretas, y después de fluctuar entre el anhelo de secundar el movimiento libertador, o el deseo emitido por algunos, de que los sublevados se embarcasen al extranjero y retor-

naran en expedición, bien pertrechada de armas, para que el triunfo fuera pronto y seguro, optóse por la lucha inmediata, distinguiéndose entre los conjurados Pedro Figueredo, que exclamó con la entonación del heroísmo:

—Marcharé con Céspedes a la gloria o al cadalso.

Seguidamente, Donato Mármol se puso al frente de su sección de campesinos de Jiguaní, denominada *La Rusia*, por ser de la burda tela de este nombre el traje que vestían. Casi todos llevaban rifles de rotación. Eran los soldados de la patria mejor armados.

La división de Bayamo llamada *La Bayamesa*, al mando de Pedro Figueredo, se había organizado en el ingenio “Mangas”, de la propiedad de este caudillo.

Julio y Belisario Peralta y los hermanos Alvarez; abogado uno, médico el otro, debían capitanear en Holguín a los soldados de esta jurisdicción.

Luis Figueredo tenía a sus órdenes, en el campo; a trescientos hombres avezados a las rudas faenas agrícolas.

Vicente García, Rubalcaba y Ramón Ortuño mandaban la división de las Tunas.

El millonario Francisco Vicente Aguilera dirigía las fuerzas de Cabaniguán, al sur de las Tunas; y Francisco Maceo, las de Guisa.

El gobernador de Bayamo, coronel Julián Urdaceta, ayudante en Africa del general Prim, ordenó al comandante Villares que con cien infantes y veinti-

cinco jinetes, marcharse a reforzar a Manzanillo, donde, desde dos días antes de la rebeldía armada, cundía la mayor alarma. Villares sale de la ciudad Bayamense al amanecer del día 13, y entra por la noche bajo un aguacero torrencial en el poblado de Yara, a diecisiete kilómetros de Manzanillo.

Al mismo tiempo hacía su entrada Carlos Manuel de Céspedes. Las dos fuerzas enemigas se encuentran. Sorprendidos los cubanos por las descargas de los españoles, se dispersan y el héroe de “La Demajagua”, como Napoleón en Waterloo, se encuentra en tan memorable noche, rodeado no más de un grupo de oficiales, con quienes atravesó, a la luz de los relámpagos, la inmensa sabana de Yara, hacia la Sierra Maestra, pernoctando en Cabazán, hacienda de crianza, a pocas leguas de Yara.

Desde el amanecer del día siguiente, empezaron a reunirse los grupos dispersos, apareciendo, por último, en la citada finca, el general dominicano Luis Marciano, con multitud de patriotas.

Por la tarde, celebróse Consejo de Oficiales. La mayoría se inclinaba al asalto de Manzanillo; pero prevaleció el dictamen de Luis Marciano, que se decidió por el ataque de Bayamo, porque, como él observaba, Manzanillo, reforzado por Villares, que nos ha dispersado, puede rechazarnos, mientras los patriotas de Bayamo preparados para recibirnos, esperan impacientes.

—¡ A Bayamo ! ¡ A Bayamo !—exclamaban todos.

En aquel coro de corazones entusiastas, resonaba vibrantemente el acento de la patria enardecida.

En otro Consejo de Oficiales, celebrado por la tarde, decidióse marchar al otro día sobre Bayamo.

Al alborear el día 12, movióse Céspedes con su ejército hacia dicha ciudad, pernoctando en Yara, pueblo que, desde entonces, ha adquirido renombre histórico, por ser la cuna de la insurrección, durante once años paseó la bandera de la independencia cubana por la mayor parte de los campos.

Allí el caudillo situó el Cuartel General, y se puso en comunicación activa con Jiguaní, Bayamo y demás distritos revolucionarios.

El 16 siguió Céspedes su marcha, presentándose el sábado 17, a las tres de la tarde, en el ingenio “Santa Isabel”, de Francisco Vicente Aguilera, situado en la ribera opuesta del río Bayamo.

Los soldados de la patria fueron victoreados por el pueblo bayamés, que llenaba las azoteas, tejados y también las avenidas que conducían a la ciudad.

Algunos jóvenes, ya solos, ya formando pequeños grupos, se destacaban de la masa del pueblo, cruzaban el río y, al unirse al ejército libertador, saludaban con el sombrero a la muchedumbre que desde la ciudad aplaudía, con los arranques del frenesí, la patriótica acción.

Las estruendosas aclamaciones a la libertad, lan-

zadas entre transportes de indescriptible entusiasmo por el ejército cubano, acampado en la proximidad del río, llegaban a la ciudad, que correspondía con los mismos vivos arrebatadores.

El gobernador, D. Julián Udaeta, esperando refuerzos, se encerró con quinientos soldados y cien caballos en el cuartel de infantería, edificio capaz y de relativa fuerte construcción. La cárcel pública quedó guarnecida por los milicianos de color, mandados por el general de las brigadas de las Reservas, Modesto Díaz y el coronel del mismo instituto, D. Francisco Heredia, procedentes de Santo Domingo, y entonces al servicio de España. Un simulacro de trincheras rodeaba la plaza de Armas, donde se hallaba la cárcel.

Tales fueron las defensas hechas para resistir la invasión de los sublevados.





LXXXI

LA TOMA DE BAYAMO

II

Amaneció el 18 de octubre, día sereno, magnífico, adornado con un sol brillante, y un cielo salpicado de nubecillas, que por su blancura y reflejo parecían de nácar, formando lo que vulgarmente se llama cielo empedrado.

El sol ascendía con majestuosidad cuando el ejército invasor desciende serpenteando y en perfecto orden la cuesta que baja al río. Cruza la corriente cristalina y hace alto en los bordes de la ciudad.

El pueblo radiante de frenesí sale a su encuentro, le vitorea ensordeciendo el espacio, se le reúne y forma parte de aquel todo grandioso lleno de heroísmo.

El ejército cubano estaba dividido en tres columnas. En la cuesta de Mendoza, el centro, donde se hallaba Céspedes, cuyas avanzadas capitaneaba Juan Ruz y Angel Maestri. A la derecha, en la cuesta de la Luz, a las órdenes de Juan Hall, mandando los hermanos Eniliano y Miguel García, la vanguardia, y en la cuesta de Lizana la otra ala, teniendo al frente a Tita Calvar. Total: mil quinientos hombres pobremente armados y peor disciplinados.

Los exploradores de los milicianos que guardaban la cárcel, se encuentran en estrecha callejuela con Ruz, avanzada del centro y se rompen los primeros fuegos. Ruz cae sobre una de las trincheras de la plaza de Armas en el momento en que el abogado Esteban de Estrada, enfermo y agobiado por los años, aparece a caballo entre la columna invasora, avanza con la diestra alzada majestuosamente, como si levantara el estandarte de la independencia, hacia la barricada que los milicianos de color defendían en la plaza de Armas, y dirigiéndose a éstos, exclama con acento enérgico y vibrante:

—¡Muchachos! ¡Uníos a los libertadores de la patria! ¡Viva la revolución! ¡Viva Cuba independiente!

—¡Viva Cuba libre!—gritan los milicianos de color, descargando sus armas al aire, saltando la trinchera y rodeando al ilustre abogado.

A la vez, aparece Pedro Figueredo con su división

La Bayamesa, por el norte, uniéndose a la columna Tita Calvar, dirígese al cuartel, cuya tropa hace fuego a través de las aspilleras, fuego que se sostiene con viveza por ambas partes.

Mientras los del cuartel se defendían tenazmente, la guarnición de la cárcel, debilitada por la desertión de los exploradores de color, que se habían unido a Céspedes, caía en poder de los invasores.

El general Luis Marcano se aparece en el corredor que defendían, además de los oficiales españoles; un general de las brigadas de las Reservas, Don Modesto Díaz y Don Francisco Heredia, hijos como aquél, de Santo Domingo, Marcano sorprende por detrás a Modesto Díaz, y abrazándole le dice:

—Paisano, es usted mi prisionero.

Modesto Díaz se rinde, ordena cesar el fuego, flota un pañuelo blanco, y los cubanos libertadores registran su primer triunfo en Bayamo. Céspedes ocupa los altos de la cárcel donde se encontraba la casa Capitular; acoge a los rendidos y celebra en departamento reservado una entrevista con Modesto Díaz y Francisco Heredia, los dos jefes de importancia hasta pocos momentos antes, de las filas enemigas, entrevista de resultado feliz, pues en ella aceptaron los principios porque iniciaban los cubanos su titánica lucha.

Modesto Díaz, obedeciendo al caudillo, marcha al encuentro del coronel Campillo, que, reforzado por Vi-

llares con fuerte columna de infantería y caballería, corría hacia Bayamo.

El encuentro tuvo lugar el 20 a orillas del Babatubaba, pequeño río a cuatro leguas de Bayamo que corta el camino de esta ciudad a Manzanillo.

Los españoles son sorprendidos mientras almorzaban. Díaz, escudado por una ceiba, que será por muchos años el monumento de su victoria, dispara una escopeta de dos cañones y un fusil de los recién llegados a la ciudad bayamesa, que su ordenanza cargaba. Ocúrrsele ordenar una carga por el flanco derecho a machetazos imaginarios. Su robusta voz de mando es oída en las filas enemigas, y éstas deciden retirarse.

Campillo, después de estar tocando a las puertas de Bayamo, cede al empuje de un puñado de inexpertos guerreros guiados por la habilidad y pericia de Modesto Díaz. Este guerrillero, que tan alto renombre alcanzó luego, prestó un servicio importantísimo a la causa de Cuba, haciendo retroceder a Campillo y a Villares. De su éxito dependió que la Revolución no fuese ahogada en su cuna.

Los militares españoles, refugiados en el cuartel, se defendían tenazmente. Las balas lanzadas por las aspilleras, barrían el viejo pueblo por los cuatro vientos.

Las turbas de cubanos, en su mayor parte a caballo, recorrían las plazas y calles.

Mientras Marte, en su candente carro recorría

aquella pacífica ciudad de costumbres tan sencillas y patriarcales, las bayamesas, las hijas de aquel heroico pueblo, adornaban las puertas y ventanas con los colores de la libertad, con su presencia hermoseaban aquel cuadro singularmente bello y horroroso a la vez, aplaudiendo a sus amigos, a sus compañeros del baile anterior, y excitándoles, con ardientes vivas y delirantes aplausos, o colocando puchas de flores en las bocas de los fusiles, a que continuaran en la gloriosa senda del honor, por la que habían empezado a marchar.





LXXXII

LA TOMA DE BAYAMO

III

A las diez de la mañana, cuando la guarnición de la cárcel se rendía, el gobernador Udaeta celebró Consejo de Oficiales. Resolvióse que la caballería combatiere en las calles con su comandante Guajardo Fajardo.

La caballería, espoleando sus corceles, lanza en ristre, persigue a los que encuentra. Los cubanos huyen por las calles transversales, e inmutables jinetes preceden en la carrera a sus perseguidores. Algunos son alcanzados y heridos con las aceradas lanzas.

Los obstáculos ceden al paso de la caballería, pero su empuje es detenido en la vasta plaza de Santo Domingo.

Los cubanos, machete en mano, chocan con las lanzas enemigas. Se confunden. Hieren unos con las lanzas: otros cortan con el machete. Jinetes de ambos lados ruedan por la tierra; corceles despavoridos se pierden por las calles; cadáveres españoles y cubanos quedan en la plaza de Santo Domingo.

La caballería regresa al cuartel.

Había cumplido la orden del Consejo de Oficiales; había recorrido la ciudad, había arrollado a los insurrectos; pero volvían no todos, y sí tintos en sangre, heridos por el machete. ¿Y su jefe, el comandante Guajardo? Sosteniendo la cabeza por la mandíbula inferior, saludaba al gobernador, diciendo en voz casi ininteligible:

—Está Ud. servido. He batido a los insurrectos.

Un tajo horizontal, por encima de la nariz, le había casi dividido la cara, y para que no se le desprendiera la mandíbula inferior, tenía que apoyarla en la mano. También había sido herido en un muslo, pero no murió, prestando más tarde servicios pasivos en la Habana.

Ese machetazo, dado por el joven Luis Bello, decidió la jornada de la mañana y quizás la de los encerrados en el cuartel.

La división de Luis Marcano y la de Aguilera, llamada “Babaniguán”, que acababan de llegar, rodearon

el cuartel, formalizando el sitio que hasta entonces no había estado bien organizado.

Escalando casas, saltando muros; atravesando patios, ocuparon todos los edificios inmediatos, que aspi-
llaron.

A las dos de la tarde hicieron uso de una pieza de artillería colocada en una casa diagonalmente opuesta al cuartel, pero con tan pocas precauciones y desgraciado acierto, que voló un barril de pólvora junto al cañón, desplomándose el techo y escaldando a los improvisados artilleros y a los moradores de la casa.

La esposa del gobernador, cubana, Lola Cárdenas, no estaba en el cuartel. Sostenía correspondencia con su marido, dándole cuenta de todo lo que ocurría. El número de los sitiadores, la rendición de la cárcel, los recursos de los revolucionarios, la salida de Modesto Díaz, la derrota de Campillo, todas las impresiones eran transmitidas por la fiel compañera. Sabía que Udaeta se salvaría en manos de los cubanos y lo que le importaba era salvar la vida de su esposo, por eso le aconsejaba la rendición.

El 20 por la tarde, un oficial, con un parlamento, habló a Céspedes, y pactó que al día siguiente se formularían las bases de la capitulación.

Suspendiéronse las hostilidades. A las ocho de la mañana del día 21 se formó un Consejo de Oficiales

que aceptó la honrosa capitulación basada en estas condiciones:

I.—Todos los individuos que están dentro del cuartel son prisioneros de guerra.

II.—Todas las propiedades del Ejército y del Estado pasan a poder del Ejército Cubano.

III.—Se respeta la vida de los prisioneros.

IV.—Los oficiales y jefes saldrán del cuartel con sus espadas, custodiados por oficiales cubanos hasta el edificio que les servirá de prisión.

La capitulación se efectuó ordenadamente, prodigándose a los españoles vencidos toda clase de consideraciones. Escortados por corto número de oficiales cubanos y algunos ciudadanos de los más notables de la ciudad, marcharon del cuartel, al edificio de la antigua “Sociedad Filarmónica”, transformada en cárcel provisional.

La procesión guardaba silencio absoluto. El respeto al caído fué uno de los caracteres distintivos del primer triunfo de la revolución empezada por Céspedes en Yara.

La rendición de Bayamo cimentó sólidamente la revolución proclamada por Carlos Manuel de Céspedes, ínclito del entonces, y desde entonces coronado con la aureola de los inmortales.

En seguida, armóse la columna que comandaba el

general Santiesteban. Unida a Donato Mármol y a las órdenes de Luis Marcano, volaron a detener al general Quirós, que ya se lanzaba sobre Bayamo resuelto a abatir el pendón victorioso de los cubanos.

Quirós fué batido en Baíre. Dirigida por Máximo Gómez, sargento entonces, se dió aquella famosa carga al machete que, según los partes oficiales españoles, duró siete cuartos de hora, batalla que envolvió en un mar de gloria a aquellos soldados del ejército cubano, e hizo que la revolución dominara el departamento oriental.

Bayamo fué declarada capital provisional de la República y asiento del gobierno de la Revolución. Nombróse gobernador civil al esclarecido abogado Jorge Garlos Milanés; organizóse el Ayuntamiento, en el que figuraron tres peninsulares y dos hombres de color; terminóse la organización del ejército, y el carro de la guerra, empujado por el brillante triunfo, marchó formidable y orgulloso hacia Occidente.

Fernando Figueredo.





LXXXIII

A CUBA

I

Cuba, Cuba, mi patria querida,
Vergel bello de aromas y flores,
Cuyo cielo de puros colores,
Densa bruma jamás ocultó;
Yo a la sombra nací de tus palmas;
Tus sabanas corrí siendo niño,
Y por eso mi eterno cariño,
Adorarte por siempre juró.

II

Yo no envidio los goces de Europa,
Las grandezas tampoco que encierra
Que es más bella mil veces mi tierra
Con sus brisas, sus palmas, su sol;
Con su sol que el invierno respeta
~~Sea~~ que pueda su mano de hielo
La verdura borrar con que el cielo
Nuestros vírgenes campos vistió.

III

Nunca helada se vió, Cuba hermosa,
En tu suelo la limpa corriente,
Ni del ábrego el soplo inclemente
Agostó de tus prados la flor;
Los cafetos, cuajados de frutos,
Cubren siempre tus altas montañas,
Y en los llanos, dulcísimas sañas
Miel nos brindan de rico sabor.

IV

En tus bosques jamás, patria mía,
El rugido se oyó de la fiera,
Que sediente de sangre corriera
De la víctima mísera en pos;

Aquí sólo se escucha en el campo
El arrullo de tierna tojosa,
Y la voz apasible, armoniosa,
Del sinsonte que canta su amor.

V

No en tus valles las pardas almenas
Se descubren de viejo castillo
Que recuerden al pueblo sencillo
Los horrores del tiempo feudal;
Allí sólo la ceiba coposa
Alza bella la frente altanera,
Y a su lado la verde palmera
Que hace suave sus pencas sonar.

VI

Cuba, Cuba, mi patria querida,
Vergel bello de aromas y flores,
Cuyo cielo de puros colores,
Densa bruma jamás ocultó;
Yo en tu suelo nací, venturoso,
Tú abrigaste mi cándida infancia,
Y por eso mi eterna constancia,
Adorarte por siempre juró.

Pedro Santacilia.

INDICE

Capítulos	Págs.	Capítulos	Págs.
A los maestros.....	3	XXIII La fortuna de un	
I Al conmenzar el nue-		hombre resuelto ...	63
vo curso	5	XXIV Ca su cas humildes	
II Los dos Judíos	8	(poesía)	67
III La bordadora (poe-		XXV La música de las	
sía)	10	palmas	68
IV El compañerismo ..	12	XXVI Historia de Flor de	
V El cuervo y la cu-		Oro	70
lebra	14	XXVII Glosa popular (poe-	
VI Contemplación (poe-		sía)	74
sía)	16	XXVIII Un mensaje del pre-	
VII Una anécdota del		sidente de la repú-	
padre Varela.....	18	blica Salvador Cis-	
VIII Las hormigas agri-		neros Betancourt ..	77
cultoras	21	XXIX La música	80
IX Matinal (poesía) ..	23	XXX Los duendes (poe-	
X El sapo y el sijú .	25	sía)	84
XI La astucia de un		XXXI Historia de un mu-	
hombre rústico	29	chacho laborioso ..	87
XII Máximas (poesía) .	32	XXXII Historia de Guiller-	
XIII La historia del sijú.	33	mo Penn	92
XIV Cómo se forma la		XXXIII El hombre, el caballo	
tierra	37	y el toro (poesía)..	98
XV El filósofo y el bu-		Los tres deseos ...	100
ho (poesía)	37	XXXIV Pensamientos de Jo-	
XVI Mala fama injusta.	43	sé Martí	104
XVII Proclama	47	XXXVI Versos de José Martí	106
XVIII La canción de las		XXXVII El faro de Alejan-	
palmas (poesía) ...	50	dría	107
XIX El mango y el café.	52	XXXVIII Un día en la guerra	
XX La prueba del rey.	54	de independencia ..	109
XXI A los niños (poesía)	57	XXXIX Las flores (poesía).	113
XXII Biografía de una		XL El elefante y los pe-	
mosca	59	queños animales (I)	115

Capítulos	Págs.	Capítulos	Págs.
XL I El elefante y los pequeños animales (II)	118	LXIII ¡Excelsior! (poesía)	184
XLII El reloj y la campana (poesía)	121	LXIV Los nidos de las aves (I)	186
XLIII Saqueo de Puerto Príncipe (I)	123	LXV Los nidos de las aves (II)	189
XLIV Saqueo de Puerto Príncipe (II)	126	LXVI A un sinsonte (poesía)	192
XLV ¡Vida mía! (poesía)	129	LXVII Aforismos de D. José de la Luz	195
XLVI Atanasio el explorador (I)	132	LXVIII La grulla y el cangrejo	198
XLVII Atanasio el explorador (II)	135	LXIX Mi vaquerillo (poesía)	202
XLVIII A una mariposa (poesía)	138	LXX El pescador y su mujer (I)	206
XLIX La prudencia del rey Filipo	141	LXXI El pescador y su mujer (II)	211
L El joven y el ladrón	144	LXXII El jazmín de mi ventana (poesía)	216
LI El cisne (poesía)	148	LXXIII El chacal azul	218
LII Historia de un bravo (I)	150	LXXIV La astucia de un ciego	221
LIII Historia de un bravo (II)	152	LXXV Las dos grandezas (poesía)	225
LIV La velada del pobre (poesía)	155	LXXVI La más dichosa (I)	228
LV El ciego Serrano (I)	158	LXXVII La más dichosa (II)	231
LVI El ciego Serrano (II)	161	LXXVIII El amor a la patria	235
LVII Carlos M. de Céspedes (poesía)	164	LXXIX Las florecillas del campo (poesía)	237
LVIII Historia del navío "Glorioso" (I)	167	LXXX La toma de Bayamo (I)	239
LIX Historia del navío "Glorioso" (II)	171	LXXXI La toma de Bayamo (II)	244
LX El cazador (poesía)	175	LXXXII La toma de Bayamo (III)	249
LXI El nido del águila (I)	177	LXXXIII A Cuba (poesía)	254
LXII El nido del águila (II)	180		

CATALOGACION

Entrada **271**

Salida **15 MAY**



23 JUL 1987

RE